

Bianca™

Tres semanas en Atenas

Abby Green

Tres semanas en Atenas
Abby Green

TRES SEMANAS EN ATENAS, N.º 2017 - agosto 2010
Protagonistas: Aristóteles Levakis y Lucy Proctor.
Título original: Ruthless Greek Boss,
I.S.B.N.: 978-84-671-8951-3

Argumento:

Lucy Proctor observa a las mujeres que entran y salen de la vida de Aristóteles Levakis. No tiene deseos de imitarlas, a pesar de lo arrebatadoramente guapo que es. Está contenta siendo su secretaria, ¡o al menos es lo que se dice a sí misma una y otra vez!

Ari no debería encontrar atractiva a su regordeta y mojigata secretaria, pero algo en ella le llama la atención. Sabe que sólo existe una manera de superar su deseo: saciarlo.

¡Tres semanas en Atenas debería ser tiempo suficiente para conocer mejor a su prudente secretaria!

Capítulo 1

ERES el hombre más frío que he conocido. Si tienes corazón, es de piedra. Eres cruel y despreciable. ¡Te odio!

La estridente voz de la mujer atravesó la puerta maciza de roble con facilidad.

Hubo un silencio y a continuación el rumor de una voz masculina cortante. Lucy podía imaginarse la mirada glacial que seguramente acompañaría a esas palabras. La mujer farfulló algo indignada y elevó la voz de nuevo. Lucy suspiró. Era la primera vez que asistía a una de esas escenas, confirmación de los rumores que llevaba dos años oyendo.

La voz femenina atrajo su atención de nuevo.

–¡No creas que, después de tratarme así, podrás acostarte conmigo de nuevo!

Ella esbozó una sonrisa cínica: en cuanto su nuevo jefe enarcara una ceja, tendría a aquella mujer a sus pies.

De pronto se abrió la puerta. Lucy clavó la mirada en su ordenador y ni se movió, intentando ser lo más discreta posible. Era una experta en eso: gracias a su discreción, además de sus impecables credenciales y referencias, había conseguido aquel empleo.

Se produjo una aparente calma en mitad de la tormenta. Ella no levantó la vista pero se imaginó a la mujer, de pie con actitud dramática, en la puerta del ampuloso despacho. Alta, delgada, rubia y despampanante. Una de las mujeres más seductoras del mundo. Aunque todo indicaba que no había logrado mantener vivo el interés del jefe más allá de unas semanas.

–Sobra decir que no volverás a tener noticias mías –sentenció y cerró la puerta con tal violencia que Lucy hizo una mueca.

A pesar de que sólo llevaba dos meses trabajando allí, sabía que a su jefe no le gustaría aquello, detestaba las escenas.

La mujer pasó por delante de ella sin ni siquiera mirarla y se marchó dejando una estela de perfume a su paso.

Lucy suspiró aliviada. Entonces oyó un golpe sordo, como de un puño contra una superficie dura. Contó hasta diez y justo al terminar se abrió la puerta. Elevó la vista y adoptó una expresión

impasible. Su jefe ocupaba todo el quicio de la puerta con facilidad. Y echaba chispas.

Aristóteles Levakis era el director ejecutivo de Levakis Enterprises, un exitoso negocio de importación y exportación a nivel mundial. Alto, de hombros anchos y caderas estrechas. Su cuerpo musculoso y su piel cetrina aumentaban la potente virilidad de aquel magnate griego.

Sus llamativos ojos verdes fulminaron a Lucy, como si los diez últimos minutos hubieran sido culpa suya. Ella contuvo el aliento con el corazón disparado. Odiaba reaccionar así ante él. Y el hecho de haber pasado dos años idolatrándole a lo lejos, igual que las demás empleadas de la empresa, no había ayudado a disminuir el impacto de trabajar tan próxima a él. Le asaltó un recuerdo y un ardor familiar le invadió. Si hubiera mantenido la distancia, él no tendría aquel efecto sobre ella. Pero aquel instante en el ascensor hacía casi un año... Apartó ese recuerdo, no era el momento de pensar en ello.

Sin embargo, para su vergüenza, reaccionó sin poder evitarlo. Tenía que ver con la manera en que él acababa de pasarse la mano por su alborotado cabello negro, dejándolo más despeinado aún; y con su mandíbula tan definida que parecía esculpida. Sus mejillas y sus carnosos labios suavizaban las aristas, dándole el aspecto de un maestro de la sensualidad, algo que sin duda era. Aunque en aquel momento su ceño fruncido empañaba cualquier rasgo más dulce.

–Lucy, entra. Ahora mismo –le ordenó, evidentemente molesto por la reciente escena.

Ella aterrizó de golpe en la realidad. ¿Qué hacía recapitulando los atributos de su jefe mientras él la miraba con ganas de estrangular a alguien? Se levantó rápidamente de su asiento y justo entonces, para empeorar la situación, se le cayó al suelo el cuaderno y el bolígrafo. Se agachó para recogerlos maldiciendo su torpeza y el hecho de que la falda le quedara demasiado ajustada. Se había equivocado al lavarla y la prenda había encogido dos tallas por lo menos. Sin tiempo para comprar otra, había tenido que ponérsela tal cual y le aterraba que se abriera por las costuras. Sólo de pensarlo se ponía nerviosa.

Si Aristóteles Levakis intuyera por un segundo que le atraía lo más mínimo, ella habría perdido el puesto antes de darse cuenta. Era lo que les había sucedido a las dos anteriores secretarias.

Los cazatalentos de la empresa habían buscado una sustituta

rápidamente. Y, dado que Levakis Enterprises se encontraba en mitad de un proceso secreto de fusión, como había descubierto ella después, la búsqueda se había limitado a alguien que ya perteneciera a la empresa.

Por fortuna, su entonces jefe, abogado senior de Levakis, se había jubilado el mismo día en que la anterior secretaria había sido despedida. En veinticuatro horas, ella había sido investigada y ascendida al puesto más aterrador y emocionante de su carrera hasta el momento: asistente personal del propio Levakis, coordinando un equipo de cinco auxiliares administrativas y también personal en Atenas y Nueva York.

Mientras se erguía, cuidándose de contener la respiración para no estallar la falda, todos aquellos pensamientos aumentaron su nerviosismo. Comprobó que sus gafas estaban bien altas en su nariz y sintió que se le encendían las mejillas. Aristóteles se hizo a un lado para que entrara a su despacho.

–¿Qué te ocurre hoy? –le oyó preguntar exasperado.

Estaba avergonzada de su falta de control sobre sí misma. Ella no era mejor que la legión de empleadas que se reunían en las salas de descanso de la impresionante oficina londinense para ensalzar las proezas sexuales y la inestimable riqueza del jefe.

–Nada –murmuró, recurriendo a todo su entrenamiento para recuperar la compostura.

Le oyó cerrar la puerta y dirigirse a su escritorio y cerró los ojos un momento al tiempo que inspiraba hondo. Se reprendió duramente. Aquel empleo era crucial: el aumento en el salario había supuesto poder cuidar a su madre adecuadamente por fin.

No podía arriesgar todo aquello convirtiéndose en una balbuceante y torpe idiota, por más atractivo que fuera su jefe. Ni siquiera quería que un hombre como él se fijara en ella. Debía controlar aquellos pensamientos, le afectaban más de lo que deseaba admitir, al recordarle escenas de su niñez que prefería olvidar.

Debería de ser fácil hacerlo después de haber sido testigo de la reciente escena. Obviamente, a Aristóteles Levakis le gustaban las mujeres con pedigrí, delgadas y despampanantes, como yeguas purasangre. Ella era más bien una plácida yegua de tiro y de sangre muy poco azul.

Vio que él se colocaba tras su escritorio y gesticulaba impaciente que comenzara a tomar notas sin ni siquiera mirarla. Y se sentó con

las piernas recogidas bajo la silla, deseando que el corazón dejara de galoparle en el pecho y rogando que no se le rajara la falda.

Aristóteles Levakis se quedó de pie tras su escritorio, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, y contempló la cabeza recatadamente inclinada de su nueva asistente. Era de lo más irritante que Augustine Archer le hubiera obligado a rechazarla al exigir un compromiso mayor de lo que él podía ofrecer en aquel momento, a cualquier mujer.

Su asistente se movió levemente en su asiento. La observó entornando los ojos. De nuevo la misma sensación, leve y escurridiza pero insistente, que le rondaba desde que ella había entrado en su despacho, con su inmaculado traje de chaqueta, hacía dos meses.

Le asaltó una incómoda sospecha: ¿tenía esa sensación algo que ver con la aniquilación de su deseo por Augustine Archer? La voz desquiciada de ella todavía vibraba en el aire, pero en aquel momento le costaba recordar su rostro.

Rechazó la idea por absurda. Lucy Proctor, su relativamente nueva secretaria, era lo más opuesto al tipo de amantes que él solía tener. Pero casi contra su voluntad su mirada descendió de aquel cabello castaño a las rodillas juntas y las piernas castamente recogidas bajo la silla.

Su desdén desapareció un momento mientras contemplaba aquellos voluptuosos muslos aprisionados en una falda de tubo demasiado ajustada. Su irritación aumentó. Tendría que pedirle a la jefa de Recursos Humanos que le explicara el código de vestimenta que él esperaba de su asistente. Con todo, su ojo experto no había ignorado la cintura sorprendentemente estrecha, adornada con un cinturón. Eso le conmocionó, pero apeló a su autocontrol.

Ella era grande… toda ella. Sus ojos se posaron en los generosos senos bajo la camisa de seda. A pesar de todo, parecía firme y suculenta como un melocotón. En cuanto a su rostro… nunca se había detenido en él al considerarla tan sólo una empleada, pero en aquel momento, para su desesperación, quiso observarla detenidamente, recrearse en la grácil curva de su mejilla.

Sintió que se le disparaban las hormonas. Para apaciguarlas, se recordó que ella llevaba gafas, pero no funcionó. Su libido parecía decidida a confundirlo.

¿Qué demonios había desencadenado esa reacción, cuando ella llevaba dos años trabajando en su empresa y, las pocas veces que se habían cruzado, ella nunca había tenido ningún efecto sobre él?

Excepto que aquélla no era la primera vez: recordó con incomodidad una mañana en la que había usado el ascensor de los empleados en lugar del suyo privado, que se hallaba en reparación. Estaban cerrándose las puertas cuando algunos rezagados habían entrado con tal ímpetu que, por un segundo, él había sentido cada curva de un cuerpo femenino muy voluptuoso apretado contra el suyo. El cuerpo de Lucy.

El recuerdo le hizo arder por dentro. Ella le había parecido sacada de un cuadro de Rubens. Y al verla en la entrevista para el puesto de asistente, él había recordado aquel instante vívidamente. Y sólo había podido pensar en la sensación de tenerla apretada contra él.

Sobre todo, comparada con las esqueléticas Augustine Archers con las que él solía relacionarse.

Ella no había dado muestras de recordar el episodio del ascensor y él no pensaba admitir esa mella en su legendario autocontrol. Pero al verla sentada frente a él entonces, con sus carnosos muslos confinados en aquella falda demasiado estrecha, sintió que su cuerpo respondía con una fuerza casi incontrolable.

El objeto de su poco habitual deseo lo miró extrañada, claramente preguntándose por qué no decía nada. Una rabia irracional le invadió. Él no solía quedarse sin habla. Y entonces advirtió que ella tenía unos ojos de un gris casi azulado, enmarcados por largas pestañas. La vio abrir la boca para decir algo y, en contra de su voluntad, movió su mirada y descubrió que ella tenía un hueco considerable entre los dientes frontales. Algo inocente e increíblemente erótico al mismo tiempo.

De pronto, se imaginó aquellos labios alrededor de una parte de su anatomía, aquellos ojos almendrados mirándole mientras... La lujuria explotó en su cerebro, tiñéndolo todo de rojo.

Lucy miró a su jefe y se quedó sin aliento. El pulso, que por fin había logrado apaciguar, volvió a acelerársele. Él estaba mirándola con tal intensidad que, por un instante, creyó... Al momento desechó esos vanidosos pensamientos y le pareció que él tensaba el rostro y, en realidad, la fulminaba con la mirada. Se estremeció por

dentro aunque por fuera se mantuvo impasible.

–¿Señor? –dijo ella, aliviada de que su voz sonara tranquila.

Le pareció que él libraba una batalla de voluntades en su interior.

–Puedes llamarme Aristóteles –masculló por fin.

Tenía la voz ronca. Ella supuso que se debía a la discusión previa, pero a pesar de todo se estremeció. La idea de tutear a aquel hombre era de lo más excitante.

–Muy bien –logró articular.

Y entonces, él se sentó y comenzó a dictarle a tal velocidad que necesitó toda su concentración para seguirle. En el fondo agradeció la distracción, pero acabó exhausta. Al terminar, la mandó salir con un brusco gesto de la mano sin apartar la vista de unos papeles en su escritorio. Lucy estaba a punto de traspasar la puerta cuando oyó un seco:

–Y, por favor, encárgate de que Augustine Archer reciba algo... apropiado.

Lucy se giró y la expresión de cinismo en el rostro de su jefe la dejó sin aliento. ¿Se refería a que...? Como si leyera su mente, él añadió mordaz:

–Me refiero exactamente a eso. Lo que sea menos un anillo. Me da igual dónde lo compras, tan sólo asegúrate de que es caro, y envíaselo con una nota. Ahora te doy la dirección.

¿Por qué sentía aquella decepción?, se preguntó Lucy apretando el pomo de la puerta. Así funcionaba un hombre como él. ¿Y acaso no confirmaba eso otro rumor acerca de lo generoso que era con sus amantes? Aun así... ¡Ni siquiera iba a tomarse el tiempo de redactar la nota él mismo!

–¿Qué pongo en la nota? –inquirió intentando sonar serena.

Él encogió un hombro y sonrió sardónico.

–Invéntatelo tú. ¿Qué tópicos te gustaría oír de un hombre que acaba de dejarte? No dudo de que alguien como la señorita Archer tirará la tarjeta y se concentrará en el premio, así que yo no me preocuparía mucho. Tan sólo que resulte tan impersonal como sea posible.

A Lucy se le encogió el estómago ante aquellas gélidas palabras. Su rostro debió de traicionarla porque aquellos fascinantes ojos verdes la miraron con un brillo peligroso.

–¿No apruebas mis métodos?

Sintió una ola de calor subiéndole por el pecho.

–En absoluto...

Fue consciente de lo que acababa de decir cuando vio ensombrecerse el rostro de él. No podía permitir que su opinión personal acabara con aquel empleo. Demasiadas cosas dependían de aquel salario. Gesticuló torpemente.

–Quiero decir, no tengo ningún problema en hacer lo que sugieres. Tus métodos son... tuyos. Yo no soy quién para juzgarlos.

Vio que él enarcaba una ceja. ¿Cómo demonios habían llegado a aquel punto? Deseaba verse fuera de allí, con una pared y una puerta entre ambos, recuperando el aliento y el equilibrio interno, en lugar de comentando la mejor manera de despedirse de una amante.

–¿Entonces, admites que hay algo que juzgar?

Lucy negó con la cabeza, ruborizada a más no poder.

–No... Lo siento, no estoy expresándome bien. Haré lo que me pides y me aseguraré de que la nota es apropiada –añadió apresuradamente–. ¿Te la enseño antes de enviarla?

Él negó con la cabeza.

–No hará falta –respondió con rostro inexpresivo.

Herida, Lucy murmuró algo incoherente y salió apresuradamente, cerrando la puerta tras ella. De entre la vergüenza le brotó ira. ¿De qué se sorprendía o, peor aún, qué le decepcionaba tanto? Llevaba toda la vida viendo ese tipo de comportamiento masculino.

«Aun así, menudo hijo de... ». Detuvo sus pensamientos cada vez más disparados sentándose en su silla y trató de calmar su acelerada respiración. Los últimos cinco minutos habían sido lo más cercano a una discusión con su nuevo jefe. Debería haber asentido y salido del despacho. Maldijo su rostro tan expresivo, que su madre ya le había dicho que le metería en problemas. Lo cierto era que la fría despedida de la amante le había destapado un dolor hondamente guardado y demasiado familiar. Una vez tras otra, ella había sido testigo de la parte que recibía ese tratamiento: su propia madre.

Se estremeció al tiempo que activaba su ordenador y se esforzaba por concentrarse en el trabajo. El cinismo de Aristóteles de cómo recibiría el regalo su ex amante había sido totalmente acertado. Aunque Augustine Archer no parecía el tipo de mujer que necesitara ayudas para sobrevivir. Con un «premio» como el que proponía Aristóteles, su madre le habría pagado el uniforme del colegio un año más, recordó mientras le subía la bilis. Cosas así

habían financiado las vidas de ambas.

Aplacó su rabia. Su jefe no tenía por qué gustarle, tan sólo trabajaba para él.

Afortunadamente, ella se había forjado un camino diferente. Nunca dependería de ningún hombre y menos aún se vería esclava de su poder sexual o financiero. Se había esforzado demasiado, y su madre había sacrificado demasiadas cosas, para asegurarse de que evitaba seguir sus pasos. Ella nunca temería quedarse sin la atención que su madre y mujeres como Augustine Archer buscaban.

Estaba a salvo de todo eso.

Aristóteles se quedó mirando la puerta cerrada durante un buen rato. Aún ardía por dentro, cosa que le turbaba. Lo único que lograba recordar eran aquellos hermosos glúteos conforme ella se había detenido junto a la puerta y cómo, para retenerla, había dicho lo primero que se le había pasado por la cabeza.

Desacostumbradamente distraído de su trabajo, maldijo el hecho de haber tenido que dejar marchar a Augustine en aquel momento de las negociaciones. Consideró brevemente seducirla para que regresara, pero desechó la idea. Él no se rebajaría ante una mujer por nada del mundo.

En cuanto al encargo que acababa de hacerle a Lucy, él siempre se había ocupado de llamar a la joyería, pidiéndoles que escribieran ellos la nota. O tan sólo su nombre. Una indicación muy clara de que lo que hubieran compartido él y la mujer en cuestión se había terminado y no debían intentar regresar con él. Sonrió con sarcasmo: a medida que pasaban los años y seguía soltero, se convertía en un irresistible desafío para ciertas mujeres.

Sus pensamientos se adentraron en terreno peliagudo: el hecho inevitable de que algún día debería renunciar a su libertad. Tendría que encontrar una esposa apropiada y engendrar un heredero aunque fuera para proteger todo lo que estaba conservando alejado de las garras de otros.

La perspectiva no le atraía nada, sabía en qué consistía un matrimonio. Tenía cinco años cuando su padre le había presentado a Helen Savakis como su nueva madrastra, quien enseguida le había profesado odio sólo por no ser hijo suyo. Cualesquiera recuerdos que él pudiera tener de su madre, fallecida cuando él contaba cuatro años, y de una infancia paradisíaca que tal vez sólo había

existido en su imaginación, habían sido largamente aplastados y enterrados.

El hecho de que aquellos vagos recuerdos le acosaran en sueños tan vívidos que a veces se despertaba llorando era una debilidad vergonzosa que estaba decidido a ignorar. Por eso nunca pasaba la noche entera con una mujer.

Como atraídos por un imán, sus pensamientos regresaron de nuevo a su secretaria, quien estaba haciéndose un lugar en su imaginación que él no deseaba. ¿Por qué se había sentido obligado a decir todo lo que había dicho? ¿Y por qué le había sorprendido e incluso molestado el evidente desagrado de ella? Para colmo, había propiciado un diálogo al respecto, ¡como si le importara la opinión que ella tuviera de él! En el fondo, había querido ponerla nerviosa. Lucy Proctor siempre parecía situarse en un segundo plano para que nadie reparara en ella.

Pero él sí que había reparado en ella y ella había reaccionado: se había ruborizado de forma encantadora. Ari frunció el ceño. ¿Desde cuándo le parecía encantadora? ¿Y desde cuándo se interesaba él por alguien encantador? Y no sólo eso: ¿Qué demonios le había llevado a pedirle que le tuteara en lugar de llamarle señor Levakis, como siempre había preferido que hicieran sus secretarias? Había sido por algo en la manera en que ella le había mirado y había dicho «señor».

En un intento por restaurar el orden en su vida, encargó a Lucy que le concertara una cita para esa misma noche con una mujer que se había interesado por él recientemente. E ignoró el hecho de que se encendió incluso con su voz.

Terminado eso, le invadió cierta calma. Todo volvería a la normalidad. Olvidaría aquella obsesión por su secretaria y se concentraría en la recién llegada.

A la mañana siguiente, Lucy caminaba de la parada del autobús al trabajo, todavía avergonzada. Llevaba una pequeña maleta con una muda y un cambio de ropa. El día anterior le habían comentado de Recursos Humanos que debía replantearse su manera de vestir y tener siempre en la oficina ropa para cambiarse si surgía una emergencia. «Como faldas demasiado ajustadas, por ejemplo», pensó ella irritada. El hecho de que su jefe hubiera encargado a alguien que se lo dijera le hacía encogerse de humillación, por no

mencionar que eso suponía que había reparado en que ella casi hacía explotar la falda.

Al haber estado pendiente de que su madre se instalara en su nuevo hogar, poco tiempo después de entrar a trabajar para él, no había tenido tiempo de proveerse de un nuevo vestuario a pesar de haber recibido una generosa cantidad para ello.

Afortunadamente, la tarde anterior Levakis se había marchado relativamente temprano a su cita. Se le encogió el corazón al recordarlo: la mujer a la que ella había telefoneado no se había inmutado de que no fuera el propio Aristóteles quien la llamara y, por supuesto, estaba libre esa noche. Lucy sintió de nuevo un hondo desagrado y lo arrinconó junto con sus amargos recuerdos. ¿Quién era ella para juzgar?, se repitió.

Y de pronto, el plomizo cielo se abrió y una lluvia torrencial la empapó.

–¡No! –gritó, corriendo hacia el edificio Levakis.

¡En menos de una hora tenían una reunión importante al otro extremo de Londres!

Aristóteles atravesó el vestíbulo maldiciendo mentalmente el clima inglés. Entró en su ascensor privado, sin posibilidades de que algún cuerpo lleno de curvas se apretujara contra el suyo, y apretó el botón para subir a lo más alto del edificio, irritado a más no poder por estar pensando en «aquello» de nuevo. ¿Acaso deseaba que volviera a suceder?, se burló de sí mismo.

La noche anterior había tenido una cita con una mujer hermosa y disponible y no había sucedido nada. Y no porque ella no quisiera, ni tampoco él, lo cual había sido una experiencia nueva. Pero no se le había activado nada de cintura para abajo y había tenido que recurrir a toda su diplomacia para marcharse de allí.

Contrariado, salió del ascensor, atravesó la antesala donde trabajaban las asistentes de Lucy y abrió la puerta de su despacho dispuesto a soltarle una serie de órdenes a la mujer causante de su mala noche. Pero su puesto estaba desierto. Curiosamente, se le encogió el estómago.

Oyó movimiento proveniente del pequeño vestuario que usaba cuando tenía que asistir a algún acto social después del trabajo y se aproximó sin ser realmente consciente de lo que estaba haciendo. Oyó una maldición apagada y algo cayó al suelo.

Sintiéndose como un voyeur, y despreciándose por ello, se detuvo junto a la puerta levemente entreabierta. Y cuando sus ojos captaron la escena, todo el cuerpo se le puso en tensión.

El cabello mojado de Lucy caía en largos mechones sobre sus pálidos hombros. Estaba poniéndose unos pantalones sobre sus sorprendentemente largas y delgadas piernas. Y sus torneados glúteos estaban cubiertos por una deliciosa braga de seda y encaje negros.

Meneó las caderas para terminar de ponerse el pantalón y se giró hacia él mientras se lo abrochaba en un lateral. Aristóteles se inflamó por dentro: frente a él, con las dos manos a un lado, sus abultados senos se unían y elevaban de una forma increíblemente erótica. El sujetador apenas podía contenerlos. Quién hubiera dicho que ella tendría un gusto tan exquisito para la ropa interior bajo aquel exterior tan recatado... La excitación se apoderó de él.

Ella soltó otro apagado improperio cuando un largo mechón de su cabello rebasó el hombro y aterrizó en la curva de su voluptuoso seno. Aristóteles elevó la vista haciendo un gran esfuerzo y vio el hueco entre sus dientes frontales conforme ella, ruborizada, se mordía el labio inferior.

Como hechizado por un canto de sirena, no podía moverse. Hizo descender su mirada de nuevo hasta la delgada cintura y el vientre, metido hacia dentro al contener la respiración para poder abrocharse el pantalón. Era como si ella mantuviera una batalla por mantener su cuerpo a raya al tiempo que él frustraba todos sus esfuerzos con objeto de mantener su seductora suavidad inherente. Sus caderas se extendían desde la cintura con tanta generosidad y perfección...

Abrochado el pantalón, ella se irguió. Seguía conteniendo el aliento, lo que hacía que sus pechos resaltaran aún más. Se estiró para agarrar una camisa. Aristóteles no podía moverse ni pensar. Lo único que existía para él en aquel momento era el cuerpo medio desnudo de ella y su cabello húmedo provocativamente pegado a su piel como la seda.

Lo que él había tildado de sensación explotó en poderosa lujuria.

Lucy se puso nerviosa su nueva camisa de seda gris. Habitualmente, ella no habría elegido algo así pero, tras la llamada de atención del día anterior, no le había quedado más remedio que

comprarse el tipo de uniforme que alguien como Aristóteles Levakis esperaría.

Exhaló dando gracias. Al menos había tenido ropa para cambiarse. No podría haberse presentado ante él empapada como había llegado.

Terminó de abrocharse la camisa apresuradamente y escuchó atenta por si se abría la puerta del despacho. Él estaba a punto de llegar, era más puntual que todos los jefes que había conocido. Seguro que por eso el corazón le latía con tanta fuerza, por el temor a que la encontrara de aquella guisa. Se cepilló el pelo aún húmedo y se lo recogió en un moño. Era lo mejor que podía hacer.

Se puso unos zapatos planos, luego sus gafas, recogió la ropa empapada y, al elevar la vista, se quedó sin aliento. En la rendija de la puerta entreabierta se encontraba su jefe mirándola embobado.

Capítulo 2

CUÁNTO tiempo llevaba él allí?, se preguntó Lucy llena de ira, vergüenza y algo mucho más inquietante.

Para autoprotegerse, se negaba a creer que él la hubiera visto vistiéndose con la gracia de un elefante. Él no se movía. Parecía conmocionado. La mortificación se apoderó de ella. Logró moverse y abrió la puerta de par en par.

–El aguacero me ha empapado. Estaba cambiándome de ropa –musitó para llenar el incómodo silencio.

Pasó junto a Aristóteles, quien se giró y la siguió con la mirada conforme ella se ponía a salvo tras su escritorio sin comprender por qué necesitaba sentirse a salvo.

Cuando reunió el coraje para mirarlo, advirtió que el cabello de él también estaba mojado y su traje levemente húmedo. Lo miró a los ojos y, en un instante, sucedió entre ellos algo eléctrico y ancestral y Lucy supo que él la había visto vestirse. Rehuyó la incómoda sensación de alerta en su interior.

–Parece que a ti también te ha sorprendido. ¿Quieres cambiarte antes de marcharnos? –balbuceó–. He avisado a Julian para que traiga el coche dentro de quince minutos.

Aristóteles, aparentemente sin importarle la reunión ni su ropa húmeda, se apoyó en el quicio de la puerta y se cruzó de brazos. Recorrió a Lucy con la mirada de arriba a abajo y ella se encogió, dudando de si se habría dejado alguna etiqueta puesta. Se contuvo para no comprobarlo.

–¿Ayer llevabas esa falda a propósito, consciente de lo provocativa que era?

Una mezcla de conmoción, incredulidad y horror invadió a Lucy.

–Por supuesto que no. Nunca sería tan...

Le fallaron las palabras y cerró la boca, impotente.

Aristóteles la vio erguirse con el orgullo herido, sorprendida. Sintió el absurdo impulso de disculparse, pero no podía evitar recordar cómo sus muslos habían parecido luchar por liberarse de la falda. Se imaginó subiéndosela mientras ella se apoyaba de espaldas a él y él la inclinaba sobre el escritorio, deslizando la mano hasta subirle aún más la falda y él sacar su... ¿Qué demonios le ocurría?,

se reprochó. Su mente no solía generar fantasías sexuales tan explícitas con tan poca provocación.

Se separó de la puerta bruscamente y, con sequedad, recordó a Lucy que tuviera preparados todos los papeles para la reunión. Luego entró en el vestuario e inspiró hondo, intentando recuperar el sentido común. En lugar de eso, un aroma femenino de lo más evocador le hizo revivir los últimos momentos, disparándole de nuevo la libido.

Gruñendo de irritación, sacó una camisa limpia de su armario y se dio una ducha fría. No le ayudó mucho.

Lucy dio un respingo y se concentró en la pantalla de su ordenador. Aristóteles acababa de colgar el teléfono malhumorado tras contestar una llamada de su hermanastro desde Atenas. Llevaba dos semanas de un humor terrible. Desde aquella mañana y la mención a su falda. ¡Él creía que se la había puesto a propósito! Desde entonces la trataba con sequedad y apenas la miraba.

Lucy no dejaba de repetirse que aquélla era una relación laboral habitual. Él era famoso por su trato brusco y serio. ¿Qué esperaba ella, que fuera cálido y amoroso? Se removió inquieta en su asiento. Lo cierto era que le excitaba enormemente, sobre todo cuando se hallaba cerca.

–¿Hay algo divertido en Internet hoy?

Lucy casi saltó de su asiento al oír la voz masculina. Inspiró hondo antes de armarse de valor y elevar la vista. Debía armarse de valor muchas veces frente aquel hombre. Sonrió ampliamente, pero se detuvo al ver ensombrecerse el rostro de él.

–No... Sólo repasaba el correo electrónico más reciente de Parnassus Corporation...

Suspiró aliviada porque eso era justamente lo que había estado haciendo antes de perderse en sus pensamientos.

Vio que Aristóteles salía de su despacho y se acercaba a ella y se le disparó el pulso.

–Mentirosa –afirmó él con suavidad.

–¿Disculpa? –se rebeló ella.

Le vio llegar hasta su escritorio y se contuvo de encogerse cuando la miró intensamente. Se sentía mareada tras días sin apenas mirarse a los ojos.

Él enarcó una ceja.

–Si eso es cierto, dime qué propone Parnassus que hagamos en la última fase para sellar nuestra fusión.

Lucy tenía la mente en blanco. Y entonces una parte suya lejana, más racional y profesional que la que estaba babeando en la silla, volvió a activarse. Milagrosamente, la información acudió a su memoria.

–Sugiere que la última fase se realice en Atenas, dado que es donde las dos empresas se originaron hace un siglo. Quiere que sea un regreso triunfal al país del cual su familia se marchó cuando él era joven, y que Atenas sea el origen y real y simbólico de la más poderosa fusión en la historia del transporte en Grecia.

El silencio contribuyó a la tensa atmósfera que se creó entre ellos.

–Bien. Y asumo que tienes todo en orden para viajar a Atenas durante tres semanas...

Lucy parpadeó atónita: no se había ni planteado que asistiría a una operación comercial tan prestigiosa. Se burló de su falta de previsión: por supuesto que debía ir, nadie más que ella tenía acceso a toda la información vital y secreta, tan secreta que había tenido que firmar una cláusula de confidencialidad en su contrato por la que se comprometía a no difundir ninguna información a nadie. Si lo hiciera, se vería despedida al momento y vedada en numerosos círculos.

Comenzó a captar la envergadura de aquella fusión y la importancia del hombre que tenía delante. Y se dio cuenta, mortificada, de que gran parte de su distracción tenía que ver con estar trabajando para alguien que le había llegado tan hondo que ella tenía que dedicar una cantidad ingente de tiempo a negárselo a sí misma. Como estaba haciendo en aquel preciso momento.

Intentó convencerse de que sólo estaba reaccionando al innegable carisma de aquel hombre, igual que le sucedía a mucha gente. Con eso en mente, agarró unos papeles que debía archivar y se puso en pie apretándoselos contra el pecho. Era un intento obvio de poner algo de distancia entre ellos. Aristóteles se irguió y la observó detenidamente. La traicionera pasión volvió a invadirla pero, una vez que ella sabía de dónde provenía, podía actuar sobre su reacción. Elevó la barbilla.

–¿Algo más?

Él sacudió la cabeza lentamente y esbozó una leve sonrisa. Lucy temió desmayarse.

–No, eso es todo por ahora –dijo él encaminándose a su despacho y girándose de pronto–. Y no te olvides del compromiso que tenemos esta noche. Estate preparada para salir a las seis y media. Yo me arreglaré en mi despacho. Tú puedes usar el vestuario.

Y tras decir eso, se metió en su despacho y cerró la puerta tras él.

Lucy estuvo a punto de caerse redonda. Había olvidado la recepción de aquella noche. Se reprendió a sí misma al tiempo que se desplomaba sobre su silla. ¿Qué diablos le ocurría? Se olvidaba de la recepción, no preveía que tendría que viajar a Atenas... Estaba distraída. Y en aquel puesto no podía permitirse ese lujo.

¿Cómo se le había olvidado el seco anuncio de unos días antes? Sabía que tendría que acompañar a su jefe a algún acto social, pero no que sería tan pronto. Después de todo, él había tenido bastantes citas después de la honorable Augustine Archer. Aunque tras cada una de ellas se había mostrado taciturno y más irritable que nunca. Secamente, le había encargado que enviara a cada una un carísimo ramo de flores. Al parecer, ninguna se había merecido una joya.

De pronto, Lucy se había dado cuenta de que no le había concertado ninguna cita en la última semana. Eso la había descolocado más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Él la había mirado con los ojos entrecerrados.

–Dado que ahora no tengo pareja, aunque eso no es asunto tuyo, he decidido que me acompañarás tú. ¿Tienes algún problema con eso?

Ella había sacudido la cabeza enérgicamente, abrumada. –No, en absoluto. Voy a anotarlo en la agenda ahora mismo.

Regresó al momento presente. Seguía sujetando los papeles contra su pecho a modo de escudo. Miró la agenda abierta junto a ella y vio la anotación claramente: «Baile de Blanco y Negro. Hotel Park Lane. 7 p.m.». La idea de pasar junto a aquel hombre más tiempo del absolutamente necesario le generaba un profundo pánico.

Dejó los papeles en la mesa y telefoneó a la residencia donde vivía su madre. Aunque sabía que ella no se enteraría, pidió que le dieran el mensaje de que no podría ir a visitarla aquella tarde.

Lucy podía oír a Aristóteles moviéndose en su despacho

mientras ella se cambiaba en el vestuario. Se trataba de un acto formal, por lo que se había comprado un vestido largo y respetable, por más que aburrido. Era todo negro, o sea, hacía más delgada, y de cuello alto, con lo cual le tapaba los senos. Cualquier cosa que hiciera eso le hubiera servido. Y además, ella no estaba vistiéndose para impresionar a nadie, sino para acompañar a su jefe a un acto profesional.

Se recogió el cabello en un moño, se maquilló ligeramente y se calzó unos zapatos negros de salón. Luego agarró su bolso de mano con su ropa del trabajo e inspiró hondo antes de salir, sintiéndose ridículamente nerviosa y odiándose por ello.

La respiración se le cortó y el cerebro dejó de funcionarle cuando vio a Aristóteles salir de su despacho, resplandeciente con su esmoquin. El color negro le hacía parecer aún más peligroso. Lucy trató de mitigar su excitación y sujetó fuertemente su bolsa.

Él terminó de ajustarse los gemelos y la miró. La blancura perfecta de su camisa resaltaba aún más sus ojos verdes. Estudió a Lucy de arriba a abajo, haciéndola encogerse por dentro, y enarcó una ceja.

–Si pretendes pasar desapercibida, lo has conseguido –comentó burlón.

Ella tragó saliva con dificultad.

–Soy tu secretaria, no tu cita.

«Lo cual es una pena», se sorprendió pensando Aristóteles. Aunque no con aquel vestido. Él, con un hambre que aumentaba a cada momento, deseaba ver su cuerpo envuelto en algo mucho más revelador y ajustado. Como aquella falda que había adquirido proporciones míticas en sus fantasías. Contuvo su intenso deseo, a pesar del recatado vestido, y reparó en el rubor de las mejillas de ella y el brillo de precaución en su mirada.

Ella le intrigaba cada vez más, no sólo por sus deliciosas curvas, también por la forma en que reaccionaba a él. Su rostro era como un libro abierto. Ella no le temía, eso solo ya era muy atractivo. Además, era evidente que no aprobaba muchas cosas de él y eso suponía una novedad.

Él estaba mirándola demasiado fijamente. Lucy se estremeció, pero se aseguró tozuda que no estaba respondiendo a él, tan sólo a su carisma. Pero cuando él se le acercó con desenfado y la rodeó estudiándola, tuvo que esforzarse para no salir corriendo. Eso sí, se giró incapaz de soportar que él contemplara su gigantesco trasero.

Malditos genes. ¿Por qué ella no había salido menuda como su madre?

–¿Hay algún problema? –inquirió a la defensiva–.

El vestido me sienta bien. No es demasiado ajustado, si es eso lo que te preocupa.

Aristóteles la miró. En sus ojos había un brillo oscuro e indefinible.

–El vestido está bien. Para una anciana –señaló él–. Al menos suéltate el pelo. Parece que fueras a trabajar.

Su voz, habitualmente neutra, había adquirido un acento típicamente griego que resonó en el interior de Lucy. Se le quedó la mente en blanco y elevó la mano en un instintivo gesto de protección. Su moño era parte de su armadura, soltárselo sería como quitarse el vestido y quedarse en ropa interior delante de él. Un traicionero ardor volvió a invadirla. Sacudió la cabeza lentamente.

–Suéltatelo, Lucy –repitió él sosteniéndole la mirada.

Era una situación tan perturbadora que ella se encontró obedeciéndole. Con gran reticencia se quitó las horquillas y sintió su cabello desplegarse sobre sus hombros y su espalda.

Aristóteles apretó los puños en los bolsillos de su pantalón para no abalanzarse a tocar aquel sedoso cabello. Era más oscuro de lo que él creía y deliciosamente indomable. Se imaginó a Lucy tendida en un suntuoso diván, con aquellos gloriosos mechones sobre sus senos desnudos... «¡Vuelve en ti, hombre!». Con un esfuerzo supremo, recuperó el control de sí mismo.

–Así mejor. Ahora sí pareces lista para asistir a una recepción. Vamos.

Con una cortesía que sorprendió a Lucy, él le quitó el bolso de mano y encabezó la salida. Ella se tropezó al seguirle por el pasillo hacia su ascensor privado. Una vez dentro, revivió el recuerdo de la otra vez que habían coincidido allí. No pudo evitar su reacción. Habían sucedido muchas cosas desde entonces. Aquel hombre destilaba sexualidad. Ella podía olerla y sentirla. De pronto, tuvo la extraña sensación de estar conteniéndose de algo muy grande... Escenas licenciosas se desarrollaban en un rincón de su imaginación y amenazaban con explotar, burlándose de ella y de su creciente pérdida de control. Apretó la mandíbula y clavó la mirada en la pantalla del ascensor, deseando con todas sus fuerzas que bajara más rápido.

El esfuerzo que tuvo que hacer para mantenerse alejado de Lucy, junto con los vívidos recuerdos de aquel cuerpo apretujado contra el suyo, acabaron con cualquier resistencia que le quedara a Aristóteles respecto a ella. Nunca había experimentado aquel grado de deseo y además la frustración era una sensación nueva: él estaba acostumbrado a conseguir lo que quería cuando lo quería. Nunca se detenía a cuestionarse su decisión ni sus motivos.

Sencillamente, tenía que acostarse con aquella mujer cuanto antes. Entonces ese extraño hechizo que ella tenía sobre él se rompería. En tres meses se habría acabado todo. O antes, si se aburría. Según su contrato, él podía despedirla sin aviso previo. Sin embargo ella no podía marcharse a menos que quisiera sabotear su carrera. Debido al carácter secreto de la fusión, ella estaba comprometida con Levakis Enterprises hasta que todo el asunto se hiciera público.

El trabajo, que él siempre había considerado una parcela aparte del placer, se convertiría en un placer, tanto para él como para Lucy. Quería que ella le acompañara en todo momento mientras él la poseía una y otra vez hasta saciar sus ansias. Instintivamente, supo que una noche no sería suficiente, cosa que le incomodó.

De cualquier forma, se sentía vivo por primera vez en mucho tiempo. Incluso la fusión estaba pasando a un segundo plano. Una alarma resonó en lo más profundo de su mente, pero estaba demasiado excitado para prestarle atención.

El ascensor llegó suavemente a su destino y se abrieron las puertas. Aristóteles indicó a Lucy que le precediera y aprovechó para observarla detenidamente. Ella evitó su mirada con disimulo. Se tropezó al salir del ascensor y Aristóteles la sujetó por el codo desnudo. El placer de tocarla casi le hizo desmayarse: podía sentir el seno de ella rozando sus dedos. Un instinto primitivo de poseer a aquella mujer se apoderó de él. El hecho de que ella estuviera tan rígida a su lado no le afectó. Ella era suya tanto como él, por el momento, era suyo.

Lucy vio marcharse al colega de Aristóteles y sintió un creciente terror. No quería quedarse a solas con su jefe. Se encontraban uno al lado del otro en el salón principal del hotel London, rodeados de una suave luz.

–¿No necesitas las gafas? ¿O llevas lentillas? –le preguntó él

súbitamente.

Ella casi se atragantó con su agua mineral. Ciertamente, se había olvidado las gafas en el vestuario de la oficina. Se ruborizó sintiéndose culpable y miró fugazmente a Aristóteles. Tan alto y tan próximo a ella, estaba poniéndole tan nerviosa que se le escapó la verdad.

–No son gafas graduadas.

–Entonces, ¿por qué las llevas? –inquirió él extrañado.

Él no podía comprender que una mujer quisiera restarse atractivo, pensó Lucy sintiéndose muy vulnerable. Se encogió levemente de hombros y evitó su mirada.

–Comencé a usarlas cuando empecé a buscar trabajo al terminar la universidad.

Se encogió por dentro. ¿Cómo explicarle a aquel hombre que se había hartado de que sus potenciales jefes se fijaran más en su físico que en su currículum? Se estremeció de desagrado al recordar a su primer jefe susurrándole lascivo que le gustaban las «chicas grandes».

Desde entonces, ella siempre iba muy tapada, con moño y gafas. Debía reconocer que trabajar con Aristóteles Levakis había supuesto cierto alivio ya que él nunca se fijaría en ella. Pero ya no estaba tan segura.

Acrecentando esa inseguridad, vio que Aristóteles se giraba sutilmente hasta quedar de espaldas al resto de la sala llena de gente. No pudo resistirse a mirarle de nuevo y esa vez la expresión de él retuvo su atención. Él posó la mirada en sus senos, igual que hacían todos los hombres desde que ella se había desarrollado exageradamente. Pero en lugar de su habitual sensación de invasión y disgusto, para su vergüenza y horror sintió que su cuerpo respondía: los senos le pesaban, los pezones se le endurecían. Por un instante, se preguntó cómo sería sentir las caricias de aquel hombre. Su apabullante respuesta física la abochornó.

A Aristóteles le brillaban los ojos. Sonrió levemente.

–¿Y funcionó?

La vergüenza y el disgusto invadían a Lucy. ¿Tan débil era? Con una simple mirada, aquel hombre estaba derribando sus defensas como si fueran de papel.

–Lo cierto es que sí, funcionó –respondió con voz estrangulada.

«Hasta ahora», pensó. Se sentía como un insecto atrapado, impotente frente a un depredador implacable. Decidida a negar su

perturbadora reacción, desvió la mirada.

–Mucha gente lleva gafas por cuestiones estéticas –comentó resuelta–. Creí que lo aprobarías.

–Tu currículum y tu ética en el trabajo hablan por sí solos, Lucy –afirmó él secamente–. No necesitas parecer aún más profesional.

«Faldas ajustadas, sí; gafas no», pensó él irritado con su mente díscola.

Lucy lo miró sorprendida ante aquella alabanza. El hecho de que no la hubieran despedido había sido su única indicación hasta la fecha de que estaba haciendo un buen trabajo.

–De acuerdo, no las usaré –accedió, inclinando la cabeza.

Estuvo a punto de añadir «señor», pero lo último que necesitaba era que él le pidiera de nuevo que lo tuteara. Lo que necesitaba era que aquella velada terminara lo antes posible y pasar dos días completos alejada de aquel hombre para volver a pensar con claridad. Especialmente, cuando se le avecinaban tres amenazadoras semanas junto a él en Atenas.

Unas pocas horas después, Lucy suspiró aliviada cuando el coche se detuvo junto a su apartamento en el sur de Londres. Había insistido en tomar un taxi, pero Aristóteles no se lo había permitido.

Alargó la mano para abrir su puerta y se giró para dar las buenas noches. Aristóteles ocupaba la otra esquina como un ángel vengador gigante. El pánico se apoderó de ella y se apresuró a abrir la puerta. Y justo cuando sacaba una pierna al asfalto, el horrible sonido de tela rasgándose detuvo su corazón. Una fría brisa le acarició los muslos.

Bajó la mirada y contempló boquiabierta la raja en la falda desde medio muslo hasta el bajo. Debía de haberse enganchado con algo. Sus blancos muslos brillaban en la noche.

Mientras procesaba todo aquello, oyó un frío y sardónico:

–No pareces tener mucha suerte con la ropa, ¿no?

Deseó que la tragara la tierra más que nunca. Oyó que él le decía algo a su chófer y que salía del coche. Ella no podía moverse, le aterraba la idea de hacer algo que terminara rompiendo del todo el vestido. Pero Aristóteles estaba frente a ella con una sonrisa burlona y la mano extendida.

Con reticencia, ella se sujetó a su mano y sintió que el mundo giraba como loco conforme él la ayudaba a salir del coche. Con la

otra mano se sujetó el resto del vestido, ruborizada a más no poder. Advirtió que él había agarrado su bolso de mano. Ese hecho y la forma en que él estaba mirándola le hicieron sentirse amenazada. Era la misma mirada de aquella famosa mañana en el despacho.

Se estremeció y se puso rígida al mismo tiempo e intentó soltarse.

–Debo de haberme enganchado con algo. Pero a partir de ahora ya no hay problema. Tú debes de estar impaciente por regresar a casa.

Aristóteles la ignoró y la condujo al interior del edificio sin soltarla. Ella sentía la sangre ardiéndole en las venas.

–De veras, señor Levakis, mi puerta está muy cerca.

Incluso intentó detenerse, pero él se giró hacia el chófer.

–Eso es todo, Julian, puedes retirarte. Tomaré un taxi desde aquí.

–¿Está seguro, señor? –preguntó el chófer sorprendido.

–Sí. Buenas noches, Julian.

Y así, antes de que ella pudiera reaccionar, se vio conducida a su puerta mientras Aristóteles la miraba con impaciencia.

–¿Las llaves?

Lucy resopló. Ver alejarse al chófer la asustó aún más.

–Señor Levakis, no tiene que hacer esto, de verdad. Por favor. Gracias por haberme traído, pero no debería haber dejado que Julian se marchara. No conseguirá encontrar un taxi por aquí...

Él la miró con sus cautivadores ojos verdes.

–Te he dicho que me llames Aristóteles. Y ahora, tus llaves, por favor.

Igual que antes, ella le obedeció. Sabía que en parte se debía a su estado de conmoción. Sacó torpemente las llaves de su bolso mientras intentaba que el vestido no se abriera, y contempló sin decir nada cómo Aristóteles abría el portal y los conducía al ascensor. La miró de nuevo con una ceja enarcada.

–Sexta planta –dijo ella débilmente.

Mientras el ascensor ascendía, Lucy se preguntó si no sería un sueño. En cualquier momento se despertaría y sería lunes por la mañana y todo habría vuelto a la normalidad. Pero entonces el timbre sonó y Aristóteles, su jefe, volvió a mirarla expectante. Ella no tuvo más opción que dirigirse a su puerta.

Su cerebro se negaba a funcionar con coherencia. No lograba ni preguntarse a sí misma qué estaba haciendo él allí. Al llegar a su

puerta, se giró: necesitaba asegurarse de que la atravesaba sola y aquel hombre se quedaba fuera.

Extendió la mano para recuperar sus llaves, que él todavía sujetaba. Evitó su mirada.

–Gracias por asegurarte de que llego bien.

–Todavía no estás dentro.

Con más pánico que irritación, Lucy lo fulminó con la mirada y agarró sus llaves. Abrió con mano temblorosa y estuvo a punto de llorar de alivio al ver su casa. Se giró y forzó una sonrisa.

–¿Lo ves? Ya está. Y ahora, tuerce a la derecha cuando salgas del portal, la calle principal se encuentra a unos cien metros subiendo. Deberías encontrar un taxi por ahí.

Capítulo 3

ARISTÓTELES se apoyó desenfadadamente en la pared con las manos en los bolsillos del pantalón. En algún punto desde que se habían marchado del baile se había deshecho la corbata, que le colgaba junto al cuello también abierto de la camisa. Lucy se sintió conmocionada de nuevo por el extraño comportamiento de él. ¿Estaría borracho?, se preguntó mirándolo con recelo. Pero recordó que, al igual que ella, no había probado una gota de alcohol en toda la noche... Sintió mariposas en el estómago.

–¿No habías dicho que no conseguiría encontrar un taxi por aquí? ¿Me dejarías solo e indefenso por las calles de este barrio? Puedo llamar a uno desde tu apartamento... y me encantaría tomarme un café.

Él y la palabra «indefenso» no cuadraban. Lucy le vio sonreír y, por unos instantes, todo le dio vueltas. Estaba siendo objeto del lado más encantador de su jefe. De pronto, oyó que el ascensor funcionaba, más gente regresaba de fiesta. Le aterró la idea de que pudiera ser su divertida pero fisgona vecina. Podía imaginarse intentando explicar qué hacía un guapísimo magnate griego de metro ochenta y cinco en su modesta entrada. De pronto, el vestido pasó a ser la menor de sus preocupaciones.

–De acuerdo. Te pediré un taxi y te pondré un café –dijo entrando en su casa.

Aristóteles la siguió, impregnando la habitación con su dinamismo, y ella cerró la puerta justo cuando se oía la risa borracha de su vecina. Suspiró aliviada.

Mientras Aristóteles se paseaba por su humilde salón, Lucy reparó en un sujetador de encaje sobre una silla de la cocina. Se abalanzó sobre él. Y justo vio que Aristóteles la miraba y se le encogió el estómago.

–Café –balbuceó–. Voy a preparar el café.

Se apresuró a la cocina, escondió el sujetador en un armario, sacó café y puso agua a hervir. Por el rabillo del ojo miraba de vez en cuando al salón. Aristóteles seguía paseándose. Se había quitado la chaqueta y ella se recreó en su ancha espalda, su cintura estrecha, sus glúteos firmes y largas piernas...

El pitido del hervidor de agua le hizo dar un respingo y se quemó con algunas gotas. Se sujetó el vestido y, al regresar al salón, advirtió que Aristóteles había encendido algunas velas. La cálida luz daba a la atmósfera una intimidad que le aceleró el pulso. Tuvo un vago impulso de ir a cambiarse el vestido, pero no podía desvestirse mientras él estuviera cerca. Reparó entonces en que él estaba contemplando una foto con el ceño ligeramente fruncido y le aterró la idea de que reconociera a la mujer de la foto. Le tendió la taza de café, obligándole a dejar el retrato.

–¿Sois tu madre y tú? –inquirió él señalándolo con la cabeza.

Lucy miró la foto y contuvo el deseo de esconderla donde nadie la viera. Era una de sus imágenes favoritas junto a su madre, tomada en París a sus doce años. Estaban abrazadas para protegerse del frío, con los rostros juntos. La imagen evidenciaba que Lucy no había heredado la delicada belleza de su madre. Por aquel entonces ya la superaba en altura.

–Sí –respondió cortante.

Aristóteles la miró: estaba tan nerviosa y asustadiza como un potro, evitando su mirada y sujetando su vestido como si le fuera la vida en ello. Ver sus blancos muslos por la raja del vestido había terminado de encenderle: había necesitado todo su autocontrol para no acariciar aquellas exuberantes piernas. Especialmente tras una noche de tortura, intentado concentrarse en el trabajo con ella a su lado. Acompañarla a su apartamento había sido algo tan necesario como respirar. Pero en aquel momento, al verla tan nerviosa, se obligó a dar un paso atrás.

Lucy señaló bruscamente un sofá junto a la ventana.

–Por favor, siéntate mientras te tomas el café. Voy a llamar a un taxi. A estas horas puede que tarde un rato en venir.

Él se sentó y la observó dirigirse al teléfono. Intentó aplacar el intenso deseo que incluso su espalda le provocaba y pensó de nuevo en el baile.

Lucy había sido una compañía sorprendentemente agradable, aportando inteligentes comentarios y mostrando sentido del humor. Le había dejado atónito cuando, sin esfuerzo, había comenzado a hablar un francés perfecto. Algo sombrío se instaló en su pecho al recordar el interés masculino que ella había generado sin ni siquiera ser consciente. Él no estaba acostumbrado a eso.

Recorrió el cuerpo y las largas piernas de ella con la mirada y revivió el momento en el cual se le había rajado el vestido. Se

preguntó cómo sería sentir aquellas piernas rodeando su cintura mientras él se adentraba más y más en su cálida humedad. La excitación fue inmediata e incómoda. Se removió en su asiento y el evidente alivio de Lucy al comunicar con la empresa de taxis no le enfrió.

Lucy colgó, se giró y por fin miró a su jefe a los ojos. El escape era inminente, sólo debía darle conversación un rato.

–El taxi llegará en diez minutos –anunció, sentándose aliviada junto al teléfono.

Todavía sujetaba su falda con abertura como si le fuera la vida en ello.

Aristóteles se inclinó hacia delante y dejó la taza de café en una mesita. Sus ojos verdes tenían un brillo intenso.

–Vamos a pasar mucho tiempo juntos en Atenas –dijo y contempló la habitación–. Creo que será una buena oportunidad para que nos conozcamos un poco más.

Una especie de frustración traicionera invadió a Lucy, pero todo su interior la rechazó. ¿Cómo había podido sospechar que él la acompañaría a casa para intentar acostarse con ella? De pronto se sintió muy frágil.

–Por supuesto. Si quieres conocer más acerca de mi historia, podría rellenar un cuestionario... –sugirió y vio que él enarcaba una ceja–. Un cuestionario personal.

Por dentro se sentía más pesada que el plomo. Se había convertido en una experta en colorear de rosa la vida junto a su madre.

Vio que Aristóteles sacudía la cabeza, se ponía en pie y se aproximaba a ella hasta dejarla en una posición muy vulnerable, con la cabeza a la altura de su entrepierna. Así que ella también se puso en pie, tan rápido que perdió el equilibrio. Él la sujetó por la cintura para ayudarla, pero ella lo sintió como una invasión, especialmente por lo acomplejada que estaba con su cuerpo.

Con una mano intentó apartarle, pero él no se movió. Con la otra, seguía sujetándose el vestido. Le miró a los ojos y dejó de pensar con claridad. Él estaba demasiado cerca, podía oler su aroma cítrico mezclado con algo mucho más masculino y elemental. Sólo veía sus ojos, sólo sentía sus manos en su cintura.

Él estaba hablando. Lucy intentó concentrarse en sus palabras.

–... más bien a algo como esto.

Y de pronto él se inclinó y la besó, un beso cálido, firme y tan

exótico que la tomó por sorpresa.

«No vas a sentir nada, eres una frígida», le repetía una consoladora voz en su interior. «Tú no eres tu madre, no reaccionas a esto. No ansías a los hombres ni el sexo, ya lo has comprobado…».

Pero, como desconectado de su mente, un calor arrollador estaba apoderándose de ella, originado en su parte más secreta. Un punto en el que nunca antes se había detenido. Un punto que nunca antes había sido tocado.

Aristóteles la atrajo hacia sí, sus manos grandes hundiéndose en su suave carne. Y entonces Lucy advirtió lo duro que estaba y lo alto y fuerte que era. Por primera vez en su vida, tuvo la impresión de ser algo delicado.

Él pasó una mano por encima de sus senos, que se endurecieron excitados, y continuó hasta hundirla en su cabello y tomarla por la nuca, apretándola más contra él. Lucy deseó que se hubiera detenido más en sus senos.

La boca de él era insistente, pero algo en el interior de Lucy la protegía de sentir plenamente. Era un muro que había construido mucho tiempo atrás. Curiosamente, nada más pensarlo se imaginó que el muro se derrumbaba.

Conforme la sensación aumentaba, encendiendo una urgencia desconocida, le invadió el pánico. Él no podía tener idea de aquella reacción cataclísmica en su interior, pensó Lucy, y sin embargo en aquel momento se separó de ella y la miró a los ojos.

–Lucy, puedo sentir que estás conteniéndote. No dejas de temblar –dijo él guturalmente.

Y entonces ella aterrizó en la realidad de golpe: ¡se hallaba en brazos de su jefe y él estaba besándola! Le invadían sentimientos tan intensos que la abrumaban. Su sentido común intentó imponerse: ella no respondía a los besos de aquella manera… pero la realidad era que sí lo estaba haciendo.

Aristóteles reanudó el beso y Lucy se encontró indefensa y vulnerable, presa de los deseos contradictorios de su interior, débil ante aquel ataque de seducción a sus sentidos. Él rozó con la lengua su boca fuertemente cerrada. Una parte de ella, profunda y desconocida, deseaba experimentar aquello y le hizo entreabrir los labios. Aristóteles aprovechó la oportunidad y le obligó a aceptarle y responderle.

Cuando la lengua de él tocó la suya, Lucy sintió un aluvión de reacciones en su cuerpo. Por primera vez sentía algo y era

demasiado poderoso para resistirse a ello, como una corriente que la arrastrara. Se apretó contra el cuerpo de él y oyó su gruñido de aprobación. Él hundió más la lengua, explorando y animándola a saborearle. La atrajo hacia sí por la cintura, apretando su erección contra el suave vientre de ella, lo que no le provocó disgusto, sino deseo de experimentar la unión: hundió sus dedos en aquel sedoso cabello y sintió su espalda arquearse licenciosamente. Y cuando él le acarició la cintura y las caderas, no se sintió acomplejada, sino exultante.

De pronto él la agarró de los glúteos y la acercó aún más a su regazo. Lucy contuvo el aliento. Aristóteles detuvo el beso y la miró. Sus cuerpos estaban íntimamente unidos. Ambos respiraban aceleradamente. Sin dejar de mirarla a los ojos, él le hizo soltar el vestido y, sin poder oponerse, Lucy se perdió en su mirada mientras él le acariciaba el muslo y se acercaba a su entrepierna cada vez más...

–Eres muy hermosa. ¿Por qué te ocultas, Lucy?

No fue la atrevida mano de él, sino sus palabras lo que rompieron aquel hechizo sensual. Ella no era hermosa. Había oído ese cumplido millones de veces, pero nunca dirigido a ella: siempre hacia alguien que había pasado toda su vida definida por las opiniones de los hombres. Su madre.

El impacto de todo aquello la hizo apartarse bruscamente y volvió a sujetarse el vestido. No podía dejar de pensar en cómo se había apretujado contra él. Se avergonzaba tanto que le entraron náuseas. Para colmo, sentía un agudo cosquilleo entre sus piernas.

–Esto es completamente inapropiado. Soy tu secretaria –dijo ella con voz temblorosa y demasiado aguda.

Aristóteles estaba desacostumbradamente ruborizado.

–También eres la mujer en la que no puedo dejar de pensar. Y es un poco tarde para tratar de hacerse la virgen herida –respondió pasándose la mano por el cabello en un gesto de frustración.

Lucy negó con la cabeza, intentando no fijarse en sus carnosos labios. En aquel momento se sentía de todo menos virginal. En pocos segundos él había reducido a cenizas la certeza con la que se había consolado desde que había perdido su virginidad: que era frígida.

–No. Soy tu secretaria. Esto es imposible. Tan sólo estás aburrido o algo así. No puedes querer...

–¿Que no puedo? –le interrumpió él secamente fulminándola

con la mirada–. La otra mañana te vi cambiarte de ropa y me sentí como un colegial contemplando a una mujer desnuda por primera vez. Ninguna mujer me había reducido a eso nunca. Y tú también me deseas, Lucy. Acabas de demostrármelo.

Ella se ruborizó avergonzada. Conque sí la había visto. Ella lo suponía, pero oírle confirmarlo casi le hizo perder el sentido. Además, junto con la vergüenza se le había despertado otro sentimiento, de placer ilícito cuando había visto el rostro de él. Negó con la cabeza más fuerte que antes y se agarró el vestido con ambas manos.

Justo en aquel momento sonó el teléfono. Lucy dio un respingo. Estaba temblando de nuevo.

–Es el taxi. Márchate ahora mismo.

Pero como él no se movió, añadió:

–Por favor.

Aristóteles por fin se acercó a donde estaba su abrigo y, tras echárselo a un hombro, se dirigió a la puerta. Se giró y contempló a Lucy un largo momento, imponente en el modesto apartamento. El teléfono volvió a sonar.

–Te veré el lunes, Lucy. Esto no ha terminado... ni mucho menos –aseguró y se marchó.

Lucy se quedó inmóvil y sin aliento. Cuando el teléfono la trajo de nuevo a la realidad, se acercó y contestó.

–Enseguida va.

Segura de que él se había marchado, Lucy se desvistió y se dio una ducha caliente creyendo que tal vez acabaría con los sentimientos dolorosamente intensos que Aristóteles había despertado en ella al tocarla y mirarla. Se puso su pijama más viejo y cómodo y se hizo un chocolate caliente. Sacó el sujetador del armario donde lo había escondido y se ruborizó de nuevo, pero decidió ignorar sus temores y se hundió en el sofá del salón con la taza entre sus manos frías.

Contempló la foto de su madre y ella y se le llenaron los ojos de lágrimas. Se sentía increíblemente vulnerable tras lo que acababa de suceder.

Su madre había sido diagnosticada de Alzheimer dos años atrás. Había sido la causa de que cada vez fuera más olvidadiza e irritable, con drásticos cambios de humor. Era algo tan poco propio

de ella que Lucy había insistido en que acudiera al médico. Le habían hecho varias pruebas y, en cuanto había recibido el diagnóstico, su madre había empeorado día a día, como si haber nombrado la enfermedad le hubiera abierto las puertas.

Al principio, Lucy había podido cuidarla en su pequeño apartamento de Holland Park. Pero una tarde, al regresar a casa y encontrarse a su madre llorando desconsolada en medio de la cocina inundada, con el gas encendido y sin saber cómo ni por qué lo había hecho, Lucy había sabido que no podía seguir luchando contra aquello ella sola. Había empezado con ayuda domiciliaria, cuyo coste había fulminado sus ahorros. Su madre nunca se había preocupado por el dinero más allá de asegurarse de que Lucy y ella tenían lo necesario. Siempre había habido un nuevo amante rico dispuesto a darle lo que pidiera. Sin embargo, en los últimos años se había enfrentado a la cruda realidad de envejecer en un mundo donde la juventud y la belleza imperaban. La protección de novios ricos había desaparecido por completo.

Lucy recorrió la foto con un dedo. En el siglo XIX, su madre habría sido una famosa cortesana. En su época había sido una solicitada bailarina de cabaré, una auténtica artista. Su belleza y encanto habían sido legendarios. Lucy frunció la boca. Su madre se había acostumbrado a recibir atenciones de hombres muy ricos y poderosos. Se recreaba en el control que tenía sobre ellos, en su habilidad para reducirlos a ardientes amantes, desesperados por agradarle en todo lo que pudieran. Gracias a ellos, Lucy había recibido los mejores estudios por todo el mundo. Y no podía denigrar a su madre, ella sólo había empleado todas las herramientas a su disposición para sobrevivir.

El padre de Lucy había sido uno de aquellos hombres. Al enterarse de que Maxine estaba embarazada y se negaba a deshacerse del bebé, le había pasado una pensión, pero no había querido tener nada que ver con su hija. Cuando Lucy tenía dieciséis años, él falleció y la pensión se acabó. Nadie de aquella familia conocía su existencia.

Lo que más le dolía a Lucy era la falta de confianza y autoestima de su madre que sólo ella, como hija suya, había conocido. Mientras que por una parte su madre tenía el control, utilizando a aquellos hombres igual que ellos la utilizaban, a otro nivel mucho más vulnerable ansiaba su afecto y aprobación. Quedaba destrozada cada vez que uno de ellos la dejaba, sin más recuerdos que joyas y

ropa cara, tan sólo objetos.

Al poco de descubrir a su madre en la cocina inundada, Lucy había descubierto que la casa en la que vivían, un generoso regalo de otro novio, nunca había sido escriturada a nombre de su madre a pesar de las promesas. El hombre era un importante político que acababa de fallecer. Cuando la familia había descubierto la existencia de la casa, el abogado de la madre de Lucy les había aconsejado que no la reclamaran, dado que era evidente que ellos desconocían la existencia de ese romance extraconyugal. La familia debía pagar unas deudas y Lucy no había tenido otra opción que marcharse de la casa. Tanta precariedad había despertado en ella un hondo deseo de orden y de independencia financiera.

Hacía un año que se habían mudado a su actual apartamento. Lucy había confiado en que un poco de ayuda sería suficiente, pero su coste apenas la había dejado con lo justo para comprar comida al final de cada semana. Su empleo en Levakis Enterprises era lo único que las mantenía. Y, con el aumento de sueldo debido a su nuevo puesto, podía por fin ofrecer a su madre la oportunidad de estar bien cuidada.

Lucy contempló la foto sin verla y una imagen acudió a su mente: Aristóteles en aquella habitación junto a ella, apretándola contra sí, con la mano entre sus piernas. ¡Cuánto había ansiado que esa mano subiera y se adentrara donde más húmeda y ardiente estaba… y seguía estando! Se estremeció tan bruscamente que la foto enmarcada se le cayó al suelo y el cristal se rompió en mil pedazos. Gritó consternada dejando su taza y recogió los pedazos con cuidado. Mientras lo hacía, algo se le solidificó en el pecho.

Sabía exactamente cómo manejar aquella situación y asegurarse de que todo regresaba a la normalidad. No quería pensar en cómo afectaría su decisión a su madre. Lo único que sabía era que tenía que protegerse a sí misma, nunca se había sentido tan amenazada en toda su vida. Se aseguraría de que su madre estaba bien atendida. Pero no podía seguir de aquella manera.

El lunes por la mañana, temprano, Aristóteles contemplaba la ciudad de Londres desde el ventanal de su despacho. Con veintisiete años, hacía cinco ya, se había hecho cargo de Levakis Enterprises tras la muerte de su padre y había trasladado la central a Londres, su hogar adoptivo. Se había convencido de que era por razones

estratégicas, y ciertamente el negocio había crecido exponencialmente desde el traslado allí, pero también había sido un gesto hacia su familia para dejarles claro que era él quien tenía el control. Ellos ya le habían rechazado suficiente durante muchos años. Y no iba a jugar a que eran una familia feliz. En Atenas había dejado la oficina original, supervisada por su hermanastro, pero todos sabían que tan sólo era un escaparate simbólico del negocio. Era él quien controlaba el corazón pulsante del mismo bajo los cielos plomizos de Londres.

Pero ese día su atención no estaba en los negocios, sino en algo mucho más personal y cercano. Algo tan femenino y cautivador que él no sabía cómo había logrado contenerse el fin de semana para no regresar al diminuto apartamento, tirar la puerta abajo y poseer a Lucy rápida y ferozmente. Todavía podía sentir el rastro de las femeninas curvas de ella apretadas contra su cuerpo. Ella era tan voluptuosa que superaba cualquiera de sus fantasías.

Apretó los puños y la mandíbula ante la inoportuna ola de deseo. Su asistente estaba provocándole una frustración desconocida. Ella le deseaba. ¿De dónde surgía entonces su reticencia? Un extraño e incómodo sentimiento se apoderó de él al reconocer lo que le había dominado la otra noche: se había sentido despiadado mientras obligaba a Lucy a darle la respuesta que él deseaba. Cuando ella había capitulado, incluso por aquel breve momento, había sido una conquista más dulce que cualquier victoria que él recordara. Él no solía ser despiadado con las mujeres, sólo en los negocios, y el hecho de que aquella emoción tan básica estuviera colándose en su vida personal…

Oyó un ruido al otro lado de su puerta, proveniente del despacho de Lucy, y el cuerpo se le tensó de expectación, haciéndole olvidar todo lo anterior.

Deseaba a Lucy Proctor y le haría pagar por ello haciendo que se le entregara sin reservas hasta que él estuviera saciado y pudiera regresar a los círculos a los que pertenecía. Se lo prometió a sí mismo al tiempo que oyó que llamaban a su puerta. Esperó unos instantes antes de girarse, recompuesto su rostro, y decir con voz tranquila y firme:

–Entra.

Lucy inspiró hondo antes de llamar a la puerta de roble macizo.

En cuanto oyó la palabra «entra» se le disparó el corazón. Mientras accionaba el picaporte, rezó para que el maquillaje ocultara sus marcadas ojeras. No había dormido un ápice en todo el fin de semana.

Armándose como nunca, abrió la puerta y entró en la habitación. Aristóteles estaba de espaldas al ventanal con las manos en los bolsillos. La virilidad que irradiaba la dejó sin aliento. Por un terrible segundo dejó de pensar con claridad y sólo sintió calor... pero apretó el sobre entre sus dedos y suspiró aliviada al recordarse que pronto saldría de la perturbadora órbita de aquel hombre.

Se adentró en el despacho intentando ignorar sus nervios ante la mirada de él. Se detuvo frente al escritorio con las mejillas encendidas. Carraspeó.

–Creí haberte dicho que no hacía falta que llevaras gafas –dijo él duramente.

Lucy se llevó la mano a la montura. Se reprochó el haberle confesado que no las necesitaba y se enfureció ante la altivez de él. Notar el sobre en su mano le dio seguridad.

–Me siento más cómoda llevándolas. El hecho es que...

–Pues yo no –le cortó él–. Trabajas para mí y no quiero volver a verlas. Y también puedes dejar de recogerte el cabello como si estuvieras haciendo alguna penitencia.

Lucy ahogó un grito. Se sintió palidecer y a continuación sonrojarse de ira. Como no tenía nada que perder, no se calló lo que pensaba, aunque la voz le salió constreñida.

–¿Deseas comentar algo más mientras estás a tiempo?

Aristóteles se apoyó en el ventanal y se cruzó de brazos por delante de su formidable pecho. Su mirada adquirió un brillo que dejó a Lucy sin aliento y con una creciente sensación ardiéndole en el vientre.

–¿Has tirado aquella falda?

Lucy apretó los puños. Ya no sentía el sobre ni recordaba para qué había ido allí. Tan sólo era objeto del análisis de un hombre igual a los que entraban y salían de la vida de su madre. El hecho de que su emoción predominante no fuera la ira que ella esperaba le hizo sentir muy vulnerable.

–No es asunto tuyo dónde está la maldita falda. Puedes estar tranquilo de que no volverás a verme con ella puesta porque he venido a...

–Pues qué pena.

Lucy se quedó boquiabierta a mitad de frase. Parpadeó mientras asimilaba aquel comentario. Sacudió la cabeza. Debía de haber oído mal. Odiándose por estar tan alterada, preguntó:

–¿Qué has dicho?

Él se irguió y, aunque no se le aproximó, ella dio un paso atrás.

–He dicho que es una pena. Te sorprendería saber cuánta energía mental he dedicado a esa falda. Tal vez me precipité al juzgarla.

Lucy sacudió la cabeza y sintió su interior temblando.

¿Qué ocurría con las Augustine Archer del mundo, impecablemente criadas para encajar en sus vidas de ensueño? ¿Acaso él estaba diciendo que prefería…? Su mente se opuso a eso, pero se le escaparon las palabras:

–Sólo es una falda de mercadillo que encogió en la lavadora y no tuve tiempo de comprar una nueva. Te pareció suficientemente inapropiada como para encargar a otros que me lo dijeran.

–Eso fue un error.

Él recorrió su cuerpo con la mirada y Lucy sintió un cosquilleo como si la hubiera acariciado. Cuando él volvió a mirarla a los ojos, tenían un brillo peligroso. La burbuja de irrealidad explotó, el instinto de autoconservación resurgió. El sobre. Lucy se lo tendió con mano temblorosa.

Aristóteles lo observó y luego volvió a mirarla a los ojos. Enarcó una ceja.

–Es mi carta de… dimisión –anunció ella.

Ari apretó los puños. Algo se apoderó de su cuerpo, una necesidad primitiva de no dejar escapar a aquella mujer. Su lado despiadado surgía de nuevo.

–No lo es –aseguró.

Sorprendida y enfadada, Lucy se dio cuenta de que aquello no iba a ser tan rápido como había creído.

–Sí, señor Levakis, sí lo es. Por favor, acepte mi dimisión con la elegancia con la cual le es presentada –dijo tendiéndole el sobre–. Yo no estoy disponible para… servicios extra fuera de horas de trabajo. Su comportamiento la otra noche fue inaceptable.

Lucy echaba chispas por los ojos. Alzó la barbilla resuelta. Ari se sorprendió de no haberse dado cuenta antes: aquella mujer destilaba pasión por cada poro de su voluptuoso cuerpo. Tenía agallas. Su atractivo había estado seduciéndolo subliminalmente, llevándolo al punto sin retorno en el cual se encontraba.

Ari rodeó el escritorio y se apoyó en el borde, aún de brazos cruzados. Vio que la mirada de ella se desviaba a su entrepierna y sonrió para sí, y más aún cuando la vio ruborizarse. ¿Cómo había podido tildarla de anodina? Ignoró el sobre que ella le tendía.

Lucy se negó a mostrar lo intimidada que se sentía, así que, a pesar de que deseaba echarse atrás, no lo hizo.

Aristóteles ladeó la cabeza y frunció levemente el ceño.

–¿Qué parte de la otra noche dices que fue inaceptable? ¿Aquélla en la que te acompañé a la puerta de tu casa como un caballero? ¿O aquélla en la que acepté el café que me habías preparado?

Lucy apretó el puño de la mano libre y le espetó:

–Sabes perfectamente a qué me refiero.

El rostro de él se relajó.

–¿Te refieres a la parte en la que te demostré lo mutua que es nuestra atracción?

Capítulo 4

LUCY se ruborizó aún más. Para humillación suya, sabía que no era sólo por vergüenza. En parte era por pura emoción. Aquel hombre estaba desatando una reacción nuclear en su interior, poniendo en peligro todas las protecciones que ella había erigido durante años.

Bajó la mano extendida sin darse cuenta y sacudió la cabeza, luego dio un paso atrás fingiendo que no le afectaba tanto como si su vida dependiera de ello.

–¿Te refieres a la parte en que me acosaste? Eso no era atracción mutua.

Inmediatamente, él se tensó y los ojos le chispearon peligrosamente. Lucy tragó saliva. Acababa de decir lo peor posible. La mayoría de los jefes en una situación así percibirían el potencial peligro de verse expuestos a una denuncia por acoso sexual y se echarían atrás. Pero Aristóteles Levakis no era cualquier jefe y Lucy supuso que ninguna mujer le había acusado nunca de acoso. Desde luego, sus fantasías durante el fin de semana no habían sido de alguien acosándola, sino más bien todo lo contrario.

Aristóteles se irguió todo lo alto que era, irradiando poder y carisma sexual. Enarcó una ceja y siguió con los brazos fuertemente cruzados sobre el pecho, marcando bíceps.

–¿Acosarte, yo? –repitió lenta y peligrosamente acercándosele tanto que tuvo que elevar la cabeza para mirarlo.

Él estaba lívido, advirtió Lucy de pronto, y una ola de temor se instaló en su vientre junto con algo mucho más peligroso. Vio que él empezaba a caminar alrededor de ella y se tensó.

–Cuando te agarré por la cintura no me lo impediste –señaló Aristóteles a su costado.

Ella iba a contestar, pero le invadió el recuerdo de las manos de él en su cintura, hundiéndose en su carne, y lo mucho que ella había deseado aquello.

–Y luego, cuando te besé, tampoco te apartaste –continuó él en un susurro sensual–. Sé cuándo una mujer está disfrutando de un beso, créeme.

Con él a su espalda, a Lucy cada vez le resultaba más difícil

concentrarse. Aquella voz hipnótica revolucionaba su interior.

–No me gustó –aseguró ella.

–Mentirosa –dijo él, tan suavemente que le puso la carne de gallina.

Aristóteles se colocó a su lado. Lucy quiso marcharse, pero temía que, si se movía, se desmayaría. Así que permaneció rígida.

–Te gustó cuando mi lengua rozó la tuya, cuando me dejaste explorar la dulzura de tu boca. ¿Te he dicho que me fascina el hueco entre tus dientes? Ahora mismo lo único que deseo es besarte hasta que quedes tan rendida en mis brazos que tenga que llevarte a aquel sofá.

Lucy se quedó sin aliento. El cerebro hacía tiempo que no le funcionaba. Aristóteles se hallaba de nuevo frente a ella. Para ser tan grande, se movía tan silenciosamente como una pantera.

Cerró los ojos en un gesto infantil de esconderse, pero pronto se dio cuenta del error que había cometido al oírle continuar:

–Te tumbaría sobre él, te quitaría las gafas y liberaría tu cabello de su prisión.

A Lucy la cabeza le daba vueltas.

–Luego empezaría a desabrocharte los botones uno a uno, pero seguramente no podría resistirme a besarte de nuevo, y te animaría a que tú también me saborearas.

La sensación de mordisquear aquellos carnosos labios fue tremendamente vívida. Lucy estaba temblando. Seguía con los ojos fuertemente cerrados y se sentía ardiendo toda entera. Por no hablar de entre sus piernas... Le invadió el pánico.

–No sigas, por favor... –rogó con un hilo de voz.

–Descubrirías que no querrías que parara cuando tu camisa se abriera, dejando ante mi vista tus fabulosos senos... ¿Te molesta el encaje del sujetador, Lucy? ¿Tus pezones están duros y te cosquillean? ¿Ansían mis caricias, mi boca? Los mordisquearía y chuparía hasta que te dolieran de placer. Y entonces cubriría tu cuerpo con el mío para que pudieras sentir lo excitado que estaba. Ahora mismo incluso, alzaría una de tus piernas y deslizaría mi mano sobre la seda de tus medias hasta la piel blanca y suave de tu muslo. Tú gemirías suavemente, deseando que mi mano subiera un poco más, hasta ese lugar secreto entre tus piernas donde ansías que te encuentre tus bragas de seda empapadas de deseo. Me rogarías que las hiciera a un lado para que pudiera sentir por mí mismo...

–¡Basta!

Lucy abrió los ojos y se separó de un salto… sólo para darse cuenta de que él ni siquiera la había tocado. Aristóteles elevó sus manos para demostrarlo. Ella respiraba entrecortadamente, sentía los pezones duros, tal y como él había descrito, y entre sus piernas ardía algo peligroso y poco grato. Fue eso lo que la despertó de aquel extraño y delicioso sueño.

«¡No es delicioso!», se dijo a sí misma con desesperación mientras miraba a cualquier lado salvo a Aristóteles. Se sentía desorientada, mareada, como si realmente hubiera estado en aquel sofá. Apretó los puños y se dio cuenta de que ya no sostenía el sobre. Y entonces vio que lo tenía él y estaba rompiéndolo en dos.

–¡Espera! ¿Qué haces? –gritó intentando detenerle.

Y reparó en que, al contrario de su propio estado de colapso, Aristóteles parecía tranquilo y controlado, nada que ver con el hombre que acababa de susurrarle al oído lo excitado que se encontraba. Ella estaba temblando de deseo y él ni siquiera la había tocado.

La voz calmada de él fue como un cuchillo afilado.

–Voy a poner esta carta de dimisión donde pertenece: en la basura –dijo y así lo hizo.

Lucy estaba totalmente descolocada. Él estaba sentado a su mesa como si no hubiera ocurrido nada, como si estuviera esperando a que ella se sentara y tomara notas.

–Señor Levakis…

–Ya hemos hablado de eso –le interrumpió él–. Te dije que me tutearas. No quiero volver a tener que decírtelo.

Lucy explotó.

–Dimito. No hay nada que usted pueda hacer o decir para detenerme. No voy a quedarme y seguir recibiendo el trato que me dispensa.

Aristóteles hojeaba unos papeles.

–Lucy, no he necesitado ni tocarte para excitarte, así que, cuando llegue el momento y te toque de verdad, ¿puedes imaginarte lo bueno que será? ¿Por qué ibas a negarte eso?

«¡Por un millón de razones!», pensó ella iracunda. Las palabras de él la habían impactado a un nivel tan profundo y visceral que quiso gritar de frustración. Pero se la tragó y, con tanta calma como pudo, dijo:

–Es evidente que su arrogancia empaña su habilidad para asimilar esta información. Tal vez lo asuma mejor una vez que me

haya ido. Puedo enviarle de nuevo mi carta de dimisión. Buenos días, señor Levakis.

Se dio media vuelta y estaba casi en la puerta cuando le oyó decir en un peligroso susurro:

–Si atraviesas esa puerta, Lucy Proctor, tendrás noticias de mis abogados en menos de una hora.

Lucy se detuvo en seco. Se giró lentamente y vio la fulminante mirada de él. Se le encogió el estómago.

–¿A qué te refieres?

El terror se fue apoderando de ella conforme su mente profesional recordaba haber firmado una cláusula de confidencialidad en su contrato de trabajo.

–Para empezar, estás obligada a avisarme con al menos cuatro semanas de antelación. Y si te marchas antes de que la fusión se haya completado, irás a juicio. Así de simple.

«Y así de devastador», pensó Lucy horrorizada.

Él se sentó de nuevo en su sillón.

–Salimos hacia Atenas dentro de una semana. Sabes demasiado, has estado presente en todas las conversaciones de más alto secreto. Y aparte de eso, si te marchas ahora, me dejarías sin asistente para la fusión más importante en muchos años entre dos empresas griegas. Eso no pienso permitirlo. Si para ello tengo que amenazarte con emprender acciones legales, lo haré. No dudaré en hacer uso de todo mi poder.

Se echó hacia delante, más intimidante que nunca.

–Lucy, creo que no necesito decirte que tu carrera se vería claramente afectada si insistes en marcharte. Podrías pasar años con problemas financieros.

Lucy no sabía cómo se mantenía en pie. Ella sabía todo aquello. Había leído la letra pequeña del contrato y en su momento saber que Levakis no podría deshacerse de ella a la primera de cambio le había dado un sentimiento de seguridad y la confianza para pedir un crédito al banco y meter a su madre en aquella residencia al menos durante un año. Había sabido que, siempre que pudiera realizar los pagos, todo estaría asegurado a corto y, afortunadamente, también a largo plazo.

Pero si salía de aquella habitación, podía despedirse de todo aquello.

–Lo harías... –afirmó ella.

–Sin duda –aseguró él sombrío–. Esta fusión y esta empresa son

lo más importante para mí.

«¿Y entonces yo qué soy, tan sólo un juguete porque te has aburrido de tus habituales aduladoras?», se preguntó Lucy molesta.

Él se puso en pie de nuevo y se le acercó, pero ella estaba demasiado conmocionada para moverse. Deseó no tener responsabilidades y simplemente desaparecer. Pero sí que las tenía.

Él se detuvo a cierta distancia y la miró. En aquel momento, para ella sólo existía aquella habitación, aquel hombre y aquellos ojos. Y aquella voz.

–Lucy, no quiero ser cruel y no me agrada la idea de emprender acciones contra ti. Deseo que se produzca la fusión y haré lo que sea necesario para que suceda. Pero también te deseo a ti y haré todo lo posible para que eso también suceda.

Lucy sacudió la cabeza como entumecida, peleona todavía. La mirada de Aristóteles chispeó peligrosamente. Ella había creído que alguien como él se daría por vencido al encontrarse con una obstinada resistencia, aunque estaba comprobando que no era así. Seguro que a él nunca se le había resistido ninguna mujer.

–Has dejado muy claro que no puedo marcharme –señaló.

Su conciencia se burlaba de ella. Debería haber reparado en todo aquello durante el fin de semana, pero tenía la cabeza tan saturada que lo único en lo que había podido pensar era en apartarse de él. En aquel momento se dio cuenta de que, de haberlo pensado, podría haberle mantenido a raya hasta que se completara la fusión y luego presentar su dimisión, en lugar de aquella escena tan poco propia de ella.

–Me quedaré para la fusión y luego presentaré mi renuncia.

Ya se preocuparía por su madre cuando llegara ese momento. Odiaba no ser lo suficientemente fuerte para intentar quedarse y resistir a aquel hombre indefinidamente.

Aristóteles la miró durante un largo y ardiente momento, haciéndole estremecerse. La sujetó por la barbilla y una alarma y un calor instantáneo la paralizaron.

–Di lo que quieras, Lucy, si eso te hace sentir mejor, pero tú y yo vamos a ser amantes. Es inevitable. Hay algo primitivo y poderoso entre nosotros y no tengo intención de dejarte marchar, ni como secretaria ni como amante.

Lucy tragó saliva. Si se rindiera a aquel hombre, no le cabía duda de que sería él quien la despidiera sin respetar las cuatro semanas de preaviso. Esa idea le hacía sentirse más vulnerable que

la perspectiva de la batalla anunciada. De una cosa estaba segura: resistiría a aquella seducción con toda su alma. Y dado que se enorgullecía de ser frígida, ¿por qué de pronto ardía por dentro?

Una semana después

Lucy se sentó frente a Aristóteles en el jet privado camino de Atenas. Casi creía que se había imaginado lo que había sucedido en el despacho la semana anterior, cuando él había afirmado tajantemente que estaba decidido a acostarse con ella.

Desde aquel día, Aristóteles había estado absorbido con las preparaciones para la fusión. Trabajaban hasta tarde cada noche y ella llegaba a la oficina a primera hora de la mañana. Nunca se había sentido tan agotada y al mismo tiempo tan contenta. A pesar de la inquietud por lo que ocurría bajo la superficie, profesionalmente hablando ella nunca había trabajado a un ritmo tan frenético ni le había sido conferida tanta responsabilidad. La sensación de competir contra Aristóteles y mantenerse a su ritmo era lo único trepidante.

Afortunadamente, en toda la semana no había tenido tiempo para nada más que caer en la cama tras haber comido algo y levantarse al día siguiente.

Había hecho una visita a su madre antes de que el chófer de Aristóteles la recogiera el domingo por la tarde. Había resultado agridulce porque Maxine había tenido uno de sus escasos momentos de lucidez y la había reconocido nada más verla entrar en su habitación de la residencia. Lucy había procurado que la emoción no la abrumara. Y al cabo de diez minutos de lucidez, la inevitable decaída se había producido hasta que su madre ya no la reconocía.

A Lucy le partía el corazón saber que no tenía sentido intentar explicarle que estaría fuera del país unas semanas. Al menos estaba agradecida por los cuidados de primer nivel que podía pagarle. En aquel momento, su intención de dimitir le pareció de lo más infantil e impetuosa. Pero ¿cómo iba a seguir trabajando para Aristóteles una vez que la fusión se hubiera realizado?

–Lucy.

Desvió la mirada de la ventanilla. Él debía de haberla llamado un par de veces, dado el tono de impaciencia. Estaba mirándola severamente y en aquel momento ella se dio cuenta de que entre ellos sólo había una pequeña mesa. Sintió que él flexionaba una

pierna y rozaba las suyas. Se quedó inmóvil, con el deseo invadiéndola de nuevo y burlándose de ella por haber creído que había desaparecido bajo una montaña de trabajo.

–Lo siento. Estaba pensando en algo.

–¿Algo más interesante que yo o que esta fusión? –cuestionó él enarcando una ceja–. No lo creo.

Lucy se quedó sin habla. No sabía cómo comportarse con él cuando flirteaba así, aunque con filo de acero. No lograba imaginárselo relajado y sonriente. Era un hombre demasiado intenso.

Forzó una sonrisa, decidida a que él no supiera el efecto que le causaba.

–Claro que no. ¿Cómo iba a hacerlo?

En aquel momento llegó la azafata para servirles la comida. Lucy despejó la mesa y sus manos se rozaron con las de Aristóteles. Se apartó bruscamente aunque intentó disimular su reacción. Parecía que su tregua por trabajo había terminado. La tensión sexual entre los dos era palpable.

Lucy observó su comida, una ensalada griega de aspecto delicioso y crujiente pan recién hecho.

–¿Quieres vino?

Negó con la cabeza. Vino en un avión junto a aquel hombre era una receta para el desastre.

–Prefiero agua, gracias.

Comieron en agradable silencio. Era una de las cosas que le sorprendían de aquel hombre. En momentos así casi podía imaginarse que eran amigos. Había reparado en que él no sentía la necesidad de llenar los silencios con charlas sin sentido, igual que ella. Le sorprendió que tuvieran eso en común. Y debía admitir que, hasta entonces, había disfrutado de trabajar para él y admiraba su ética en el trabajo.

Estaba terminando su ensalada cuando vio que él se recostaba en su asiento. Sintió de nuevo el roce de su pierna y se controló para no apartar la suya. Se cohibió ante la mirada de él.

–No te gusto, Lucy, ¿verdad?

Ella elevó la mirada sorprendida. ¿Por qué sacaba él aquel tema? Tragó, presa de la culpa.

–No me pronuncio. Estoy aquí como asistente tuya, no para formarme una opinión personal.

Él se cruzó de brazos sumamente tranquilo.

–He visto las miradas que me lanzas, juzgándome. Y, cuando te encargué que le enviaras un regalo a Augustine Archer, no lo aprobaste.

Lucy se ruborizó. Estaba tan tensa que podría romperse en cualquier momento. Era cierto, le había etiquetado como el típico hombre que habría cortejado a su madre. Independientemente de cómo le había visto tratar a las mujeres. Se sintió culpable de repente.

–De acuerdo. Creo que no fue muy profesional que me encargaras que le enviara un regalo de despedida a tu amante. No es asunto mío, me hizo sentir incómoda y me pareció que era cruzar la línea.

«Por no mencionar que me sentí enfadada y desilusionada al respecto», pensó.

Se sentía tan recatada como una madre superiora y no pudo mirarle a los ojos, convencida de que él debía de estar riéndose de ella.

–Tienes razón. No volveré a pedirte algo así.

Ella lo miró sorprendida: él no estaba riéndose, lo decía en serio.

–Para ser sincero, Lucy, lo hice para provocarte una reacción… y tú me la ofreciste. Ella frunció el ceño y sacudió levemente la cabeza.

–Pero ¿por qué?

Él encogió un hombro con despreocupación y sin dejar de mirarla.

–Porque percibía algo en ti, bajo la superficie…

Posó su mirada en los senos de ella elevándose y descendiendo con la respiración. Volvió a mirarla a los ojos y a ella se le detuvo el corazón.

–Y de pronto me di cuenta de que estabas causándome una desmedida… frustración. Te culpé por el hecho de tener que decir adiós a una amante perfectamente apropiada.

Aquellas palabras desataron una explosión en Lucy, quien intentó contenerla, pero estaba atónita ante la insinuación. Entrelazó fuertemente sus manos y las escondió en su regazo.

–Ya te lo he dicho, Aristóteles, no estoy interesada en nada de ese tipo. Si te he dado esa impresión, lo siento de veras.

Él se apoyó en la mesa y se inclinó hacia delante con ojos brillantes.

–Déjate de condescendencias. Me das esa impresión cada vez que me miras. Ahora, por ejemplo. Eres enormemente consciente de

dónde está mi pierna, de lo cerca que está de la tuya bajo la mesa…

–No sigas –le rogó ella.

No podría resistirse a más palabrería.

–¿Lo ves? –dijo él triunfal–. Me deseas, Lucy. Puedo olerlo desde aquí. Pero no te preocupes. No soy uno de esos jefes lascivos que vaya a colocarte en una posición comprometida. Vendrás a mí, es sólo cuestión de tiempo.

Lucy se sentía indecentemente húmeda entre sus piernas. Se sonrojó aún más. ¿El deseo tenía olor? ¿Desde cuándo admitía ella que era deseo y no una simple reacción humana? Se puso en pie. Necesitaba marcharse.

Al pasar a su lado, Aristóteles la sujetó por la muñeca. Ella lo miró y vio cómo la acercaba a su boca y besaba la sensible piel de la parte interna, primero con los labios y luego con la lengua. Ella dio un grito ahogado, más de deseo que de disgusto, retiró la mano y salió corriendo hacia el aseo en la parte trasera del avión seguida por la risa burlona de él. La tranquilidad que había experimentado las últimas semanas se había esfumado. Él sólo había estado esperando el momento oportuno.

Se encerró en el aseo con manos temblorosas y se contempló en el pequeño espejo. Debía aceptar el hecho de que deseaba a aquel hombre. No sólo por su indiscutible carisma, sino por todo él y por el efecto que le causaba, un deseo que ella había asumido que nunca sentiría. Salvo que sí lo estaba haciendo. Y era un millón de veces peor de lo que se habría imaginado.

Aquello era una catástrofe dado que ella se había dedicado a una vida que prometía ofrecerle el tipo de pasión que podía manejar: segura, estable, poco emocionante. No se había propuesto ser célibe, esperaba casarse e incluso tener hijos algún día, pero nunca había imaginado la sensación de plenitud que la invadía en aquel momento.

Inconscientemente, se había dejado el pelo suelto y en aquel momento se lo recogió en un moño apretado. Luego se puso sus gafas. Las había llevado consigo, pero no la había usado en toda la semana, asustada por lo que Aristóteles pudiera decirle, pero necesitaba enviarle un mensaje claro y contundente: Lucy Proctor no estaba disponible ni interesada. Nunca lo estaría.

Si se lo repetía muchas veces, tal vez llegara a creérselo.

Aunque debería estar riéndose ante la reacción de Lucy, Aristóteles no lo estaba haciendo. Su cuerpo nunca había estado tan enfocado a algo: su satisfacción carnal, y con aquella mujer. Ardía de pies a cabeza. La última semana había sido una tortura. Habían trabajado tan cerca uno del otro que él había necesitado toda su fuerza de voluntad para no dejar a un lado los papeles, tumbarla sobre el escritorio y tomarla allí mismo.

Lo único que le había frenado, aparte de la necesidad real de preparar la fusión, había sido la propia reacción de Lucy. Cualquier otra mujer, al conocer que él la deseaba, se habría lanzado a sus brazos. Pero ella no. Ella le había evitado a toda costa, saliendo disparada cada noche y regresando temprano en la mañana, escondida tras sus anodinos trajes respetables.

Eso le excitaba y le tenía perplejo. Nunca se había topado con algo así. Aquello estaba elevando sus expectativas y su presión sanguínea. Era demasiado orgulloso como para forzar a Lucy y, aunque sabía que ella estaba a punto de alcanzar la cúspide, no sería él quien la obligara.

Cuando el deseo la acuciara, ella acudiría a él y aquella acumulación de deseo explotaría en un fuego de satisfacción mutua.

Oyó abrirse la puerta del aseo y se removió en su asiento para aliviar la constricción en su entrepierna. Hojeó algunos papeles con irritación: él no era un hombre que se resignara.

De momento usaría el trabajo para tranquilizar su pulso desbocado. No dejaría que ella advirtiera la frustración que lo atenazaba. Así que, cuando ella se sentó frente a él, con su aroma tan femenino y tan opuesto a su recatada apariencia, que lo excitó aún más, Aristóteles casi gimió.

Reparó en que ella se había recogido el cabello y puesto las gafas. «De acuerdo, si es así como lo quieres», pensó con una ola de adrenalina.

Sacó su ordenador portátil y envió un seco correo electrónico a su asistente en Atenas recordándole que lo tuviera todo preparado para cuando aterrizaran dentro de dos horas. Para alguien con su dinero y recursos, lo que él había pedido no debería ser difícil de conseguir. Y, conforme se recostaba en su asiento, advirtió de nuevo que se sentía más vivo que en muchos meses.

El hecho de que la fusión de nuevo quedara relegada a un segundo plano hizo sonar una débil alarma en su conciencia.

Capítulo 5

ALGUNAS horas después, Lucy se sentaba en la cama de una grandiosa suite en uno de los hoteles más caros de Atenas. Nunca había visto tanta opulencia. Nadie levantaba la voz. Incluso ella le había dado las gracias en un susurro al botones que le había llevado hasta su habitación.

Sonrió sardónica. Por supuesto, el propio director del hotel había llevado a Aristóteles hasta su habitación, la suite Royal. Ella se alojaba en otra suite más pequeña a su lado, aunque no tenía intención de utilizar las puertas que los conectaban. Ya estaba demasiado cerca de su jefe para su comodidad.

Inquieta, se paseó por la habitación y contempló las vistas de la plaza Syntagma. No esperaba que Atenas fuera tan elegante. Había visto la Acrópolis a lo lejos y le había inundado una ola de alegría. Aunque durante su ajetreada niñez había viajado mucho, nunca se cansaba de ver monumentos famosos.

Había advertido que, cuanto más se acercaban a Atenas, Aristóteles se ponía más nervioso hasta que, mientras salían del aeropuerto, con él sujetándola firmemente del codo, echaba chispas. Y no tenía nada que ver con ella, se debía a tener que tratar con su madrastra y su hermanastro, sospechaba. No existía amor entre él y su familia o su hogar de nacimiento. Lucy se preguntó por ello... hasta que se dio cuenta de lo que hacía y cortó con esos pensamientos.

Miró su reloj. En una hora tendrían un encuentro informal con Parnassus y su equipo y ella todavía tenía que asearse y cambiarse, pero no había rastro de su equipaje. Telefoneó a la recepción y, al oír a la empleada, frunció el ceño.

–¿Quiere decir que mi ropa está aquí? Pero si todavía estoy esperando mi maleta...

–Si mira en su armario, señorita Proctor, encontrará todo colocado y listo para usar. La cómoda también está llena de cosas.

Lucy le dio las gracias débilmente y colgó. Sabía que Aristóteles con su dinero podía hacer casi todo. ¿También hacer llegar su maleta y que alguien la deshiciera sin que ella se diera cuenta? Con un presentimiento hormigueándole por la espalda, abrió la puerta

del armario y ahogó un grito.

Estaba repleto de todas las prendas que una mujer podría desear. Lucy recorrió vestidos, trajes, pantalones, camisas, chales y gorros sintiéndose cada vez más mareada conforme lo hacía. Y todo tipo de calzado se alineaba bajo la ropa colgada.

Se apartó casi con horror del armario y abrió la cómoda. Allí había ropa por valor de miles de euros y ninguna prenda era suya. Sacó una camiseta de pronunciado escote en V y se estremeció al imaginarse con ella puesta. Y de pronto cayó en la cuenta: Aristóteles.

Sin pensarlo, impulsada por la ira, se acercó a la puerta de conexión con la suite Royal y la abrió. Para su sorpresa, la otra puerta ya estaba abierta, dando paso a una habitación mil veces más opulenta que la suya.

Él salió de su dormitorio con tan sólo una pequeña toalla rodeando sus estrechas caderas. Lo único que Lucy pudo ver fue su musculoso pecho bronceado, una suave capa de pelo negro y sus largas y esculturales piernas. Él tenía el cabello mojado y peinado hacia atrás, lo que le daba un aspecto más cercano y vulnerable.

Verlo así la excitó y disipó su ira. Se dio cuenta de que respiraba aceleradamente.

Él se detuvo y la miró inquisitivamente. Luego comprobó la hora en su carísimo reloj.

–Un poco más tarde de lo que había supuesto pero, aun así, no está mal.

Lucy necesitó unos segundos para asimilar aquello. Él lo había planeado y esperaba que ella reaccionara exactamente como lo había hecho. La furia y la impotencia la invadieron con tanta fuerza que se estremeció.

–¿Dónde está mi maleta, por favor?

Aristóteles se cruzó de brazos. Su camisa disimulaba habitualmente aquellos impresionantes bíceps color aceituna. Era bellísimo, se maravilló ella mientras su cuerpo reaccionaba poderosamente.

–Tu maleta está a buen recaudo. Me he tomado la libertad de sacar lo que he creído que podrías necesitar, como tu bolsa de aseo. No puedo presumir de saber qué productos de belleza utilizas.

–¿Pero sí que puedes presumir de saber qué ropa me gusta y cuál es mi talla? –inquirió ella con voz gélida.

Él la recorrió con la mirada y ella se arrepintió de haberle

incitado. Sus miradas se encontraron de nuevo.

–Creo que descubrirás que todo te sienta bien.

A ella no le sorprendería que fueran una talla más pequeña, en ese caso...

–Por lo que he visto, eres muy capaz de elegir tu propia ropa interior. En aquella bolsa encontrarás las prendas que he seleccionado –añadió él señalando una bolsa del hotel de la que sobresalía un tirante de encaje. Poseída por ira ciega y humillación ante la idea de que él hubiera fisgado en su ropa interior, casi se tropezó al acercarse a por la bolsa. Y se prometió que no le daría la satisfacción de reaccionar como él esperaba. Así que se encaminó a la puerta, se giró y, evitando su mirada, anunció:

–Te veré en el vestíbulo en cuarenta y cinco minutos.

–Estoy deseándolo, Lucy.

Ella necesitó recurrir a todo su autocontrol para no dar un portazo. Y, bajo la ducha caliente, dio rienda suelta a su rabia.

Cuarenta y cinco minutos después, Lucy se paseaba por el vestíbulo y trataba de bajarse el vestido sin éxito una vez más. Le resultaba indecentemente corto, a pesar de que le llegaba por las rodillas. Odiaba el hecho de que, de no ser por eso, le sentaría estupendamente. Nunca había llevado unos tacones tan afilados que parecían un arma letal, pero había sido o eso o zapato plano e incluso ella tenía suficiente criterio de moda como para no hacer el ridículo. También odiaba el hecho de que le hacían sentirse casi... poderosa. No podía decir sexy, su cerebro no admitía ese concepto.

Aristóteles observó a Lucy semiescondido detrás de una planta durante unos momentos, sintiéndose curiosamente protector y sorprendido de la evidente reticencia de ella a aceptar su innato atractivo sexual, especialmente irradiando tal voluptuosidad femenina. Había escogido uno de los trajes menos reveladores, pero incluso así a él le hervía la sangre de lujuria. Era de cuello alto, pero el corte resaltaba sus curvas. Cuando la vio girarse de perfil, contuvo el aliento. Sus senos eran tan esculturales y llenos que más de un hombre casi se tropezó al mirarla.

Aquello impulsó a Aristóteles a moverse. El sentimiento de posesión era nuevo para él, comenzó a invadirle conforme contemplaba cómo el vestido resaltaba aquellas largas y torneadas piernas. Y los zapatos...

Lucy se giró bruscamente. Había advertido que un hombre se había tropezado por mirarla y se ruborizó llena de culpa. Seguramente creería que ella era una prostituta de lujo. Se sentía como una. Aquello era ridículo. Exigiría recuperar sus cosas...

De pronto, vio a Aristóteles delante de ella y, como venía sucediendo, dejó de pensar con claridad. Él vestía traje negro, camisa blanca y corbata azul marino que hacía resaltar sus ojos verde oscuro. ¿No solían ser verde claro? Estaba preguntándoselo cuando él le quitó las gafas y las horquillas del pelo en un movimiento tan rápido que ella casi no se dio cuenta.

–¡Oye! –gritó.

Demasiado tarde: sólo pudo verle romper sus gafas por la mitad mientras sentía el cabello cayéndole sobre los hombros. Luego la tomó del brazo y la condujo hacia la entrada, entregándole las gafas rotas y las horquillas a un portero de rostro impasible que no pareció escandalizarse. Aquello enfureció más a Lucy. Aquellas gafas habían sido su último bastión de defensa y él se las había quitado como se quita un juguete a un niño enfadado.

Apenas advirtió el agradable aire vespertino que le acarició la piel entre el hotel y el coche de lujo. Una vez dentro del vehículo, Aristóteles ordenó secamente al chófer que levantara la partición de privacidad. Lucy echaba chispas y no podía articular palabra cuando Aristóteles se inclinó sobre ella, tapando la poca luz que entraba por las ventanas tintadas.

–Ya es suficiente –murmuró él con voz ronca.

Y, antes de que ella se diera cuenta, la abrazó y besó como si le fuera la vida en ello, con un brazo de hierro en su espalda y la otra mano en su cabello. No hubo titubeos, la lujuria explotó ardiente.

Todas las negativas racionales de Lucy se fundieron bajo la llama de un deseo tan profundo que no pudo ni cuestionarlo. Lo único que sabía era que Aristóteles estaba besándola, apuñalándola con su lengua con implacable precisión, y ella lo deseaba así. Sus senos se aplastaban contra el pecho de él, sus manos se perdían en su musculoso cuerpo y el acelerado latido del corazón de él apremiaba el suyo propio.

Lo abrazó por el cuello, hundiendo los dedos en su cabello. Él gimió sin romper el beso, perdido en un mundo de sentidos y sensaciones deliciosas. Lucy sintió que él la tumbaba sobre el asiento y se colocaba sobre ella y gimió de aprobación.

Lo único que importaba era aquel momento. El sentido común se

había evaporado. Igual que el mundo exterior. Aquél era su mundo y ese hombre lo único en él. Su enorme cuerpo la aplastó contra el asiento y ella deslizó sus brazos bajo la chaqueta para sentir sus anchos hombros.

Él se apartó de su boca y continuó hacia su cuello, donde la mordisqueó y chupó, haciéndola retorcerse de lujuria, toda húmeda.

Como si le hubiera leído la mente, él comenzó a acariciarle desde el tobillo hacia arriba.

–¿Recuerdas lo que dije el otro día? –le susurró él sobre su boca.

Lucy no registraba las palabras en aquel torbellino de deseo. Con dificultad, abrió los ojos. No reconocía al hombre sobre ella, de la expresión tan ancestral que tenía su rostro. Igual que se sentía ella. Tenía los pezones erectos, apretados contra el sujetador y el vestido. Muy lentamente, la mano de él fue ascendiendo con precisión hasta que ella sintió su calor en el muslo, donde acababan sus medias. Notó los dedos de él abriéndose para abarcar cuanto más, mejor. En cualquier momento los sentiría sobre su piel desnuda.

–Por favor…

¿Aquella voz era la suya? ¿Quién era ella? Estaba sufriendo amnesia temporal. En la lejanía sintió una alarma, algo quería entrometerse pero, por encima de eso, ella deseaba aquello. Resultaba tan necesario… demasiado acertado como para cuestionárselo.

–Por favor, Ari…

Él murmuró algo en griego y volvió a besarla. Sus lenguas se entrelazaron mientras él con la mano acariciaba la tierna piel del interior del muslo junto a sus bragas de seda. Lucy apartó la boca y se arqueó hacia él, agarrándolo por los hombros. Podía sentir su erección contra su pierna mientras se movía experimentando, exultante cuando le oyó gemir de dulce tortura.

Y de pronto él estaba «ahí», apartando a un lado la barrera de sus bragas y adentrándose en su cálida humedad. Lucy contuvo el aliento y abrió los ojos de la sorpresa. Él movió los dedos hasta que encontró su punto más secreto y empezó a acariciarlo. El deseo nubló la mente de Lucy, haciéndola olvidarse de todo salvo de la urgencia por la satisfacción que se acercaba igual que un espejismo en el desierto.

Y entonces, tan rápidamente como había surgido aquella locura, se esfumó. Aristóteles estaba retirando su mano y apartándose con el rostro tenso. Lucy se quedó helada al darse cuenta de la

situación: se encontraba tumbada en el asiento trasero de un coche con las piernas abiertas después de que su jefe acabara de...

También se dio cuenta de lo que Aristóteles había advertido antes que ella: se habían detenido en su destino y el chófer estaba golpeando pacientemente la ventana de privacidad. No le habían oído porque...

¡Cielo santo!

Una vergüenza mayor de lo que recordaba nunca la inundó con tal fuerza que creyó que se moría. Se incorporó torpemente y se bajó el vestido con manos temblorosas.

Una mano morena y grande acudió en su ayuda y ella dio un respingo.

–¿Estás bien?

Aquella pregunta en un murmullo le sorprendió. Casi parecía que él se preocupaba. Pero ella no se atrevía a mirarle, sólo asintió oculta tras una cortina de cabello. Por una vez, agradeció tener el pelo suelto. No creía que pudiera volver a mirarle de nuevo. Aprovechó los breves segundos mientras Aristóteles hablaba con el chófer para intentar asimilar lo que acababa de suceder.

Era evidente que acababa de hundirse en un lago de lujuria en sus brazos. Ya se enfrentaría a ello más tarde, a solas. Lo grave era que ella no había dudado ni un momento, ni le había apartado. ¿Se debía a que, después de semanas de negarse aquello a sí misma y de que el deseo fuera aumentando, una simple caricia la había encendido y ella no había sido capaz de mantener una sola de sus defensas? Se había convertido en una lasciva.

Según salía del coche, fue consciente de que, si antes se había sentido vulnerable, todo eso había pasado a ser insignificante. La verdad se revolvía en su pecho. Ella era una auténtica hija de su madre y esa certeza se burló de ella por haber querido negarlo durante tanto tiempo.

Ya no había vuelta atrás, no después de la reciente escena, y tembló cuando vio la imponente figura fuera del coche. Todo lo que ella más temía se encontraba al otro lado de la puerta, así como el hecho de que acababa de despedirse de la posibilidad de excusar su comportamiento tras unas defensas.

La puerta se abrió bruscamente y Lucy se vio obligada a salir, agarrando la mano que se le tendía e ignorando la corriente de electricidad ante aquel contacto inocente. Se sintió como si el mundo entero hubiera cambiado y con ello su lugar en él.

Se quedaron a solas un momento en la mansión Parnassus, a las afueras de Atenas, cuando Lucy sintió que Aristóteles se giraba hacia ella. Cerró los ojos y rogó: «Por favor, no me mires... no digas nada». Pero ¿desde cuándo sus plegarias habían sido escuchadas? Abrió los ojos y apretó los dientes.

Aristóteles miró a Lucy y se sintió perdido. No podía creerse lo que había sucedido en el asiento trasero del coche. La lujuria nunca le había consumido hasta aquel punto. ¡Había estado a punto de poseerla allí mismo! Agarró su copa con fuerza.

Ella no le había mirado desde que habían salido del coche. No podía culparla. ¿Acaso no le había prometido que no sería un jefe lascivo? Sin embargo, a los pocos instantes de encontrarse con ella entre cuatro paredes... Y, ella había respondido, maldición. Mejor que su fantasía más caliente: había sido ardiente, dispuesta, apasionada, húmeda... por él. El cuerpo se le tensó de nuevo. Ella le había mostrado la mujer que escondía tras aquella apariencia recatada.

–¿Lucy?

Vio que apretaba la mandíbula y advirtió también una leve marca rosa en su cuello. Sintió conmoción y asco de sí mismo. ¿Le había hecho una marca?

La sujetó del brazo e intentó ignorar el suave tacto de la piel de ella y sus ganas de acariciarla.

–Lucy, mírame.

Con gran reticencia, ella se giró aplacando su reacción. Incluso esbozó una sonrisa forzada.

Aristóteles parecía enfadado. Le vio suspirar y pasarse la mano por el cabello, despeinándoselo de una manera tan sexy que a Lucy le temblaron las rodillas.

–No tenía intención de besarte así, lo siento. No debería haber sucedido...

–Cierto, no debería.

Él entrecerró los ojos peligrosamente. Se puso de frente a ella, tapando el resto de la sala.

–Iba a decir que no debería haber sucedido así –puntualizó él.

–No debería haber sucedido en absoluto.

Aristóteles enarcó una ceja. Lucy detestaba esa ceja.

–¿Vas a intentar convencerme de que no te ha gustado? ¿O de

que estaba acosándote de nuevo? ¿Y cómo me has llamado, «Ari»?

–No sigas –le rogó Lucy ruborizándose al recordar el apasionado apelativo y lo fácil que había brotado de sus labios–. Por supuesto que no voy a decirlo. Pero no debería haber sucedido y no volverá a suceder.

Aristóteles se le acercó y ella se dio cuenta de que no podía recular porque tenía una planta detrás. El calor y el aroma del cuerpo de él la envolvieron, transportándola al recuerdo de lo sucedido y haciéndole desearlo de nuevo. Se odió.

–Volverá a suceder, Lucy, sólo que no en el asiento trasero de un coche –aseguró él–. Sino en algún lugar mucho más cómodo, donde no nos limiten la ropa ni el espacio.

Justo entonces alguien se les acercó. Aristóteles se giró para conversar con él, asombrando a Lucy con su habilidad para transformarse de un viril y exigente hombre a un urbano magnate de los negocios. Durante el resto de la velada, mientras lo acompañaba por la sala conociendo a la gente perteneciente a la parte Parnassus de la fusión, casi creyó que lo había imaginado todo.

Mientras se encontraran en Atenas, ella era la asistente ejecutiva de Aristóteles. Había conocido a Martha, la asistente personal de Aristóteles en Atenas, una agradable mujer de mediana edad con quien ya había hablado por teléfono antes. Se habían reunido con ella en el hotel antes. Iba a ocuparse de los asuntos diarios de la oficina. Martha no sabía lo de la fusión. De hecho, nadie de la familia de Aristóteles parecía saberlo, lo cual había sorprendido a Lucy.

El señor Parnassus se les acercó, sacándola de sus pensamientos. Aristóteles y él habían mantenido una reunión privada nada más llegar. El hombre, anciano y tan encorvado que caminaba con un bastón, miró a Lucy con un guiño. Ya les habían presentado antes.

–¿Crees que podemos confiar en ella, Ari? –le preguntó a Aristóteles.

–Absolutamente. Lleva en mi empresa más de dos años –respondió él con autoridad.

Mientras continuaban conversando, Lucy decidió que Parnassus le caía bien. El guiño de sus ojos le resultaba amigable. En un punto, el hombre aconsejó a Aristóteles que se diera una vuelta para que él pudiera «sacar a aquella hermosa joven a conocer el patio».

Tras recibir una mirada de su jefe que no comprendió, Lucy le

ofreció su brazo a Parnassus y salieron. Hacía una noche clara llena de estrellas. Aliviada de separarse un poco de la perturbadora órbita de Aristóteles, Lucy inspiró hondo.

–Esto es muy bello. Tiene una casa preciosa, señor Parnassus.

–Por favor, llámame Georgios.

–De acuerdo, Georgios –dijo ella con una sonrisa.

Él la miró con ojos sagaces.

–Ari debe de confiar mucho en ti. Esta fusión es muy importante. Ni siquiera su propia familia está enterada de ella.

A Lucy se le encogió el corazón. No estaba allí tanto por la confianza como por el deseo, pero eso no podía decirlo. Frunció ligeramente el ceño.

–Soy consciente de ello.

No quería decir más. Desconocía las razones de Aristóteles para no compartir aquella fusión con su familia y sabía que la única razón de que se hallaran en Atenas era porque Parnassus así lo había requerido.

–Es un hombre con un objetivo muy claro. Me recuerda a mí cuando tenía su edad –dijo él con una sonrisa triste–. Me recuerda a mi propio hijo. Se encuentra en el exilio. Movido por el éxito, cueste lo que cueste. ¿Y para qué?

Lucy estaba desconcertada. Parnassus soltó una risita.

–Disculpa... no quieres oír las divagaciones de un anciano. Deberíamos regresar adentro.

–En absoluto. Tan sólo es que no conozco a Ar... al señor Levakis muy bien –aclaró ella ruborizándose.

Parnassus la observó unos momentos en silencio. Hizo un gesto abarcando la mansión y las fabulosas vistas.

–¿Ves todo esto? Me ha llevado años construirlo. Mi familia se marchó de este país avergonzada y yo lo que siempre he deseado ha sido regresar cargado de gloria.

Lucy frunció el ceño.

–¿No es eso lo que va a suceder con la fusión?

Él encogió uno de sus huesudos hombros.

–En cierta forma. No como yo lo había imaginado, aunque voy a conseguir lo que deseo para mis hijos, tanto si ellos lo quieren como si no: volver a formar parte y ser aceptados por la sociedad ateniense. Pero la gloria última pertenece a aquel hombre, se la merece.

Ambos miraron a Aristóteles, que se encontraba rodeado de una

multitud. Lucy sintió un escalofrío a pesar del calor que le hervía en el abdomen. Él le recordaba a un lobo solitario. Una cabeza más alto que los demás, seguro de sí mismo, enormemente sexy pero... solo. Ella nunca le había visto así y no le gustó el sentimiento de ternura que se le despertó.

En aquel momento la esposa de Parnassus se les acercó. Parnassus hizo las presentaciones y la pareja regresó al interior. Lucy se giró hacia las vistas con la cabeza llena de interrogantes. Una fresca brisa le hizo abrazarse a sí misma. ¿Qué había querido decir Parnassus sobre Aristóteles? ¿Le veía abocado a una vida vacía, motivado solamente por el ansia de éxito? No andaba desencaminado. Aristóteles había dicho que aquella fusión era lo más importante en su vida. Y aun así...

Dio un respingo cuando sintió un cálido manto sobre sus hombros y oyó un grave:

–Deberíamos marcharnos. Mañana tenemos un día muy ocupado.

La chaqueta de Ari tenía su calor y su aroma, que la envolvieron haciéndola tambalearse mientras regresaban dentro. No dijo una palabra. Tenía los nervios de punta ante la idea de volver a compartir el asiento de un coche con él y la cabeza le explotaba con las preguntas que Parnassus había planteado.

Pero no tenía por qué haberse preocupado. Aristóteles dejó muy claro que no tenía intención de tocarla. Lucy se sentó en una esquina y contempló el paisaje mientras les llevaban de regreso al centro de la ciudad. Se giró hacia Aristóteles.

–¿Tu familia no tiene casa aquí?

Advirtió que él se ponía en tensión. Respondió sin mirarla.

–Sí, la casa que era de mi padre, pero prefiero alojarme en un hotel.

–¿Por qué tu familia no sabe nada de la fusión? –se le escapó a Lucy.

Él se giró tan bruscamente que ella casi dio un respingo.

–¿Qué te hace preguntar eso? –inquirió a la defensiva.

–Sólo me lo preguntaba –respondió ella encogiéndose de hombros.

–Ninguno de ellos lo sabe –dijo él secamente–. Y ya te he dicho que no deben saberlo. Para ellos, he venido tres semanas a comprobar el estado de la empresa en Atenas.

Lucy apretó la mandíbula.

–Eso ya lo sé, y por supuesto no voy a decirles nada. Soy muy consciente de los términos de mi contrato.

Giró el rostro, atónita al sentir una honda emoción y ganas de llorar. ¿A qué demonios se debía todo aquello?

Él la tomó de la mano, haciendo que se le acelerara el corazón. No podía distinguir bien su rostro en la oscuridad del coche.

–Es complicado, ¿de acuerdo? Hay asuntos de familia entre ellos y yo y no necesitan saber lo de la fusión. Razones de seguridad...

–Eso es todo lo que tienes que decirme –afirmó ella soltándose de él y devolviéndole la chaqueta–. Ya no tengo frío, gracias.

Jefe y secretaria. Las líneas de demarcación estaban muy claras. Aristóteles se reprendió por haber perdido el control antes. La hondura de su deseo le abrumaba. Agarró la chaqueta y observó a Lucy girarse hacia la ventanilla. La curva de su pómulo y la caída de su pelo le tentaron a hacerle volver el rostro de nuevo, buscar sus cálidos labios y hundirse en su suave cuerpo.

Maldijo en voz baja. Se había jurado que no la poseería como un adolescente lleno de hormonas, pero ahí estaba desnudándola mentalmente y a punto de intentar seducirla de nuevo. Se quedó sentado muy rígido en su asiento todo el camino hasta el hotel. Nunca una mujer le había causado tanta frustración.

Al llegar al hotel, Lucy se retiró apresuradamente. Él le dio las buenas noches y la dejó marchar. Luego se fue al bar y pidió un whisky. Iban a ser tres semanas muy largas.

Al final de la primera semana, Lucy medio escuchó una pregunta de Aristóteles mientras se hallaban en sus oficinas en el centro de Atenas.

Esencialmente, llevaban vidas separadas: mostraban un rostro benigno a la sede de Atenas y mantenían reuniones de máximo secreto con Parnassus al mismo tiempo. Las reuniones con la parte de Parnassus eran complicadas y técnicas, requerían toda la habilidad de Lucy y mucho del limitado conocimiento legal que poseía.

Había conocido a la madrastra de Aristóteles, Helen, y a su hermanastro Anatolios en una reunión por la mañana. La madrastra era alta, delgada, fría y altanera. El hermanastro no se parecía en nada a Aristóteles. Era rubio, más bajo y con rostro de niño malcriado. Lucy no necesitó mucho para darse cuenta de que tenía

celos de Aristóteles. Nada más verle, había fruncido el ceño, claramente detestando que el tenerle de vuelta le recordaba a todo el mundo quién era el auténtico jefe. Tras conocerles, no culpaba del todo a Aristóteles por querer mantener las distancias.

–… para hacer acto de presencia en el baile benéfico de esta noche.

Lucy reparó en que Aristóteles le estaba hablando y elevó la vista.

–¿Perdona?

Enmudeció al ver el brillo en su mirada. Estaban sentados uno al lado del otro en una mesa, con papeles desperdigados por todas partes. Durante toda la semana, desde la noche de su llegada y el momento perturbador en el coche, ella había estado rígida de tensión, concentrándose en el trabajo para intentar evitar enfrentarse a… eso.

Pero ese deseo los envolvía en aquel momento. Ella había tenido cuidado para que no le sorprendiera desprevenida, pero acababa de fallar. Y, en el fondo, sabía que había tenido mucho que ver con la contención del propio Aristóteles, quien se había mostrado frío y solícito toda la semana, sin rastro de lo que había hecho el primer día. Ella, desconcertada, había desconfiado al principio, pero luego ya no. Y en aquel momento se dio cuenta de que había estado allí todo el tiempo. Ella lo sabía y él también y, para su vergüenza, se excitó poderosamente.

Intentó ignorar el ardor.

–Disculpa, ¿qué has dicho?

Aristóteles la miró y ahogó un gemido. Los ojos de ella eran grises como un mar embravecido, con pestañas tan largas que podía imaginárselas acariciándole las mejillas. Aún no sabía cómo había logrado no tocarla en toda la semana. Había supuesto un esfuerzo sobrehumano, pero quería demostrarse a sí mismo que ella no le controlaba. Pero en parte había fracasado porque no había logrado concentrarse en los negocios.

Tampoco ayudaba que, a causa del vestuario que él le había proporcionado, y que era perfectamente respetable, ella sin darse cuenta estuviera mostrando gradualmente más de su delicioso cuerpo. Iba escogiendo las prendas menos reveladoras, pero eso hacía que él quisiera quitárselas como quien deshace un delicioso paquete.

En la reunión de la mañana, cuando había visto la mirada de su

hermanastro clavada en el escote de Lucy, le habría golpeado. Tener deseos de violencia a causa de una mujer era una experiencia nueva y lo achacaba a la frustración sexual.

Carraspeó y elevó la vista, prometiéndose a sí mismo que la tendría en su cama en las próximas veinticuatro horas. No podría soportar mucho más así.

–El baile benéfico esta noche. Todo el mundo estará allí, incluido Parnassus. Cuando nos encontremos con cualquiera de su gente, haremos como si fuera la primera vez que nos vemos.

La seguridad que tanto Aristóteles como Parnassus exigían era impresionante. De nuevo, la envergadura de lo que estaban preparando impactó a Lucy.

–¿Por qué es tan importante que nadie lo sepa? –se le escapó.

Aristóteles frunció los labios.

–Porque la fusión de nuestras dos empresas va a molestar a muchos. Supone una fuerte ofensiva para nuestra competencia. Las únicas empresas que sobrevivirán serán las suficientemente grandes como para soportar la presión, como Kouros Shipping, por ejemplo.

Lucy asintió, había oído hablar de Alexandros Kouros.

–¿Y tu familia?

–Mi madrastra y mi hermanastro se opondrían completamente –respondió con impaciencia–. Helen lo vería como la desaparición del nombre de mi padre y una amenaza para su seguridad. Y si mi hermano tuviera la más mínima sospecha de la fusión, haría todo lo posible por entorpecerla sólo para fastidiarme. Por eso tenemos que estar alerta. Ellos también estarán en el baile esta noche. Aunque yo no me preocuparía demasiado por Anatolios, sin duda estará más pendiente de conseguir las mejores drogas y mujeres.

Lucy disimuló su conmoción ante aquella evidente falta de amor. Ya no tenía ganas de conocer la historia familiar de Aristóteles. En absoluto.

Capítulo 6

AQUELLA noche, durante la suntuosa cena, Lucy fue colocada lejos de Aristóteles, lo cual le permitió relajarse un poco a pesar de que notaba el peso de la mirada de él cada cierto tiempo. Ella estaba junto a Kallie Kouros, la esposa de Alexandros Kouros, una mujer encantadora y campechana que le contó graciosos chismes de la sociedad ateniense. Cuando su impresionante esposo acudió para llevársela parecían tan enamorados y él la protegía tanto, que una parte secreta de Lucy ansió algo parecido. Eso le sorprendió, ella nunca había envidiado a las parejas felices.

Buscó a Aristóteles con la mirada sin saber por qué se sentía compelida a hacerlo cuando él prefería dejarla a su aire. Le localizó al otro lado de la sala, hablando con una mujer rubia muy guapa. Le vio sonreír y se quedó conmocionada: a ella nunca le sonreía así. «Sí que lo hizo una vez: la noche de tu apartamento», le recordó una vocecita interior.

Inmediatamente sintió que palidecía. Un extraño sentimiento la agitó. Para negar su reacción, que seguramente eran celos, se encaminó ciegamente al aseo. Allí, tras unos momentos para recuperarse, se lavó la cara con agua fría. Al erguirse, se le pusieron los pelos de punta al ver a Helen Levakis, la madrastra de Aristóteles, pintándose los labios de rojo sangre a su lado.

–Lizzie, ¿verdad? –inquirió la mujer mirándola.

Lucy sacudió la cabeza.

–Lucy.

La mujer esbozó una sonrisa falsa.

–Mis disculpas. Ari parece tener una nueva secretaria cada vez que viene a casa.

Lucy se lavó las manos apresuradamente.

–No se preocupe.

–Te acuestas con él, ¿verdad? He visto tu mirada ahí fuera, cuando le has visto con otra mujer.

Lucy intentó que no se le notara la conmoción. Aquella mujer acababa de apuñalar su tierno corazón.

–Disculpe, pero no creo que sea asunto suyo.

–Tienes razón –dijo la mujer secamente–. De todas formas, voy a

hacerte un favor. Ari tal vez se acueste con una mujer como tú, pero nunca se casará con alguien como tú. Seguramente por eso ha vuelto a su hogar: pronto empezará a buscar una esposa apropiada. Un hombre como él querrá tener un heredero. Haría cualquier cosa para impedir que su hermano obtenga lo que le pertenece por derecho.

Y tras decir eso, la alta mujer desapareció de nuevo entre el bullicio con una última mirada glacial.

Lucy se miró en el espejo, se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento y espiró largamente. ¿A qué se debía aquello? ¿Y qué había querido decir Helen acerca del hermano de Ari? ¿Estaba Ari buscando esposa en Atenas además de realizar la fusión? ¿Era ella tan transparente?

Se obligó a erguirse y se observó con ojo crítico. Había escogido uno de los vestidos menos reveladores y aun así le parecía demasiado: era de un sólo hombro, de seda y mostraba una superficie más que considerable de su pálida piel, de la cual era muy consciente en mitad de aquella gente mucho más delgada y morena.

Su color gris oscuro destacaba demasiado sus ojos, y su rubor no se debía al maquillaje sino a la vergüenza de que todo el mundo en la sala debía de haberla visto babeando por su jefe. Pues ahí terminaba eso. Durante las siguientes dos semanas sólo habría trabajo. Mantendría la distancia con Aristóteles. De pronto le invadió una duda: ¿y si él ya había comenzado algo con la rubia? ¿Tal vez se había cansado de perseguir a su demasiado bien dotada secretaria?

Ahogando un grito de frustración y sintiéndose vulnerable, salió del tocador con la firme intención de regresar al hotel. Fue al ropero a por su abrigo. Dejaría una nota de despedida para...

–¿Dónde has estado?

Una mano fuerte le hizo girarse tan rápido que perdió el equilibrio y se vio de bruces contra el pecho de Aristóteles, mirándole casi sin resuello. Al darse cuenta de lo que sucedía, se separó iracunda.

–Me vuelvo al hotel. Estoy cansada.

–Pues yo no. Y aún no hemos terminado aquí.

–Es un evento social. No me necesitas para trabajar.

–Pero sí que...

Ari se contuvo. Había estado a punto de escapársele que sí la

necesitaba. Pero ella tenía razón. No la necesitaba por un tema laboral. Entonces, ¿por qué? ¿Se había acostumbrado a su presencia calmada y perspicaz? ¿La había echado de menos durante la cena?

Tomó la única decisión posible.

–De acuerdo, entonces te acompañaré de regreso.

A Lucy se le dispararon todas las alarmas.

–¡No! –exclamó y quiso suavizarlo–. Quiero decir, quédate. No quiero apartarte de…

«… esa rubia con quien parecías pasártelo tan bien».

Pero él, en su habitual arrogancia, la había tomado del brazo y estaba conduciéndola al exterior, donde por arte de magia su coche estaba esperándoles.

–De verdad, deberías quedarte –insistió ella una vez dentro del coche.

Él esbozó una sonrisa seca y se recostó en su asiento, estudiándola con la mirada.

–¿Eso crees?

Lucy se revolvió inquieta. Había algo intangible pero palpable entre ellos.

–Sí –afirmó con voz temblorosa–. Evidentemente tienes gente con la que… hablar.

Él hizo una mueca de desagrado al recordar a Pia Kyriapoulos intentando atraparlo entre sus garras. La guapa y rica divorciada le había ofrecido si deseaba una aventura mientras estaba en Atenas. Antes, tal vez le habría tentado aquel sexo sin ataduras, pero ya no. La única mujer a la que deseaba se hallaba sentada a su lado. Él ya no podía imaginarse sexo con nadie más.

–Te equivocas, Lucy –dijo con voz grave–. No hay nadie con quien quiera hablar y estoy encantado de acompañarte de regreso.

Lucy contuvo su respuesta y se giró hacia la ventanilla con una mezcla de temor y emoción por sus venas al recordar la última vez que él había insistido en acompañarla a su casa.

Enseguida llegaron al hotel. Lucy se bajó poco elegantemente del coche antes de que le abrieran la puerta, pero su intento fue inútil: Aristóteles la alcanzó fácilmente y la agarró del brazo, llevándola así hacia los relucientes ascensores.

Se subieron a uno y Lucy se mantuvo apartada de él. Casi se desmayó al oírle decir:

–¿Recuerdas la primera vez que coincidimos en un ascensor?

Conmocionada y aterrada, ella lo miró… dándose cuenta de que había sido un error. Él fijó la vista en el panel de botones.

–Graciosamente, el día que entraste en mi despacho para el puesto de asistente lo recordé. Vívidamente –añadió él mirándola.

Lucy creyó que iba a desmayarse. Negó con la cabeza.

–No –murmuró, pero no podía mentir–. Es decir, sí. Recuerdo que usaste el ascensor de los empleados, poco más.

El corazón se le había acelerado al recordar lo firme que le había parecido el cuerpo de él. Igual que el otro día dentro del coche.

Las puertas del ascensor se abrieron y Lucy vio a Aristóteles pasar a su lado con gracilidad, pero a ella no le sostenían las piernas. Como no conseguía abrir la puerta de lo nerviosa que estaba, él le quitó la tarjeta-llave y abrió sin ningún esfuerzo.

–¿Quién iba a decir que eras una mentirosa tan consumada, Lucy Proctor?

Ella se giró hacia él furiosa.

–¿Qué se supone que significa eso?

Él también había entrado en la habitación y, cuando cerró la puerta, Lucy se aterró.

–¿Y qué se supone que estás haciendo aquí?

–Demostrar lo mentirosa que eres.

Y entonces la sujetó por la cintura y la atrajo hacia él. Lucy, presa de una sensación de inevitabilidad, se dio de bruces contra el pecho.

–Mucho mejor –murmuró Aristóteles sujetándole el rostro con ambas manos–. Ahora te tengo exactamente donde quiero.

Lucy no pudo contener un gemido suplicante cuando él la besó. Fue como si él le hubiera inyectado algún tipo de fuerza vital en el cuerpo. Todos sus nervios se activaron, el corazón se le aceleró, la piel parecía brillarle… y entre sus piernas sintió la traicionera respuesta de su cuerpo, húmeda y caliente.

La lengua de él buscó la suya y ella sintió una explosión de fuegos artificiales. Él comenzó a mordisquear su labio inferior, exploró el hueco entre sus dientes.

–Muérdeme –susurró él con voz ronca.

Puro júbilo la inundó. Apenas advirtió que él le quitaba el abrigo y lo dejaba caer al suelo. Tímidamente, ella le mordisqueó el labio inferior, acariciando después con la lengua donde había mordido.

Él murmuró algo indescifrable y ella sintió cómo buscaba y le bajaba la cremallera en el lateral del vestido para, a continuación, dejar al descubierto uno de sus senos cubiertos de encaje. Notó su mano en uno de sus senos. Lucy se mordió el labio inferior. Le invadía una ola de deseo, algo tan extraño que se mantenía inmóvil.

Él la agarró por los glúteos y, al atraerla hacia sí, ella notó su erección apretándose contra su carne. Sintió aumentar su cálida humedad e instintivamente cerró las piernas.

Él estaba acariciándole un seno, recreándose con el pulgar en el pezón erecto. La tensión fue aumentando hasta que Lucy deseó gritar y, por fin, él se inclinó y comenzó a mordisquearlo y succionarlo con la boca al tiempo que la agarraba de las nalgas. Ella se arqueó, urgiéndole a que succionara con más fuerza, moviendo las caderas sinuosamente contra las de él. Buscaba un clímax que no había experimentado antes, pero sabía que existía en algún lugar.

Algo le hizo abrir los ojos y ahogó un grito de horror al verse en el espejo al otro lado de la estancia. No se había dado ni cuenta de que se habían movido de la puerta. Y la imagen le conmocionó. Era tan explícita y tan parecida a lo que ella había visto de pequeña un día que había buscado a su madre sin avisarla...

El sentido común y la realidad explotaron en su cara. Súbitamente, se apartó de Aristóteles y comenzó a taparse de nuevo sus excitados senos. Se estremecía violentamente.

–Márchate. ¡Ahora mismo! –le dijo.

Agarró la bata del hotel que se hallaba a los pies de la cama y se la puso, atándosela fuertemente con el cinturón. Se acercó a la ventana con el cerebro a punto de reventar y el cuerpo temblando de deseo insatisfecho. Sólo podía pensar en lo enfadado que debía de estar con ella.

–Perdona, no debería haber dejado que eso sucediera. Es culpa mía. Y ahora, por favor, vete.

–No has podido evitarlo. Lo deseabas tanto como yo.

Ella negó con la cabeza y sintió ganas de llorar.

Aristóteles se le acercó unos pasos. Ella tembló por dentro al ver su rostro como esculpido en piedra. Quería disculparse pero no lo hizo. Él tenía la corbata chafada y el cabello despeinado. ¿Ella había hecho eso?

Aristóteles frunció el ceño como intentando comprender.

–Lucy, ¿alguien te hizo daño en algún momento?

Ella negó con la cabeza.

–No, no es eso.

–Entonces, ¿qué es?

Ella tenía auténticas ganas de llorar. ¿Cómo podría adentrarse en su enmarañada historia emocional, en lo amenazada que se sentía por los sentimientos que él le despertaba?

–Es sólo que... no quiero sentirme así.

–Pues lo tienes complicado porque tú lo sientes y yo también. Se llama química y es inevitable.

–¿Y si me marcho? –inquirió ella esperanzada.

Él negó con la cabeza.

–Ya lo hemos intentado. No vas a irte a ningún sitio.

–Yo no tengo mucha experiencia... –confesó ella apesadumbrada–. No soy como las mujeres que frecuentas. No sabría cómo...

–Sí que lo sabes, cariño, sin ni siquiera intentarlo.

Ella le miró.

–No soy virgen. He mantenido relaciones antes...

«Una vez».

–Pero no sentí nada. Así que sé que no es para mí.

Él se le acercó y le hizo elevar la barbilla. Lucy intentó evitar su mirada sin éxito.

–¿De verdad intentas decirme que crees que no disfrutarás del sexo?

Ella se encogió de hombros sintiéndose como una tonta.

–Por si no te has dado cuenta, Lucy, eres pura sensualidad. Aunque pareces decidida a negarlo y no comprendo por qué. ¿Sabes por qué te gusta la ropa interior tan sexy?

Lucy recordó los días de compras con su madre, lo mucho que había insistido en la importancia de tener una ropa interior decente. Otras adolescentes no habían tenido el privilegio de ir de compras con Maxine Malbec.

–Me desarrollé demasiado pronto –respondió, agradeciendo que la tenue luz disimulara su rubor–. Soy demasiado... grande. Para conseguir la talla necesaria hay que pagar más...

–Lucy, hay una legión de mujeres más grandes que tú que no saben elegir su ropa interior. ¿No puedes admitir que te gusta sentirla sobre tu piel, verte con ella...?

Ella le apartó la mano y dio un paso atrás.

–No –aseguró, pero aquellas palabras le habían impactado.

¿Tan sensual era ella que, por instinto buscaba aquella ropa

interior? ¿Sería como su madre, a pesar de todo? En lo demás sus genes estaban dejándose notar.

–Mira... tengo mis razones para no desear esto. Tan sólo quiero que lo respetes.

Ari mantuvo la batalla más intensa de su vida al verla cabizbaja y con la bata fuertemente abrochada. El cuerpo le dolía de tanta excitación y no podía creerse que ella estuviera negándole aquello. Se aproximó a ella de nuevo y la vio tensarse aún más. Entonces algo en su interior se derritió. Deseaba a aquella mujer con una pasión desconocida para él, pero no quería forzarla. Sintió que le invadía una incómoda preocupación por ella. La tomó de la barbilla y elevó su rostro, pero ella evitó su mirada. Al notar cómo apretaba la mandíbula, a él se le encogió el estómago. Acarició aquella suave piel con el pulgar y, cuando por fin la sintió relajar la mandíbula, lo vivió como un triunfo.

Súbitamente, su ansia por acostarse con ella se vio superada por su deseo de darle seguridad. Tuvo el inusual impulso de abrazarla y asegurarle que todo saldría bien. Algo profundamente enraizado en él le impidió moverse pero le hizo susurrar:

–Voy a marcharme, pero quiero que reflexiones sobre esto, Lucy. Lo que hay entre nosotros es más que una atracción banal que sucede todos los días. Esto es...

Se sorprendió de sus propias palabras y de la emoción que las generaba, pero se dijo que se debían a la fuerza de su deseo por ella.

–Esto es mucho más fuerte. No sé a qué miedos te enfrentas y yo no puedo enfrentarlos por ti, sólo puedes hacerlo tú. Voy a dejar abierta la puerta que conecta con mi habitación. Me gustaría que la usaras, Lucy... Quiero explorar qué es esto entre tú y yo... –comentó e hizo una mueca–. No me cabe duda de que se acabará por sí solo, pero no va a desaparecer hasta que lo exploremos, tan sólo aumentará. Depende de ti. Si eres tan fuerte como para resistirte a esto, entonces espero que tengas la suficiente fuerza para los dos.

Lucy contuvo el aliento. Lo miró fijamente a los ojos y lo que vio en ellos hizo que el corazón le diera un vuelco. Su ardiente intensidad no le hizo sentirse amenazada, sino excitada hasta el punto de olvidarse de toda su cautela y decir «sí».

Durante un largo momento se quedaron inmóviles, con las palabras de él flotando en el aire. Lucy sólo podía sentir la mano de él, cálida y extrañamente tranquilizadora, en su mejilla. Pero

entonces él la retiró, dio media vuelta y se marchó, dejando la estancia extrañamente vacía.

A los pocos instantes Lucy le oyó abrir la puerta de conexión a su habitación y dio un leve respingo. Se dejó caer pesadamente sobre la cama, con el vientre revolucionado y las palabras de él dándole vueltas. ¿Tenía él razón, aquello sólo se haría más fuerte? Las sensaciones que todavía estremecían su cuerpo se burlaron de ella. ¿A quién intentaba engañar? Se había autoconvencido de que aquella semana habían disminuido, pero él tenía razón, especialmente tras su reacción unos momentos antes.

También se había autoengañado al creerse que era frígida. En aquel momento se sentía la persona menos frígida del planeta. Debía admitir que, para perder su virginidad, inconscientemente había escogido a una persona hacia la que no se sentía atraída, como para intentar convencerse de que ella no era como su madre, que no pasaría su vida ansiando el sexo.

Frunció el ceño. Siempre había creído eso, pero lo que su madre ansiaba era a los propios hombres, su poder y su atención. Eso era lo que a ella le daba validez. Pensándolo bien, su madre siempre había sido bastante fría y clínica respecto al sexo. Nunca se había apasionado tanto con un hombre que perdiera de vista el lado práctico.

Y lo que ella sentía hacia Aristóteles no tenía nada de frío o clínico. Él podría ser el botones del hotel y le generaría lo mismo. Había visto su propio rostro lleno de deseo reflejado en el espejo. Ella nunca había visto así a su madre.

Aquella revelación la dejó estupefacta. A pesar de que la profesión de su madre había sido abiertamente sexual, sus parejas no habían tenido que ver con el sexo, sino con el dinero, el poder y la autoestima. El sexo tan sólo había sido una herramienta que su madre había usado. Lucy lo había presentido pero, hasta que no se había despertado su propio deseo, no lo había comprendido.

Uno de sus mayores temores era perder su independencia por un hombre, como había hecho su madre. Pero ¿aquella situación no era diferente? Ella ya tenía un empleo y no esperaba recibir nada de Aristóteles, desde luego no su dinero ni regalos. Y él parecía tan sorprendido como ella ante aquella poderosa atracción. Seguro que él hubiera preferido que le sucediera con alguien de su entorno social.

Por tanto, tenía sentido que, una vez que aquello se acabara por

sí solo, como él había dicho, todo volvería a la normalidad. Aunque, ¿podría suceder tras algo tan...? Su mente huyó asustada de aquellos pensamientos.

Se paseó por la habitación incapaz de plantearse siquiera el dormir. Se mordió una uña. Un sentimiento intenso iba creciendo en su vientre. Por primera vez en su vida, sus temores de convertirse en su madre parecían inocuos. Ella era distinta. Un cálido sentimiento de tranquilidad volvió a invadirla aún más fuerte. Se asustó ligeramente, ya que nunca habría imaginado a Ari como un hombre tranquilizador.

Dejó de pasearse. ¿Y si en vez de salir corriendo, afrontaba aquello y vencía a los demonios que la acosaban desde tanto tiempo atrás? Se sentía distinta. Debía admitir que estaba disfrutando de su vestuario menos restrictivo y, aunque seguía teniendo el impulso de taparse, iba disminuyendo. Había visto a algunos hombres mirándola en el baile y, en lugar de querer esconderse, se había sorprendido irguiéndose, invadida de una novedosa confianza en sí misma.

¿Le había ayudado Aristóteles a llegar a aquel poder innato femenino, puro y poderoso?

Volvió a planteárselo: ¿Y si abría aquella puerta y pasaba al otro lado?

Antes de darse cuenta, se encontró frente a la puerta, respirando entrecortadamente, con el corazón disparado. Había leído una vez un libro: *Aunque tenga miedo, hágalo igual*. ¿Era ella lo suficientemente valiente como para cruzar la línea?

Como respuesta, le invadió un intenso anhelo. Deseaba aquello, deseaba a aquel hombre y lo que prometía más de lo que le importaban las razones para no hacerlo. Él tenía razón. La idea de reprimir aquel deseo era... inconcebible.

Posó una mano temblorosa en el pomo de la puerta, tomó aire y lo giró. Le acosó el temor de encontrar su sonrisa burlona, pero resistió y abrió la puerta.

Necesitó unos segundos para acostumbrarse a la tenue luz y se encontró una escena increíblemente erótica e inocente al mismo tiempo. A través de la puerta abierta del dormitorio se veía la figura de Aristóteles dormido reflejada en la puerta de espejo de un armario. Sólo le cubría una sábana hasta la cintura. Ella ya había visto su torso desnudo el día anterior, pero se recreó en él: delgado, bronceado y de deliciosos músculos firmes. Era el hombre más

guapo que ella había visto nunca y seguramente uno de los más guapos del planeta.

Su cabello negro le caía despeinado sobre la frente, haciéndole parecer menos el temido director ejecutivo de Levakis Enterprises y más bien alguien humano y vulnerable.

A Lucy se le aceleró la respiración cuando su mirada se posó en aquellas estrechas caderas y bajó un poco más hasta su regazo. Se le encendieron las mejillas ante su propia reacción a aquella sutil provocación.

Un sonido le hizo elevar la mirada y, de pronto, aquel dios dormido estaba despierto, con sus hermosos ojos verdes brillando al verla a los pies de su cama. Entonces ella fue consciente de la situación y, sujetándose la bata bien cerrada, descubrió que no podía moverse.

–Creo que no es... Tal vez debería...

–Ven aquí –ordenó él implacable.

A Lucy le temblaban las piernas. Había llegado demasiado lejos como para echarse atrás, así que rodeó la cama hasta colocarse a medio metro de él, sin poder apartar sus ojos de los de él ni un momento.

–Acércate más –dijo él con un gesto de la mano.

Lucy estaba a punto de salir corriendo cuando le vio un hilo de sudor en la sien y el pulso acelerado en su cuello. Después de todo, era humano.

A pesar de ello era como si la antigua y prudente Lucy estuviera llamándola desde la otra habitación, queriendo cerrar las puertas entre aquel hombre y el deseo de su interior. Incluso se giró midiendo la distancia hasta la puerta.

Inmediatamente, sintió un ardiente anillo rodeando su muñeca y, al bajar la vista, vio la bronceada mano de él sujetándola. Le miró y tragó saliva.

–Lucy, ¿estás segura de que quieres hacer esto? Porque si te quedas, no habrá vuelta atrás.

En aquel instante, ella cerró mentalmente las puertas a su espalda. No quería regresar a lo anterior. Quería ir hacia delante y liberarse del indeseado equipaje que había llevado.

Negó con la cabeza y sintió el cabello acariciándole los hombros.

–No me voy.

Él la atrajo hacia sí y la besó en la muñeca, con los labios y la lengua. Ella ahogó un grito y sintió como si él acabara de marcarla.

Entonces él la soltó y se incorporó sobre un codo.

–Quítate la ropa.

Sólo con oírle, Lucy sintió una ardiente explosión en su pelvis. Estaba más allá de sorprenderse. Sin dejar de mirarle a los ojos, se desató la bata y la dejó caer al suelo. Todavía llevaba el vestido y los zapatos. Se descalzó y se agachó para dejarlos bajo una silla. Luego se irguió y volvió a mirar a Aristóteles.

Él no se había movido, pero el deseo encendía sus ojos verdes casi negros.

Con manos temblorosas, Lucy se bajó la cremallera y comenzó a desprenderse lentamente del vestido, primero por el hombro y luego por los senos confinados por un sujetador de encaje sin tirantes. Sus complejos parecían haberse esfumado. Le parecía como si ella fuera otra persona.

Al llegar a las caderas, las meneó suavemente para poder seguir quitándose el vestido. Las ráfagas de calor que le llegaban de Aristóteles conforme contemplaba la bajada del vestido casi la derritieron. La seda se amontonó a sus pies y ella la hizo a un lado con una gracia innata y desconocida hasta entonces.

Se acercó a una silla de brocado junto a la cama. Apoyó un pie en ella y comenzó a bajarse la media. Advirtió lo erótico de su postura porque Ari se quedó inmóvil, comiéndosela con los ojos. Por primera vez en su vida, glorificó su innata feminidad.

Lo único que contenía a Aristóteles de abalanzarse sobre ella y penetrarla era saber que, con sólo rozar su piel, perdería el control. Al verla a los pies de la cama, como un sueño, su sensación de deseo puro unida a una lejana alegría le habían hecho actuar más bruscamente de lo que hubiera deseado. En aquel momento, estaba fuertemente agarrado a las sábanas con ambas manos. Le costaba respirar. Se sentía a punto de perder el control como con ninguna otra mujer y eso le incomodaba.

Una cortina de cabello negro le tapó la vista de aquellos gloriosos senos que amenazaban con desparramarse del sujetador que no lograba contenerlos. Instintivamente, se inclinó hacia delante y apartó el mechón por detrás de un blanco hombro. Ella le miró mientras se mordía el labio inferior, provocándole una ola de excitación y poniendo a prueba su control.

Lucy bajó la pierna y repitió el ejercicio con la otra. Para cuando terminó, Ari podía sentir el sudor corriéndole por la espalda del esfuerzo que estaba necesitando para no moverse.

Lucy advirtió el evidente bulto bajo la sábana y se quedó sin aliento.

–El sujetador –dijo él con voz ronca–. Quítatelo también.

Lucy se lo desabrochó y lo sujetó unos instantes. Aquél era el momento. Y entonces, con un movimiento casi desafiante, se lo quitó y lo tiró, liberando sus prominentes senos. Se quedó frente a él sólo con sus bragas de seda y encaje. En la parte del cerebro que aún le funcionaba, no sabía cómo podía estar haciendo aquello; era un momento crucial. Pero el latido de su sangre había acabado con todo salvo con la necesidad de estar allí en aquel preciso momento, con él.

El brillo en los ojos de él al mirarla envió un cosquilleo por todo su cuerpo, especialmente en sus senos. No tuvo tiempo de sentir ningún complejo: Aristóteles la agarró de las manos y la atrajo hacia la cama. La sábana se movió. Lucy atisbó sus estrechas caderas y sus rizos negros justo encima de...

Con un suave movimiento que la sorprendió, él la recostó en la cama boca arriba y, grande y moreno, se colocó sobre ella. Lucy sentía el corazón tan desbocado que creía que iba a desmayarse. Y entonces él la besó y el mareo fue reemplazado por un poderoso ardor. Él le soltó las manos y ella instintivamente le abrazó por el cuello y se arqueó voluptuosamente hacia él, apretando sus senos contra el torso desnudo de él.

Nunca habría imaginado que sentiría aquello, aquella certeza de que todo estaba bien. Parecían hechos a medida. En cuanto ella deseó que él la tocara en algún lado, él lo hizo; en cuanto ella deseó que profundizara el beso, él lo hizo, succionando su lengua, mordisqueándole los labios, besándola apasionadamente en la mandíbula y el cuello, hasta alcanzar sus senos.

Él tomó uno en una mano y después el otro, acariciando su suave firmeza. Lucy respiró entrecortadamente. Ver sus senos en manos de él le resultó tan erótico que no pudo soportarlo. Cerró los ojos y gritó cuando él acercó su boca a uno de los pezones y succionó fuerte, jugueteó con su lengua y lo mordisqueó antes de succionarlo de nuevo. Continuó saboreando uno y otro pezón hasta que ella creyó que iban a explotarle de placer.

–Por favor... –rogó con voz rota.

Las caderas se le movieron siguiendo un ritmo silencioso y ancestral. Su vientre era puro fuego. Miró a Aristóteles y él la miró. Tenía las mejillas encendidas. Sus enormes hombros bloquearon la

luz cuando finalmente soltó los senos y se tumbó sobre ella de nuevo.

–¿Estás preparada?

Ella asintió sin dudarlo. Diría que sí a cualquier cosa que aquel hombre le propusiera.

–¿Estás segura? Creo que deberíamos comprobarlo, por si acaso... ¿tú no?

–Sí. Lo que quieras... hazlo –murmuró ella jadeante.

Él sonrió mientras ella advertía que la sábana ya no estaba y la poderosa erección de él se apretaba contra su vientre. Por puro instinto, deslizó su mano hasta ella y se le encendieron las mejillas al notar lo grande y dura que era.

Él hizo una mueca y apartó su mano suavemente.

–Por eso tengo que ver si estás lista, Lucy, *agapi mu*, paciencia...

Ella no sabía lo que significaba *agapi mu*, pero entonces él desapareció y Lucy dio un grito cuando sintió que le quitaba las bragas y le entreabría las piernas con sus manos grandes. Intentó resistirse, era un movimiento demasiado íntimo, pero él insistió mirándola a los ojos y diciéndole que confiara en él al tiempo que bajaba la cabeza. Ella cerró los ojos y se llevó un puño a la boca para acallar el gemido cuando sintió su aliento en el íntimo espacio entre sus piernas y, acto seguido, la sensación de su boca y su lengua sobre ella casi le hicieron volar hasta las estrellas.

Él exploró sus pliegues más secretos chupándola, introduciéndose en ella con la lengua, lamiéndole y succionándole el clítoris hasta hacerle elevar las caderas de la cama, revolviéndose voluptuosa, mordiéndose fuertemente el puño.

Cuando sintió dos dedos deslizándose en su húmedo interior, su cuerpo ascendió frente a un abismo desconocido hasta entonces. Todos los nervios se le tensaron. Notó que él se retiró un momento, oyó un cajón y un envoltorio rasgándose, y él regresó sobre ella con sus muslos fuertes entreabriendo aún más sus piernas.

Sintió cómo jugueteaba con su erección allí abajo, donde ella estaba ardiendo. Moviéndose adelante y atrás, recorriendo sus pliegues húmedos y carnosos y provocándole un hondo gemido. La necesidad de algo la cegaba... pero no sabía qué era...

Posó sus manos sobre los hombros de él, brillantes de sudor. Sentir algo tan primitivo la hizo reír de gozo.

–Ari, por favor... –susurró con voz ronca elevando las caderas–. Estoy preparada.

Él sintió que su control estallaba. Y entonces la penetró profundamente sabiendo instintivamente que aquella mujer estaba hecha para él y que encajarían perfectamente.

Detuvo sus movimientos. Lucy había abierto mucho los ojos sorprendida por la sensación al verse llena por él. No era dolorosa, sino deliciosa.

Ella se movió de nuevo, para experimentar, y Aristóteles se hundió en ella aún más, clavándola en la cama. Lucy le abrazó la cintura con una pierna y echó la cabeza hacia atrás, agarrada todavía a sus hombros, mientras él se retiraba lentamente y luego volvía a adentrarse en ella. Ari continuó con su ritmo lento y voluptuoso, aumentando cada vez más el placer. Lucy sintió que su cuerpo empezaba a temblar conforme él le doblaba la otra pierna hacia atrás, abriéndola aún más para él, cambiando el ángulo ligeramente, profundizando más y más y, cuando sus movimientos se volvieron más rápidos y urgentes, Lucy empezó a sentir la llegada de algo tan enorme, aterrador y fugaz que se tensó, aunque todo en ella estaba urgiéndole a lanzarse a ello.

Aristóteles inclinó su cabeza, sujetando el cuerpo de ella con sus movimientos, y la besó profundamente.

–Relájate, Lucy… Todo va bien… suéltate.

Sujetándose fuerte a él, Lucy se armó de valor y se relajó… y su orgasmo alcanzó tal intensidad y duración que apenas reparó en la reacción del propio Aristóteles, su explosiva pérdida de control mientras las interminables olas de placer lo mantenían suspendido en un mundo de ensueño que él nunca había conocido.

Capítulo 7

ARISTÓTELES sabía que estaba huyendo. Y el hecho de ser consciente de ello le hacía hervir de rabia. Él no huía. Pero después de la noche anterior con Lucy lo único que sabía era que necesitaba espacio, y rápido. Su cerebro estaba demasiado excitado aún y emocionalmente turbado para intentar fingir que podía manejar una banal escena de «la mañana después». Había recibido una llamada de su asistente en Nueva York mientras Lucy dormía y, ante el menor pretexto, había decidido acercarse allí el fin de semana para ocuparse de ello.

Estaba vistiéndose cuando había visto a Lucy despertarse a través del reflejo en el espejo. Y entonces había deseado quitarse todas las prendas constrictoras y poseerla de nuevo. Aunque lo cierto era que no sabía si podría soportar otra experiencia tan intensa de nuevo.

¿Desde cuándo acostarse con una mujer era algo demasiado intenso para él?, se preguntó apretando su copa. Eran ellas quienes se quedaban desubicadas, no él.

Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Y volvió a abrirlos bruscamente porque lo único que podía ver eran los ojos llenos de pasión de Lucy mirándole en el momento en que él la había llenado, el momento en que ella le había acogido en su húmeda calidez. Había sido... nunca podría habérselo imaginado. Recordaba los senos de ella apretándose contra él con sus picos duros como balas, podía oír los latidos de su corazón incluso ahora, lentos al principio y cada vez más rápidos conforme él la penetraba una y otra vez, hasta que...

Maldijo en voz baja. Necesitaba olvidarse de aquella intensidad.

Torció la boca y se llamó de todo por salir corriendo. ¿Y qué si era el mejor sexo que había tenido nunca? Eso no significaba nada. Entonces, ¿por qué sentía como si hubiera tocado una parte de él nunca antes tocada?

Ari bloqueó esa línea de pensamiento. Él no podía sentir, era inmune a las emociones. Había comenzado a cerrarse a ellas cuando su madre había fallecido y Helen Savakis había entrado en su vida. Y, definitivamente, en su primera noche en aquel frío internado de

Inglaterra con tan sólo cinco años. Había sido la última vez que había llorado. Después sólo lloraba en sueños. Se le encogió el estómago y se repitió que él no tenía emociones.

Tal vez había percibido que Lucy sí y por eso salía corriendo. Le invadió la calma: eso debía de ser. Ella no era como las mujeres con las que él solía salir, no debía de tener tanta experiencia en cómo funcionaba aquello. Aquella mañana la había visto nerviosa e insegura... Y de pronto, él estaba de nuevo en la casilla de salida con una poderosa erección apretándose contra sus pantalones, a treinta mil pies de altura, y con la única posibilidad de alivio en suelo griego.

Tan sólo tenía que no andarse con rodeos con ella, asegurarse de que ella sabía lo que podía y no podía esperar. Y luego él la poseería de nuevo y aquellos demonios dejarían de rondarle. Sonrió cínicamente.

¿Quién habría dicho que empezaría a tener conciencia después de tantos años?

Lucy había superado la marcha abrupta y fría de Aristóteles la mañana anterior. Se autoconvenció de que había recuperado el equilibrio de nuevo. Pero si permitía que los recuerdos la asaltaran un segundo... Se tambaleó ligeramente en la calle y una amable anciana la sujetó por el brazo y le dijo algo en griego con una sonrisa. Lucy sonrió débilmente y murmuró algo en respuesta. Así que equilibrio... ¡si sólo con pensar en la noche anterior lo perdía! Se enfadó consigo misma.

Vio una taberna y se sentó con gracilidad en una silla vacía. Pidió agua mineral con gas y se abanicó con un menú, diciéndose que tal vez el calor le sentaba mal... ¿A quién quería engañar? Tenía calor, cierto, pero no debido al sol.

Y además había cierto dolor... Lucy cortó sus pensamientos. Ella no estaba herida.

Se concentró en lo que le rodeaba, la pintoresca zona de Anatiofika, una joya de la Atenas antigua en mitad de la turística Plaka, justo debajo de la Acrópolis. Había subido allí antes aunque el esfuerzo no le había ayudado a aclarar todos los nudos de su mente. Bebió un poco de agua y, con molesta precisión, su mente volvió al momento en que se había despertado el día anterior.

Se sentía tan pesada, tan aletargada, tan completa. Se había estirado perezosamente y había abierto un ojo antes de darse cuenta de que estaba desnuda y de que le dolían músculos que no sabía ni que tenía. Al instante se había puesto alerta y había visto la mirada fría y despierta de Aristóteles mientras se hacía el nudo de la corbata frente al espejo.

Ella no había necesitado preocuparse por la vergüenza de la mañana siguiente, ya que él le había informado fríamente de que tenía que marcharse urgentemente a Nueva York por una cuestión de negocios y que regresaría el domingo por la noche. Parecía como si nada hubiera sucedido.

Y entonces él se había marchado dejándola allí, traumatizada, con la única evidencia de que no había sido un sueño por los temblores y el dolor que le habían recorrido el cuerpo cuando se había movido.

Una vez a solas, la mente se ella se había refugiado en algún lugar donde pudiera entumecerse y no procesar lo sucedido, no responder las preguntas que se le amontonaban. ¿Se trataba de eso? ¿Había él tan sólo rascado la superficie? ¿Volverían las cosas a la normalidad? ¿Era él así de frío con todo el mundo? Recordó la manera en que había tratado a Augustine Archer. ¿Cómo había permitido ella que sucediera aquello con un hombre como él?, se preguntó.

Y supo que no había tenido otra opción. Él la había abrumado y su propia respuesta también. Agradecía tener aquel tiempo y espacio para procesar lo que había ocurrido.

En aquel momento un grupo de guapos jóvenes griegos pasó junto a su mesa y todos se giraron a mirar a Lucy apreciativamente. Uno de ellos incluso silbó. Recibir tanta atención, cuando no estaba acostumbrada a ella, la abrumó. Sintió una enorme timidez con sus pantalones cortos y su camiseta de escote en V. El camarero gritó algo a los jóvenes, que echaron a correr entre risas, y pidió disculpas a Lucy. Ella le aseguró sonriente que no había problema, pagó y se marchó.

Mientras se alejaba, reconoció que no le desagradaba la experiencia de que se fijaran en ella. Llevaba tanto tiempo escondida que no había tenido oportunidad de jugar con situaciones como aquélla.

Elevó el rostro al sol. Le invadía una extraña sensación de ligereza, como si por fin estuviera deshaciéndose de un peso.

También era una sensación de libertad y quiso conservarla desesperadamente. De una cosa estaba segura: si Aristóteles creía que podían retomarlo donde lo habían dejado cuando regresara, ese sentimiento de libertad tal vez desaparecería. Ella había disfrutado una vez de la experiencia, tendría que valer con eso. Sabía demasiado acerca de él, acerca de sus fríos métodos, y sabía que ella no tenía los recursos de alguien como Augustine Archer para soportarlo.

Le invadió un sentimiento enfermizo y mortificante de que él ya había tenido suficiente y odiaba admitir que esa perspectiva no le hacía ninguna ilusión.

Se encaminó hacia el hotel. Justo antes de rodear una esquina, un movimiento captó su atención. Al mirar, vio a Aristóteles apoyado contra una pared antigua con las manos en los bolsillos de sus pantalones vaqueros y una camiseta blanca dándole un aspecto indecentemente bello. Gafas de sol ocultaban sus increíbles ojos y completaban el impresionante conjunto.

Se parecía tanto a una de sus fantasías que parpadeó atónita. Él se le acercó y se detuvo frente a ella, haciendo que se le detuviera el corazón un instante y luego latiera cada vez más aceleradamente.

No era ningún espejismo.

–Has vuelto...

A pesar del agua que había bebido, tenía la boca seca como un desierto.

Ari sonrió con dureza, a pesar de lo cual ella se derritió por dentro, olvidándose de sus buenas intenciones de momentos atrás.

–He dejado Nueva York en mitad de la noche... –le informó él quitándose las gafas.

Al verle vestido de calle y con aquellos ojos tan brillantes, Lucy se sintió confusa.

–Pero tenías que trabajar...

–Lo he solucionado. Necesitaba regresar aquí.

«No debería haberme marchado», se sorprendió pensando mientras la lujuria se apoderaba de él.

Lucy contemplaba embelesada su boca, recordando la sensación sobre su piel. Un inefable calor le brotó entre las piernas. La gente que pasaba los empujó y Aristóteles la tomó del brazo y la retiró junto a la pared. Él estaba demasiado cerca, ella podía sentirle, olerle... Cielos, quería saborearle.

–Ari...

Él la besó suavemente en el cuello.

–Dilo de nuevo. Por eso he regresado –dijo él tomando su rostro entre sus manos y apretando su pelvis contra las caderas de ella.

Lucy sintió lo excitado que estaba... ¡en mitad de la calle y rodeados de gente!

–Ari...

–Estoy volviéndome loco por ti, Lucy –dijo él y la besó apasionadamente, exigiendo que le correspondiera.

Tras unos momentos embriagadores, él se separó con mirada brillante. Al verse reflejada en sus ojos, ella recuperó el sentido común y, reuniendo toda su fuerza de voluntad, empujó el pecho de él. Ari se apartó unos centímetros, con el ceño fruncido.

–No –dijo ella empezando a asustarse.

La rapidez con la que él había aparecido y le había hecho olvidar toda lógica estaba quemándola por dentro.

Él esbozó una sonrisa traviesa.

–Tienes razón, éste no es el lugar.

La agarró de la mano y tiró de ella, malinterpretando sus motivos para querer separarse. Lucy clavó los talones en el suelo e intentó soltarse, sin éxito. Él se giró hacia ella y la miró con impaciencia al ver que no se movía. La expresión rebelde de ella le produjo un escalofrío.

–Perdona, ¿te he entendido mal? ¿Tal vez quieres hacer el amor delante de los atenienses y sus familias?

–No quiero hacer el amor, punto –siseó ella, consciente de las miradas que recibían, sobre todo apreciativas de las mujeres.

Ari la sujetó más fuerte de la mano y ella, con gran reticencia, se dejó atraer por él.

–Si esto tiene que ver con la manera en que me marché... –comenzó.

Lucy soltó una carcajada seca que ocultó el dolor y la ira por lo fácilmente que se había rendido a su encanto la noche anterior. Y al tenerle delante le deseaba todavía más.

–Por supuesto que no. Sé muy bien cómo te comportas... Supongo que me merecía al menos un ramo de flores. Después de todo, ¿no es eso lo que les das a todas tus aventuras de una noche?

Él se quedó inmóvil, mirándola, con una expresión cada vez más dura en su rostro.

–Convirtamos esto en algo más que una aventura de una noche y obtendrás una joya de valor incalculable. ¿Eso es lo quieres, Lucy?

Él miró alrededor unos instantes y localizó algo que Lucy no vio. Agarrándola fuertemente de la mano, comenzó a tirar de ella de nuevo. Ella sintió un escalofrío. Él había parecido dispuesto a atacarla.

–¿Y si cubrimos ya todas las bases? De esa manera no tendremos dudas acerca de dónde estamos porque, para serte sincero, no creo que me quede satisfecho solamente con dos noches.

–¿Cómo?

Ari se detuvo bruscamente en un puesto de flores y escogió el ramo más grande. Luego, para horror de Lucy y alegría del dependiente, se lo entregó con una reverencia burlona.

Ella lo aceptó porque no podía no hacerlo. Ari pagó al exultante dependiente y volvió a tirar de ella. El ramo era voluminoso y pesado. Lucy intentó que Ari le prestara atención, pero él la guió por un laberinto de pequeñas calles hasta llegar a una encantadora plaza con tiendas de diseñadores famosos.

Sin detenerse, Ari la hizo entrar en una famosa joyería donde le reconocieron al instante y las dependientas sonrieron imaginando su comisión de ventas. Lucy intentó soltarse, sin éxito. Él la llevó junto a uno de los mostradores y la miró amorosamente... salvo que sólo ella vio el brillo de acero de su mirada.

–Me gustaría comprarle algo a esta bella mujer –anunció sonriendo a la dependienta–. Aunque seguro que coincide conmigo en que nada de esta tienda podría rivalizar con su belleza.

La dependienta carraspeó y miró a Lucy de arriba a abajo, quien se encogió por dentro tras aquel altanero escrutinio y odió a Ari más que nunca al oír aquellas palabras manidas.

Decidido a demostrar algo, él la fue llevando de mostrador en mostrador obligándola a examinar carísimas pulseras, collares, pendientes y broches. Ella intentó soltarse varias veces, pero él la ignoró.

Aristóteles sentía una emoción oscura y alterada que le pesaba en el pecho. ¿Por qué a ella no se le había iluminado el rostro al entrar allí? ¿Por qué él había sentido aquel vacío cuando había creído que ella era igual que el resto de las mujeres? ¿Y por qué se contradecía ella ahora, insistiendo en marcharse? Ella le confundía.

–Ari, por favor, marchémonos. No quiero nada de aquí.

–No vamos a marcharnos hasta que no escojas algo, Lucy. Deja de jugar a la inocente conmigo, no funciona –dijo él sin saber de qué otra manera salir de la situación.

A Lucy se le encogió el estómago ante su mirada cínica. De pronto, el enfado se disipó y en su lugar surgió tristeza. Lucy apartó la mirada y contempló la multitud de joyas expuestas. Detestaba todo aquello, pero sabía que él había hablado en serio: no se marcharían hasta que ella no escogiera algo.

Tiró de su mano y, por primera vez, él la soltó. Con los ojos llenos de lágrimas, buscó hasta que algo le llamó la atención, relegado a la parte de atrás de una de las vitrinas. Era un collar tan sencillo que la dejó sin aliento: una mariposa con diamantes en las alas y tres delicados hilos de plata a cada lado del cierre.

–Me gusta eso –dijo señalándolo con un dedo tembloroso.

La dependienta no ocultó su desagrado.

–Es una bonita pieza... si le gusta algo sutil. Y el diseñador es local. ¿Realmente...?

–¿Menos de mil euros? No lo creo... –oyó Lucy a su espalda, cáustico, y de pronto Ari le habló al oído–: Quiero más que dos noches contigo, Lucy, *mu*, así que creo que vales mucho más que eso...

Y, antes de que ella se diera cuenta, él había escogido un opulento collar de zafiros y diamantes y la dependienta estaba envolviéndoselo antes de que cambiaran de idea.

Una vez fuera de la tienda, Lucy se soltó furiosa, pero él la agarró de nuevo. Cerró los ojos y, para horror suyo, sintió que se le llenaban de lágrimas. Una le resbaló por la mejilla. Advirtió que él se detenía tenso. Seguro que estaba enfadado.

–Lucy... –dijo él sujetándola por los brazos, delgados y frágiles bajo sus manos.

Vio la lágrima deslizándose por la mejilla de perla de ella y se maldijo en silencio, sintiéndose como un canalla aunque no sabía por qué. ¡Acababa de gastarse una fortuna en ella! Y, según su experiencia, el dinero suponía una mujer contenta. Se sentía en terreno desconocido, nunca habría imaginado una reacción así. Ella estaba deshecha.

Viéndola sujetar todavía el maldito ramo de flores, Ari lo agarró y se lo entregó a una mujer que pasaba a su lado. No reparó en su alegre sorpresa, sólo tenía ojos para Lucy. Sus mejillas estaban bañadas en lágrimas. Él estaba acostumbrado a las escenas femeninas, pero aquélla era diferente. Ella no gritaba y era obvio que detestaba estar llorando.

–Lucy... –dijo él enjugándole las lagrimas con una mano.

Ella pareció revivir y le apartó la mano. Por fin abrió los ojos y, al ver la hondura de su mirada, él quiso abrazarla. Pero todo en ella gritaba que no se le acercara.

–Nunca me había sentido tan humillada... –confesó Lucy con voz ronca.

Ari se pasó la mano por el cabello. Quiso regresar al momento en que la había visto en la calle y comenzar de nuevo. Pero cuando ella se había separado y le había dicho lo de las flores, él había perdido toda perspectiva. Tenía algo que ver con la referencia a las otras mujeres. Aquello era igual, ¿verdad?

Lucy no podía mirar a Ari. Se soltó y se encaminó al hotel; podía verlo no muy lejos. Cuando sintió que él la agarraba de nuevo, se detuvo en seco e inspiró hondo antes de girarse.

–Mira...

–No, mira tú –le imperó él.

Eso hizo ella, invadida de intensas emociones. Nunca se había sentido tan vulnerable, como si le hubieran arrancado cada uno de sus temores de niña y los estuvieran mostrando abiertamente.

–Aquellas mujeres en Londres, las flores... no eran aventuras de una noche. Eran patéticos intentos de negar tu efecto sobre mí y mantener las apariencias –confesó él con una mueca–. Acordé con Parnassus que eso ayudaría a distraer a la gente para que no descubrieran la fusión.

Lucy no entendía nada.

–Siento haberte dejado tan bruscamente la otra mañana. Siento lo de las flores y siento haberte metido en la joyería y haberte obligado a escoger algo que no querías.

Ari seguía sin comprender la reacción de ella, ni por qué él estaba dándole explicaciones cuando nunca lo había hecho con nadie. Pero deseaba a Lucy más de lo que deseaba comprender en aquel momento...

«¡No seas amable! No lo soporto», pensó ella con ganas de llorar de nuevo.

Frunció los labios aunque la ira se le despejó de manera espectacular. ¿Él no se había acostado con todas aquellas mujeres? Se sentía temblorosa y vulnerable.

–Tu comportamiento ha sido imperdonable. Gastarte esa cantidad de dinero sólo para dejar clara tu postura es repugnante.

La expresión de él se tensó.

–¿Qué quieres que haga con esto? –inquirió señalando la bolsa

de la joyería.

Aquella rápida respuesta descolocó a Lucy. El Ari que ella creía conocer estaba transformándose completamente.

–Sería agradable dárselo a alguien que realmente lo apreciara...

Miró alrededor. Delante de la joyería, una joven pareja claramente enamorada contemplaba con nostalgia el escaparate.

Ari vio a Lucy apretar la mandíbula y siguió su mirada. Se acercó a la pareja. Lucy los vio hablar y cómo Ari la señalaba con sonrisa atribulada y les entregaba la bolsa. La pareja se quedó desconcertada cuando Ari regresó junto a Lucy y la tomó de la mano de nuevo.

–¿Ya estás satisfecha?

Ella asintió embobada. No podía creérselo.

–¿Cuánto costaba?

Al oírlo, palideció.

–Eso les permitirá comprarse una buena alianza... o tres.

Le pareció que la tierra se movía al darse cuenta de que estaba viendo una parte completamente desconocida de Ari. Temía haberse metido en la boca del lobo y que él fuera a morderle en cualquier momento...

A mediados de la semana siguiente, Lucy estaba más borracha de lo que se había sentido nunca, y sin haber tomado una gota de alcohol. Se encontraba en la mansión de Parnassus esperando a que Ari saliera de una reunión privada.

No podía dejar de pensar en la anterior tarde de domingo. Cuando habían regresado al hotel, la certeza de lo inevitable había vibrado entre ellos, intensificándose cuanto más se acercaban a la habitación de ella. Una vez dentro, como para intentar salvarse de las llamas, Lucy había dicho con un hilo de voz:

–Espera... ¿Qué somos? ¿Qué es esto?

Ari se había apoyado en la puerta, sobre sus manos, con sus caderas moldeadas por los vaqueros ajustados, haciéndola quedarse sin aliento.

–Somos dos adultos libres explorando una poderosa atracción mutua y esto es... la segunda vez que hacemos el amor.

La pasión la había envuelto. Había visto que él se le acercaba y había extendido una mano como para detenerle, pero él se había quitado la camiseta con despreocupación.

Ella había tragado saliva.

–¿Y qué sucede con que... trabajamos juntos? ¿Cómo vamos a conciliarlo?

Él la había abrazado fuertemente y a ella, al notar su poderosa erección, le habían temblado las piernas.

–Así es como vamos a hacerlo –le susurró él en la comisura de la boca.

Las cosas se habían precipitado rápidamente. Se habían arrancado la ropa, habían llegado tambaleándose hasta la cama y Lucy se había tumbado en ella en sujetador. Había observado a Ari bajarse los pantalones y los calzoncillos en un solo movimiento. Le había contemplado en su gloriosa y bronceada gloria y se había dado cuenta de que, desde el día en que se había apretujado contra él en el ascensor, aquella escena había estado escondida entre sus fantasías más profundas. Una fantasía que no hubiera admitido si él no la hubiera deseado.

¿Por eso ella estaba tan loca por él desde el principio? Ese descubrimiento le aceleró el pulso de nuevo, incluso sentada de lo más formal con la asistente de Parnassus a unos pocos metros.

Las imágenes siguieron asaltándola. Ari se había acercado a ella como un dios moreno, le había entreabierto las piernas y se había colocado sobre ella. Después de mirarla durante un intenso momento, había liberado sus senos del sujetador. Ella se había arqueado para que la acariciara con su boca, pero él había sonreí do travieso mientras se contenía, con la frente empapada en sudor. La había mirado con un deseo tan intenso que ella se había asustado pensando que aquello debía de ser un sueño.

–¿Cómo puedes... encontrarme atractiva? –había preguntado con voz ronca–. Yo no soy como... Soy demasiado grande, demasiado voluptuosa.

–Eres perfecta –le había asegurado él quitándole los pantalones.

Luego él se había erguido, gloriosamente erecto, haciéndole sentir como si ella fuera la única mujer para él. Entonces se le había tumbado encima, le había hecho levantar las manos sobre la cabeza, elevando sus senos, y le había susurrado al oído:

–Tú encarnas mi fantasía del cuerpo femenino ideal. No lo sabía hasta que te vi y ahora ya no existe otra cosa.

Lucy se había quedado sin aliento.

–¿Lo dices en serio?

En respuesta, Ari había comenzado a succionarle el pezón hasta

hacerla arquearse descontrolada. Luego la había soltado unos instantes mientras se protegía y la había capturado de nuevo. A ella se le habían movido las caderas con vida propia.

Por fin, él la había penetrado, centímetro a centímetro y, cuando ya no podía avanzar más, la había besado profundamente y le había dicho en voz casi inaudible:

–Sí, lo digo en serio.

Y entonces, con acometidas lentas y profundas que iban componiendo un asombroso crescendo...

La puerta delante de Lucy se abrió de pronto y ella se levantó de un salto con las mejillas encendidas y jadeando como si hubiera corrido un maratón.

Vio a Ari sonreír burlón como si supiera exactamente en lo que había estado pensando y se ruborizó aún más. Le vio acercarse y tomar la carpeta que ella sujetaba, acariciándole los dedos más allá de lo profesional y disparándole el pulso.

Lucy casi gritó de placer y él le dijo en voz baja:

–Que Helios traiga el coche. Estaremos fuera de aquí en menos de diez minutos... Le diré a Parnassus que puedo trabajar desde mi despacho el resto de la tarde.

Lucy asintió, incapaz de nada más y mucho menos de trabajar. Estaba distraída y más eufórica que nunca. Y en aquel momento no tenía fuerzas ni ganas para resistirse a aquel hombre.

–Nos han invitado a cenar a casa de mi padre el viernes por la noche.

–Querrás decir que te han invitado a ti –puntualizó Lucy estremeciéndose.

Estaba segura de que Helen Levakis no contaba con ella.

Se hallaban cenando solos en la suite de ella. Ari negó con la cabeza y se maravilló ante la mujer que tenía delante. Estaba muy hermosa sólo con el albornoz que dejaba al descubierto su escote, el cabello oscuro cayéndole sobre los hombros y nada de maquillaje. Cuando pensaba cómo apenas habían llegado a la oficina la tarde anterior... Detuvo su mente desbocada. Era demasiado susceptible a aquella mujer. Y, preocupantemente, no sentía ni complacencia ni triunfo por haberse acostado con ella. Si acaso, lo que sentía era un creciente apetito. No quiso ahondar en que no era su relación habitual con las mujeres. Lucy era diferente. Y, de momento, le

encantaba esa novedad.

Se la sentó en el regazo y la besó.

–Donde yo voy, tú vienes.

Lucy aceptó el beso con ciertas expectativas que le hacían sentirse culpable. Daba igual que estuvieran pasando tiempo juntos. Ari seguía siendo tan abierto como un libro cerrado más allá de la conversación general, así que la idea de conocerle mejor era embriagadora.

Cuando él ahondó en su beso, se tumbó con ella en la cama y le dijo lo hermosa y deseable que era, ella bloqueó convenientemente las voces clamorosas que le advertían que tuviera cuidado, que fuera fuerte y que no se dejara seducir fácilmente. Y sobre todo, que no se enamorara.

El viernes por la noche, Lucy estaba sentada muy tiesa en el salón principal de la opulenta casa Levakis. Iba a ser una de las noches más incómodas de su vida. Desde el momento en el que había llegado, del brazo de Ari, había quedado patente que no era bien recibida. Ella había elevado la cabeza y había agradecido al universo su caótica pero cara educación: cada vez que Helen había intentado ponerla en evidencia, ella había sabido responder con elegancia. Helen incluso había hablado un rato en francés y casi se le habían salido los ojos de las cuencas cuando Lucy había contestado con fluidez.

Por una vez, Lucy se sintió orgullosa del legado de su madre.

Ari se encontraba en el otro extremo de la habitación, hablando con la misma rubia del evento de la primera semana. Lucy intentó ignorar sus celos y se tensó aún más cuando vio a Anatolios, el hermanastro de Ari, acercándosele.

El hombre se sentó demasiado cerca para su comodidad, evidentemente borracho, y ella se levantó sonriendo débilmente. Al comprobar que él la seguía se sintió muy vulnerable.

–Ella es muy guapa, ¿verdad? –preguntó Anatolios.

–No sé a qué se refiere –dijo Lucy ruborizándose y mirándolo con recelo.

No debía de superar los veintitrés años, igual que ella. Lucy esperó que su rostro no reflejara el asco que le daba.

Él esbozó una sonrisa sórdida y, de pronto, deslizó su dedo por el brazo desnudo de Lucy. Ella dio un respingo, pero no pudo

apartarse, estaba acorralada.

–Se llama Pia Kyriapoulos. Solía ser una modelo famosa y ahora es una rica divorciada y está buscando nuevo esposo.

Lucy tragó saliva trabajosamente y los miró, hacían una formidable pareja juntos. En aquel momento, Aristóteles clavó su mirada en Lucy quien, sintiéndose desacostumbradamente expuesta, sonrió radiante y miró a Anatolios como si hubiera dicho algo muy gracioso. Y, cuando Ari ya no la miraba, apartó su brazo de Anatolios, que la fulminó con la mirada.

Justo entonces, Helen se dirigió a Ari quien, tras unos momentos de duda, la siguió con el rostro tenso. Lucy escapó diciendo que necesitaba ir al servicio.

«Donde yo voy, tú vienes», recordó que había dicho él. Sería así hasta que otra mujer disponible y mucho más guapa apareciera, se dijo sombría.

Volvía del aseo cuando pasó por delante de una puerta entreabierta y oyó gritos. Eran Ari y Helen. Sin ser consciente de lo que hacía, se acercó y oyó a Ari decir:

–Nunca me casaré con ella, es completamente inadecuada. ¿Y no te parece que es un poco tarde para fingir que te preocupas?

Capítulo 8

A LUCY se le heló el corazón en el pecho al oír aquellas palabras. ¿Helen temía que la relación entre Ari y ella fuera algo más que una aventura? Se tapó la boca con la mano para no gritar: Ari se lo había dejado muy claro.

Helen dijo algo incomprensible y Ari contestó. Lucy sólo captó parte de la frase:

–... inútil gasto en un hermano...

Hubo un extraño silencio y se oyó un bofetón. Con la certeza de que no había sido Ari, y movida por la adrenalina de un puro instinto animal, Lucy abrió la puerta y entró como una bala a por Helen, quien aún tenía la mano levantada y los ojos echando chispas.

Lucy no advirtió las miradas atónitas de ambos. Sólo vio la postura erguida de Ari, la huella de la mano en su mejilla y el hilo de sangre en la comisura de su boca. Se enfureció y, por primera vez en su vida, se planteó golpear a otra persona. Tan sólo la rápida reacción de Ari, reteniéndola junto a él, la detuvo.

–Vaya, vaya, si es la pequeña secretaria al rescate de su novio –se burló Helen con una sonrisa cruel–. O tal vez no debería decir pequeña.

Lucy intentó soltarse pero Ari la sujetó.

–Déjala, Lucy. Ella no dudaría en devolverte el golpe –le advirtió y se giró hacia la mujer–. Después de todo, nunca tuviste reparos en golpear a un niño de cinco años, ¿verdad, Helen?

La mujer lo miró iracunda. Súbitamente, Ari se dio la vuelta con Lucy de la mano y a los pocos minutos se marchaban de allí en el coche.

Lucy aún estaba temblando, mezcla de enfado y sorpresa. Miró a Ari, que tenía la vista clavada en la ventana. Al ver su boca se le encogió el corazón.

–Estás sangrando...

Él se giró hacia ella con una mirada aterradora y una sonrisa mordaz.

–¿Quieres besarme para que se mejore, Lucy? –dijo, sacando un pañuelo y secándose la herida.

Abrumada por una emoción que no sabía nombrar, Lucy posó su mano en la mejilla de él, aún caliente.

–¿Cómo pudo pegarte siendo tan pequeño?

A Ari le invadió una ola de emoción tan poderosa que se estremeció. Aquella mano era como un bálsamo calmante en su mejilla. Y su mirada... Nadie había salido nunca en su defensa de manera tan incondicional. Él había percibido su furia al sujetarla y no dudaba de que, de no haberlo hecho, Lucy se habría abalanzado sobre Helen. Era una sensación cataclísmica.

Pero no iba a dejarse superar por ella. Todo el mundo quería algo de él, especialmente las mujeres. Lucy tan sólo estaba aprovechándose de un momento vulnerable.

Apartó la mano de ella y la fulminó con la mirada.

–Me pegó con mucha facilidad –mascullό–. Yo era un objetivo fácil entonces.

Le sujetaba la muñeca con mucha fuerza, pero ella no dijo nada.

–No me tengas pena, Lucy Proctor. No necesito la pena de nadie.

Lo dijo con tal orgullo que Lucy casi se echó a llorar. Sacudió la cabeza, recuperó su brazo y se frotó la muñeca. Al verlo, él suspiró sin poder ocultar su enfado.

Lucy desvió la mirada un largo momento. Recordó lo que había pasado antes de ir al baño y las palabras que había oído a escondidas. ¿Qué hacía ella soñando con un hombre que no necesitaba a nadie y estaba pasando el rato hasta que llegara la siguiente mujer?

–No pretendía... tan sólo pasaba y la oí.

–¿Cómo has sabido que no era yo quien la había pegado a ella? –inquirió él sardónico.

–Porque tú no harías algo así –le aseguró ella tajante.

A él se le encogió el estómago. Era más duro no tocarla que tocarla y arriesgarse a que la emoción le superara, así que sentó a Lucy en su regazo. Una inusual paz se apoderó de él. Pero ella seguía tensa.

–Relájate, Lucy, *mu* –dijo haciendo que lo mirara.

–Te he visto con esa mujer –comentó ella desafiante–. No pienso ser una sustituta. Si prefieres estar con ella, regresa allí, por favor.

Había sido un error ir a aquella casa en primer lugar, reconoció él estremeciéndose. Odiaba el hecho de que, después de tantos años, seguía ansiando algo que no había experimentado nunca: armonía. Pero apartó esos pensamientos de su mente y se concentró en la

mujer de su regazo y en el presente.

Sacudió la cabeza asombrado de que Lucy no supiera que, mientras había estado hablando con Pia lo único que había deseado era regresar a su lado. Y entonces recordó a Anatolios casi encima de ella y ella riendo...

–Mi hermanastro y tú también parecíais muy sonrientes... ¿Seguro que no eres tú quien quiere regresar a la casa?

Lucy no pudo reprimir la ola de repugnancia.

–No. Sólo estábamos hablando.

Ari sintió un gran alivio. Besó el hombro desnudo de ella y la vio estremecerse de deseo.

–Entonces, créeme: yo tampoco tengo ningunas ganas de volver a aquella casa. Pia Kyriapoulos sólo busca a su siguiente protector adinerado. Creía que podía ser yo, pero esta tarde le he dejado muy claro que no tengo ningún interés en ello. Y además... ella no tiene este efecto sobre mí –dijo travieso, acercándole la mano a su flagrante erección.

Ahogó un gemido cuando ella lo acarició con la mano y se le ocurrió una idea.

–Cuando regresemos al hotel, haz la maleta para el fin de semana. Vamos a salir de Atenas...

A la mañana siguiente Lucy se despertó sola en una cama extraña, pero estaba tan aletargada y saciada que no le preocupó. No se oía nada más que el sonido de las olas cerca.

La noche anterior había sido bastante abrumadora para ella. Habían llegado a la isla de Paros en helicóptero y Ari había conducido un Jeep hasta aquella casa.

Abrió los ojos, se puso una camiseta y se acercó al diminuto balcón abierto por el que entraban la cálida brisa y el aroma del mar. Las vistas del mar Egeo con sus otras islas bajo el luminoso cielo eran tan bellas que no se lo creía.

La modesta casita estaba casi suspendida de la roca junto a otras similares. Lucy frunció el ceño. Conocía las residencias de Ari por todo el mundo, sabía que poseía una lujosa mansión en Santorini, pero nunca había oído hablar de aquella casita. Miró alrededor. Era mucho más humilde de lo que ella habría esperado de él. Y también más intrigante.

Oyó un sonido tras ella y al girarse vio a Ari atravesando la

puerta con un sabroso desayuno. Llevaba pantalones bermudas y una camiseta usada, y parecía increíblemente joven y guapo, nada que ver con el multimillonario orgulloso y arrogante. Lucy respiró entrecortadamente al recordar cómo él la había desnudado la noche anterior y elevado al cielo y de vuelta en la sencilla cama doble.

Él la saludó con un largo beso y esparció sobre una antigua mesa de bronce el jugoso desayuno que incluía dos copas de fragante café.

–¿Se te ha comido la lengua el gato? –preguntó él alegremente cuando se sentaron a comer y Lucy no había abierto la boca.

Ella sacudió la cabeza e intentó transmitirle lo que estaba pensando y sintiendo.

–Esto es tan hermoso que no sé por dónde empezar a describirlo... –dijo y le miró–. Esta casa me encanta, pero no figura en la lista de tus propiedades.

Ari apretó la mandíbula y contempló el mar. Muchas mujeres habrían despreciado aquella casita, pero Lucy era diferente.

–La he mantenido en secreto deliberadamente. Es la casa donde creció mi madre.

Lucy sintió un muro alzándose entre ellos. Claramente, él no iba a añadir nada más. Ella creyó necesario insistir:

–Estoy muy contenta de que me hayas traído aquí. De veras.

Tras un largo día bajo el sol, explorando las playas de la isla y comiendo un picnic básico, bebiendo vino espumoso a la sombra en una playa desierta, haciendo el amor hasta que ya no podían más, Ari no podía dejar de pensar en las palabras de Lucy de aquella mañana. Ella había parecido sincera cuando había dicho que le gustaba la humilde casa. Contuvo la urgencia de preguntarle si lo había dicho en serio porque odiaba lo mucho que le importaba que así fuera.

Tras pasear por las viejas calles natales de su madre, Ari se recostó en su asiento en la pequeña taberna en la que habían parado a tomar algo y a Lucy se le encogió el estómago ante su expresión.

–¿Qué ocurre? ¿Tengo algo en la cara?

Él negó con la cabeza y sonrió, volviéndola loca. Tiempo atrás, le había creído incapaz de sonreír... La parte más suave y juvenil de aquel hombre era muy atractiva.

–Sólo un montón de pecas. ¿Quién habría dicho que te saldrían tan fácilmente? –dijo él y vio que ella fruncía el ceño–. Son bonitas.

–Desgraciadamente no todos nos tostamos con el sol –dijo ella intentando contenerse frente al cuerpo apolíneo de él.

–Deja de devorarme con los ojos o te llevaré de nuevo a la cama, Lucy Proctor. Ella le miró a los ojos y se ruborizó. Él la tomó de la mano.

–Es asombroso que te sonrojes cuando eres tan increíblemente sensual, usas una ropa interior tan deliciosa y tienes un cuerpo que haría sombra al de la propia Venus de Milo.

Ella gimió.

–Nada de eso… Basta –le rogó mirando alrededor por si alguien los había oído.

Él soltó una carcajada.

–Ya lo creo. ¿Cómo es que tienes estos dos lados tan diferentes? ¿Y por qué te opusiste a acostarte conmigo? ¿Acaso era un juego?

La voz de él se había vuelto más dura, sujetaba su mano con más fuerza y Lucy le miró y se puso nerviosa. De pronto le resultó crucial ser sincera con él.

–¿Y cómo es que hablas por lo menos dos idiomas con fluidez y puedes mantenerte a flote junto a la gente más esnob de Atenas?

Lucy se quedó callada un largo rato. Contempló el mar y las barcas de pescadores. Y por fin dijo altivamente:

–Mi madre era una de las más celebradas artistas de *burlesque* del mundo.

Y, antes de darse cuenta, estaba contándoselo todo y él estaba escuchándola más atento de lo que ella le había visto nunca. Le relató sus vivencias en París y antes en Río de Janeiro, Nueva York, Londres… Los colegios siempre cambiantes, la naturaleza nómada de sus vidas.

–Su nombre auténtico es Mabel Proctor, pero se lo cambió por Maxine Malbec.

–¿Te refieres a «la» Maxine Malbec? –inquirió él frunciendo el ceño.

Lucy asintió con cierto temor. ¿Él iba a juzgarla o, peor aún, juzgar a su madre? Hizo ademán de retirar la mano, pero él la agarró con fuerza.

–Lucy, es una historia increíble… Ya decía yo que la foto que vi en tu piso me resultaba familiar.

–Eso es lo que me temía –señaló ella tímidamente–. Y no es una

historia, es mi vida. Tener a una madre tan abiertamente sexual me hizo alejarme de esa parte de mí, me temo. También por eso tengo aversión a las joyas caras, la bisutería... Mi madre se dejó engatusar por tantos hombres ricos en su vida... Mi padre era uno de esos hombres, casado y con familia. No quiso reconocerme.

Enmudeció. Estaba perpleja ante lo mucho que había revelado de sí misma en tan poco tiempo. No comentó lo precaria que había sido su vida hasta que había crecido y tomado el control de su vida y la de su madre. Tampoco le habló del miedo que todavía le daba depender de un hombre, ni de cómo el rechazo de su padre le había generado una inseguridad de la cual estaba empezando a deshacerse.

–Tú has desarrollado su sensualidad, pero eso es todo –le tranquilizó él–. Ella parece una mujer maravillosa. Debió de haber sido muy duro criar sola a una hija.

Su fácil y rápida comprensión llegó muy hondo a Lucy. Asintió.

–Fue... es una mujer maravillosa.

–¿Todavía está viva? –preguntó él frunciendo el ceño.

–Sí, pero... –respondió y le habló de su enfermedad de Alzheimer y de la residencia donde vivía.

–Debe de ser duro verla tan... cambiada.

Ella asintió, temiendo echarse a llorar.

–Lo es.

Afortunadamente, él no insistió más. Pagó la cuenta discretamente y la condujo por las tranquilas calles hasta la humilde casita.

Algunas horas después, Ari estaba tumbado boca arriba con Lucy entre sus brazos, desnuda y dormida plácidamente sobre su pecho. Aunque él acababa de saciarse, el roce de sus senos le hizo endurecerse de nuevo. Ahogó un gemido.

Por primera vez en su vida, se había metido en una situación donde no podía simplemente levantarse y dejar atrás a una mujer. Y por primera vez eso no estaba causándole la habitual sensación de claustrofobia.

La noche siguiente, mientras Ari se duchaba en el piso de abajo, Lucy terminó de vestirse.

Le encantaba aquella casa. Se acercó al balcón alisándose su vestido granate. Se sentía más libre que en mucho tiempo. Había

hablado con la residencia de su madre y le habían asegurado que todo iba bien. Gran alivio.

Oyó un sonido y se giró. Ari, ataviado sólo con una toalla rodeándole las caderas, la miraba travieso. Con un movimiento rápido se la quitó. Lucy se encendió.

–Ven aquí –dijo él.

Lucy intentó resistirse a aquella sensación de ardiente locura.

–¿Alguna vez te han dicho lo arrogante y autoritario que eres? –bromeó acercándose con piernas temblorosas.

Él negó con la cabeza y la atrajo hacia sí. Le subió el vestido y le bajó las bragas. Lucy se estremeció de excitación.

–Sólo tú pareces tener el valor para decirme estas cosas… –gruñó él enfadado en broma.

Y luego dejaron de hablar durante un largo momento.

Mucho después, cuando la luna se había elevado y las estrellas habían salido, fueron a cenar. Desde la lejanía de la taberna se oían voces y risas. Cuando entraron, un hombre muy grande se les acercó y besó a Ari ruidosamente en las mejillas. Él le presentó a Lucy y sintió un increíble alivio. Había echado de menos aquello. Londres, la fusión, Atenas y Helen parecían a años luz de aquel momento.

Una intensa emoción comenzó a embargarle, amenazando con tragárselo entero. Por eso él no había regresado antes.

Se concentró en Lucy y sus curvas para distraerse de aquellos sórdidos pensamientos. Tras presentársela a los amigos de su madre y familiares lejanos, se sentaron a una mesa y les sirvieron un auténtico festín en su honor.

Ari miró a Lucy con ojos entrecerrados. Y pensar que unas horas antes le había quitado aquel vestido rojo… Su cuerpo reaccionó de nuevo. Ella captó el brillo de su mirada y se cruzó de brazos elevando sus senos.

–¿Ves algo que te guste?

–Bruja. Te daré tu merecido por esto –respondió él aún más encendido.

Se miraron el uno al otro, olvidándose de todo lo demás, hasta que Costas, el dueño del local, llegó riendo y se llevó a Ari para bailar una hipnótica danza griega.

Lucy les observó fascinada. Ari parecía aún más masculino. Los

presentes fueron uniéndose al corro y de pronto él fue a buscarla y ella se encontró riendo mientras intentaba aprender los pasos. Con los últimos acordes de la música, se dejó caer en brazos en Ari.

Algo potente y silencioso vibraba entre ellos. Sin mediar palabra, salieron de allí. Apenas habían cerrado la puerta de la casita cuando sus bocas se fundieron y sus manos buscaron la piel del otro. Ni siquiera llegaron a subir las escaleras. Ari la poseyó allí mismo, apasionadamente.

Mucho después, tras haber hecho el amor de nuevo en la cama, Lucy se despertó por un extraño sonido. Estaba acurrucada sobre el cuerpo de Ari. Irguió la cabeza y vio que él se tapaba el rostro con un brazo. Respiraba rápido y entrecortado y hablaba en griego.

Lucy le apartó el brazo y vio su rostro bañado en lágrimas. Se le partió el corazón.

Él se despertó y clavó su mirada en ella, alerta.

–Estabas...

Iba a decir «llorando», pero instintivamente se contuvo.

–... teniendo una pesadilla. Sonabas triste.

El rostro de él se volvió tan frío que ella se estremeció. Súbitamente él se levantó de la cama y se acercó al balcón, donde contempló el ancho mar. Estaba desnudo y muy tenso.

Lucy respiró hondo unos instantes, se puso una camiseta y fue a su lado. Él agarraba tan fuerte la barandilla que tenía los nudillos blancos. Instintivamente, posó su mano sobre la de él y le vio dar un respingo como sorprendido por su presencia. Miró su rostro, tremendamente serio, y supo que aquel hombre no tenía nada que ver con el magnate mujeriego que ella había creído en primera instancia.

No dijo nada, sólo mantuvo su mano sobre la de él. Tras un largo momento, él comentó con un hilo de voz:

–Recuerdo vivir en esta casa con mi madre y mi padre antes de que ella muriera. La abuela vivía todavía... Éramos felices, muy felices.

Lucy escuchaba atentamente.

–Mi padre conoció a mi madre una vez que vino de visita con sus amigos. Eran los típicos atenienses ricos y arrogantes... pero después de conocerla, en un mes se la había llevado a Atenas para casarse con ella.

–Debió de quererla mucho.

Ari la miró tenso.

–¿Quererla mucho, cuando tras su muerte apenas esperó un año antes de volver a casarse? –cuestionó él–. Mi padre me dejó aquí con mi abuela, y la siguiente vez que le vi ya estaba con Helen Savakis, su nueva esposa. Ella le convenció para que me enviara al internado y así quitarme de en medio mientras ella tenía su propio hijo y lo criaba para ser el heredero de mi padre.

Lucy estaba abrumada ante la sangre fría de Helen.

–¿Pero tu padre no te dejó todo a ti?

Ari asintió con la vista clavada en el mar.

–Por eso Anatolios me odia y Helen me desprecia más que cuando era un niño. Odia tener que necesitarme por su seguridad. Odia que yo no viva en Atenas, donde ella podría buscarme una esposa de su elección para controlarme más...

Lucy hizo una mueca al oírle mencionar el matrimonio y recordó la cáustica respuesta de él a Helen dando a entender que no había nada serio entre ellos dos. Pero se obligó a no pensar en ello.

–Debió de ser muy duro para tu padre dejarte atrás... Tal vez por eso se casó tan pronto de nuevo...

Ari se giró y la miró con cinismo.

–Por favor, no intentes soltarme un discurso. Ese tema está zanjado... Y tú llevas demasiada ropa encima.

La tomó en brazos con tal intensidad que ella se asustó. Instintivamente, se agarró a los hombros de él. Y entonces sucedió algo: la cualidad de la intensidad cambió. Lucy vio una mezcla de deseo y cierta confusión en aquellos ojos verdes y percibió la necesidad de él de diluir la emoción que acababa de revelar a través de lo físico. Lo besó en la boca. Lo sintió temblar y, al abrazarle por el cuello y ahondar el beso, él respondió: la tumbó en la cama con una suavidad que no sentía unos segundos antes, la cubrió con su cuerpo y, cuando ella acercó una mano a su rostro, la besó en la palma. Ella sintió temor de nuevo, pero diferente: en aquel momento supo que se había enamorado de aquel hombre complejo y orgulloso que ofrecía una cara al resto del mundo y otra junto a ella.

Cuando Lucy se despertó la mañana siguiente, no le sorprendió ver a Ari vestido y sentado en la terraza. Gafas oscuras ocultaban sus increíbles ojos. La dureza de su rostro le indicó que el nido sensual en el que habían habitado la noche anterior había

desaparecido. Él había sido implacable en la búsqueda de su placer común la noche anterior, sorprendiéndola con la profunda pasión que le había generado, casi arrancándole las lágrimas.

En aquel momento él se levantó de la silla y anunció fríamente:

–Debemos regresar a Atenas. Tenemos mucho trabajo que hacer esta semana.

Fue como si la hubiera abofeteado. Lucy se quedó helada. Vuelta al trabajo, al jefe-asistente. Sintió tal intensa vulnerabilidad que casi se mareó.

–Por supuesto –farfulló ella.

En realidad quiso decirle: «Yo nunca pedí esto y menos aún esperé que me trajeras a este idílico paraíso donde no podrías contener tus emociones». Pero se contuvo.

Una vez en la ducha, se le encogió el estómago. De pronto comprendía por qué él la había llevado allí: no había paparazis que pudieran sorprenderlos, nadie le conocía aparte de los isleños… y ella no tendría ocasión de formarse ninguna expectativa.

Llamaron a la puerta y ella dio un brinco.

–El helicóptero nos está esperando. En cuanto estés lista nos iremos.

–De acuerdo –dijo ella intentando controlar su corazón desbocado y sus crecientes náuseas.

Era evidente que él lamentaba haberla llevado allí y quería sacarla cuanto antes. Pues sería ella quien se distanciaría. No podía seguir así. Aquello no era más que un recordatorio de lo que podía esperar de la relación: nada más que un corazón roto.

* * *

Aquella noche, al regresar al hotel desde la oficina de Ari en Atenas, salieron del ascensor y él la tomó del brazo. Ella reunió todas sus fuerzas y se soltó. Cuando llegaron a la puerta de su habitación, ella le miró.

–Estoy cansada, me voy a la cama.

–No es mala idea –susurró él.

–Sola. Como tú has dicho antes, tenemos una semana terrible. Y estoy cansada.

Ari la miró y aumentó el nudo de frustración que le había surgido aquella mañana al dejar la cama común. Cada vez que no

tocaba a aquella mujer, se enfrentaba a un nivel de frustración desconocido hasta entonces. La observó detenidamente por primera vez. Había evitado mirarla desde la noche anterior, cuando ella... Se le encogió el estómago y sofocó el recuerdo de tal debilidad. No podía creer que hubiera sucedido...

Lo cierto era que ella parecía agotada y tensa. Sintió una punzada de culpa al pensar en la urgencia con la que él le había hecho abandonar Paros y trabajar como una posesa al regresar a Atenas.

La lujuria le invadía, clamando satisfacción, pero él no sucumbiría. Si Lucy quería dormir sola, no sería él quien se lo impidiera, a pesar de su impulso primitivo de cargársela al hombro y llevarla a su propia cama.

Así que dio un paso atrás. No le gustó el evidente alivio de ella y apretó los puños.

–Saldremos para la mansión Parnassus a las nueve. Te veré en el vestíbulo –anunció.

Ella asintió y cerró la puerta a su paso con tanta firmeza que a Ari le resonó de pies a cabeza.

El jueves por la noche Lucy recordó el placentero agotamiento del domingo anterior y casi se echó a reír.

Desde entonces, todo había sido como la primera semana: trabajo frenético entre la mansión Parnassus, el despacho de Ari y el hotel. Él había trabajado todos los días hasta bien entrada la noche con Parnassus y el equipo de abogados pero, afortunadamente, no había requerido su presencia.

Ella había cerrado la puerta de conexión todas las noches, aunque también había fantaseado con colarse desnuda entre las sábanas de él y esperar su regreso. En su lugar, se había dicho que aquello era lo mejor... mientras golpeaba la almohada. Mejor cortarlo de raíz y, de regreso en Londres, ella le anunciaría tranquilamente que aquel breve momento de locura había terminado. No quería ni pensar en volver a concertarle citas y verle entrar por la mañana con expresión satisfecha...

–¿Qué haces aquí? ¿Ari te ha dicho que te escondas por si la gente se da cuenta de que está acostándose con su secretaria?

Lucy necesitó unos momentos para regresar a la realidad y vio a Anatolios frente a ella con mirada melosa. Casi sentía pena por él al

saber que, a pesar de los esfuerzos de su madre, no había logrado ganarse el afecto de su padre.

–No me escondo –contestó a la defensiva–. Acabo de llegar y estaba buscando a Ari.

Habían acudido por separado a aquel baile benéfico en el hotel donde se alojaban, en honor de una contribución de Parnassus para ayudar a los sin-techo de Atenas. La fusión se anunciaría a la mañana siguiente y los papeles se firmarían en la conferencia de prensa.

Lucy se estremeció incómoda cuando vio a Anatolios devorarla con los ojos y se dio cuenta de que estaba acorralada entre él y la pared. Se movió para evitarle, pero él también lo hizo, sorprendiéndola con su agilidad. Se le acercó tanto que ella fue consciente de lo íntimo que debía de parecer. Podía oler el alcohol de su aliento. Sintió náuseas.

–Anatolios, debo reunirme con Ari. ¿Me disculpas, por favor?

Él soltó una repugnante carcajada y no se movió.

–Estos ingleses, siempre tan educados. No vas a irte a ninguna parte hasta que no me digas qué está tramando Ari con Parnassus.

Lucy se ruborizó y Anatolios la miró triunfal.

–Lo sabía. Sabía que algo grande estaba cocinándose –dijo y la agarró por el brazo con tanta fuerza que le hacía daño–. Dime de qué se trata ahora mismo. Tengo derecho a saber...

De pronto Anatolios fue hecho a un lado y Ari ocupó su lugar. Lucy casi se desmayó de alivio.

–¿Qué estaba ocurriendo ahí? –inquirió Aristóteles mientras se alejaban.

Lucy evitó su mirada.

–Nada. Sólo charlábamos.

Aquella escena, con su aire amenazante, le daba náuseas, pero no veía por qué despertar la ira de él cuando el acuerdo estaba a punto de firmarse.

Después de eso, ella se aseguró de no separarse de él.

Justo antes de que todo el mundo se marchara, Ari la llevó a un lado y sacó unos papeles doblados del bolsillo interior de su chaqueta. Se los entregó y ella se estremeció: aún estaban calientes del contacto con su cuerpo.

–Guárdalos en la caja fuerte de mi habitación, por favor. Son los documentos oficiales de la fusión para mañana.

Lucy asintió, evitando su mirada, y salió apresuradamente del

salón, agradeciendo el respiro y la oportunidad de recuperar el control sobre sí misma.

Ari la observó salir de la habitación. Sus ansias de ella eran como una bestia queriendo salir. Lo racionalizó: seguro que se debía a la distancia que ella había mantenido toda la semana. Sólo de pensar que en aquel momento ella estaba en su habitación...

Miró alrededor y supo que nadie le echaría de menos un rato. El corazón se le aceleró sólo de pensar en tumbarla en su cama y saciar el deseo que le poseía.

Lucy se dirigía a la caja fuerte de Ari cuando oyó un ruido. Se giró y se quedó helada al ver a Anatolios.

–¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo has entrado?

Le vio sonreír de forma repugnante y clavar los ojos en los documentos que ella sujetaba. Se los guardó detrás de la espalda. Y, al verlo aproximarse, comenzó a recular.

–Digamos que paso mucho más tiempo en Atenas que Ari y tengo mis contactos –contestó Anatolios–. ¿Qué tal si me enseñas lo que escondes tras tu preciosa espalda?

Casi la había alcanzado cuando ella se giró y salió corriendo hacia la caja fuerte antes de que él pudiera hacerse con los documentos. Pero él la agarró fuertemente del brazo.

–¡Suéltame! –gritó Lucy.

Él alargó la otra mano, casi abrazándola, intentando alcanzar los documentos. En un intento de soltarse, Lucy los tiró al suelo y usó ambas manos para liberarse. Al ver los papeles, él se abalanzó a por ellos, tumbándola.

Lucy forcejeó para quitárselo de encima.

–¡Aparta, no... puedo... respirar!

–¿Qué demonios está ocurriendo aquí?

Capítulo 9

ANTES de que Lucy se diera cuenta, Ari estaba quitándole de encima a Anatolios como si no pesara nada y sujetándolo por el pescuezo. El hombre estaba claramente aterrado.

–¡Ella me dijo que subiera, me dijo que tenía algo para mí! –exclamó, señalando los papeles desparramados por el suelo.

–¿Es eso cierto? –inquirió Ari con voz gélida y mirada más gélida aún.

Lucy se dio cuenta de que seguía en el suelo con la falda del vestido levantada y respirando entre jadeos. Se puso en pie torpemente, pero tuvo que sentarse en la cama, las piernas no le sujetaban. Su cuerpo estaba reaccionando a la tensión anterior.

Sacudió la cabeza con la mirada clavada en el suelo.

–Por supuesto que no. Él me siguió hasta aquí. Debió de ver que me entregabas los papeles.

–¿Y por qué iba yo a querer ver unos estúpidos papeles? –farfulló Anatolios rabioso–. Ni que estuviera preparándose alguna cosa... ¿o tal vez sí?

Aristóteles se quedó inmóvil. Hasta aquel momento había estado cegado por la ira. Al ver a su hermanastro sobre Lucy le había invadido una extraña debilidad antes de saltar a la acción. Y entonces, al ver los documentos... Su corazón le decía una cosa, pero su cerebro se negaba a escuchar.

Se giró hacia Anatolios.

–Si descubro que has sido el instigador de este incidente, puedes despedirte de trabajar en Levakis Enterprises para siempre –amenazó y le echó de allí.

Por el contrario, si había sido Lucy... No quiso ni pensarlo. De pronto recordó cuando los había sorprendido a ambos en una actitud tan íntima como si fueran amantes. Y recordó también las alarmas que él había ignorado, cegado por conseguirla.

Lucy tomó aliento ultrajada. Ari no le había preguntado cómo se encontraba, tan sólo la miraba con el ceño fruncido. Era evidente que se planteaba la posibilidad de que ella le hubiera traicionado. Su falta de confianza casi le hizo gritar.

Súbitamente, él se movió: fue al bar, sirvió una copa de whisky

y se la ofreció.

–Toma, bébetelo.

Ella le miró mientras agarraba el vaso.

–Ari, por favor, permíteme...

–No quiero oírlo. Ahora no –le interrumpió él.

Ella le vio pasar a su lado y guardar los documentos en la caja fuerte. Como entumecida, Lucy se quitó el zapato que le quedaba puesto y se sentó en un sillón. Dio un sorbo que le quemó la garganta.

Ari se le acercó con los brazos cruzados.

–¿Ha visto él los papeles? ¿Sabe lo de Parnassus?

Lucy se negó a encogerse en su asiento. Dejó la copa en una mesita auxiliar.

–Por supuesto que no. ¿Cómo puedes pensar eso?

–Porque es la segunda vez que te veo conversando íntimamente con mi hermano y ahora, la noche antes de que se anuncie la mayor fusión griega de la historia, me lo encuentro en la misma habitación donde tú vas a guardar los documentos en la caja fuerte –señaló él frunciendo la boca–. Aunque es evidente que ambos os habéis distraído un poco...

Lucy se puso en pie temblando de rabia.

–¡Basta! No es lo que te imaginas. Me ha seguido hasta aquí y alguien le ha abierto la puerta. Antes de darme cuenta, él estaba...

Se estremeció recordando el pánico al sentirlo encima. Contempló el rostro impasible de Ari y sus gélidos ojos verdes. Y la cruda realidad le golpeó: ¿cómo había podido engañarse creyendo que algo fabulo so había sucedido entre ellos? ¿Que, contra todo pronóstico, habían ganado algo de confianza mutua y respeto? Ella tan sólo era la secretaria y él el jefe... Ahogó un grito y se llevó la mano al pecho como para aplacar el dolor.

–¿Qué ocurre? –preguntó Ari frunciendo el ceño.

–Por eso has venido... ni siquiera confiabas en mí para hacer esto. Has sospechado todo el tiempo.

Vio que él se sonrojaba y se hundió en un asiento, sacudiendo la cabeza incrédula.

–¿Por eso te acostaste conmigo, porque creíste que así sería más fácil controlarme?

El silencio de él y su rostro impenetrable fueron confirmación suficiente. Seguramente la había vigilado desde que había querido dimitir, temiéndose una venganza.

Encontró fuerzas para ponerse en pie de nuevo. Siempre había sabido qué tipo de hombre era él, aunque en las últimas semanas se había permitido olvidarlo.

Él le tendió una mano, pero ella se parapetó tras una silla.

–Lucy...

–¡No! No quiero oírlo. Sé que se ha terminado. Era la única razón por la que te acostabas conmigo. He sido una...

Se detuvo antes de decir «estúpida». Lo miró llena de tristeza.

–La sangre llama... Tal vez esto sea un paso hacia una nueva relación con tu hermanastro. Anatolios no sabe nada de la fusión. Ha sucedido como lo he contado. La razón por la que no di importancia a la conversación de antes fue porque él sospechaba algo y me preguntó al respecto. Yo no te dije nada porque me imaginé que él nunca lo averiguaría antes de mañana y tú no necesitabas más presión.

Elevó la barbilla.

–Pretendo dimitir una vez que termine la rueda de prensa. No veo por qué habrías de negarte ahora –dijo forzando una sonrisa–. Después de todo, ¿por qué ibas a querer ver a una secretaria con la que tendrías que acostarte por negocios todos los días?

Se marchó apresuradamente hacia la puerta y allí se giró hacia él.

–Puedo organizarme mi propio vuelo de vuelta mañana tras la rueda de prensa. Yo lo preferiría y estoy segura de que tú también. Trabajaré el tiempo de preaviso si insistes, pero preferiría recoger mis cosas de la oficina el lunes.

Dicho eso, abrió la puerta y salió.

Ari observó la puerta durante un largo momento. La tierra estaba moviéndose bajo sus pies. Podría haberla detenido. Podría haberle dicho por qué se había acostado con ella. ¿Por qué no lo había hecho?

Se sentó pesadamente en un sofá. Por supuesto que confiaba en Lucy por encima de su propio hermano. Pero al verlos juntos... la ira le había nublado la mente.

Si Lucy hubiera sido culpable, no habría llegado a aquella conclusión. Incluso podría haberle seducido para distraerlo. Pero ella no se le acercaba desde Paros.

¿Y quién iba a culparla? Él la había urgido a salir de allí casi

como fugitivos. Se hallaba tan abrumado de que ella hubiera contemplado su mayor debilidad… ¡le había visto llorar! Y no le había dado la espalda horrorizada, había reaccionado de forma maravillosa, empática, comprensiva…

Había sido demasiado para él. Nadie conocía esa parte suya, enterrada durante largo tiempo. Por eso había permitido que ella creyera que la había seducido deliberadamente. Su vida había perdido el equilibrio desde que había reparado en ella. ¡La deseaba tanto que había subido a buscarla para hacerle el amor, no porque sospechara que fuera una espía!

Se puso en pie bruscamente. Tenía que regresar a la fiesta, sonreír y fingir que todo iba bien, cuando en realidad tenía las entrañas en un puño. Lucy tenía razón: se había terminado. ¿Cómo podría evolucionar desde aquel punto? No permitiría que ella le viera débil otra vez.

Ninguna mujer se merecía eso.

A la mañana siguiente, terminada la rueda de prensa, Lucy evitó a los atónitos periodistas y subió a su habitación. Sacó su maleta pequeña, ya que iba a dejar allí toda la ropa comprada por Ari, y bajó al vestíbulo. Estaba pidiendo un taxi que la llevara al aeropuerto cuando notó una mano familiar que la agarraba del brazo y oyó una voz suave.

–Mi chófer cuidará de ella, gracias –avisó Ari al *concierge*.

Ella se tensó, todo su cuerpo ansiaba más que aquel breve contacto.

–No es necesario.

Él suspiró pesadamente.

–Lucy, acerca de anoche…

–Por favor. No tienes que decir nada.

–Yo creo que sí –dijo él mirándola a los ojos–. Estabas equivocada, nunca me acosté contigo porque te creyera una espía. He malinterpretado la situación y lo siento. Pero tienes razón… esto se ha terminado.

Lucy intentó mantener el rostro impasible, aunque se sentía como si acabara de abofetearla. El alivio de que él sí la creyera se vio eclipsado por un profundo dolor.

–¿Y tu hermano…?

–Ya me encargaré de él –respondió Ari con una mueca de

repugnancia–. Tú no te preocupes de eso.

Cierto, pensó ella débilmente: pronto dejaría de trabajar para Levakis Enterprises.

–Voy a irme a Nueva York diez días para asegurarme de que la fusión se realiza sin problemas. Tendrás tiempo para pensarte si a mi regreso sigues queriendo dimitir...

¿Qué otra opción tenía?, pensó ella y asintió como entumecida. Aunque había deseado aquello, vivirlo era más duro que cualquier otra experiencia en toda su vida. ¿Cómo había podido creer que aquello funcionaría? Aristóteles Levakis nunca admitiría tener a su alrededor a una ex amante. Y tampoco podían recuperar una sana relación de trabajo, por más que ella lo deseara.

Ari la acompañó a la entrada, donde le esperaba su coche.

–Quiero agradecerte todo tu trabajo. Esta fusión no hubiera ido tan suave de no ser por ti.

«Por favor, no...», casi se le escapó a ella. Su aventura se reducía a aquello, unas trilladas gracias por su trabajo y por haber hecho disfrutar al jefe entre reunión y reunión. Antes de perder el control, cerró la puerta del coche con firmeza y dolor.

No miró atrás mientras el coche se alejaba, así que no vio a Ari de pie con rostro sombrío bajo el resplandeciente sol de Atenas. Tampoco se lo habría creído.

El viernes por la noche una semana después, Lucy terminó de guardar sus cosas en una caja y contempló el despacho vacío. Había sido mucho más fácil recoger todo sin Ari allí, aunque se le partiera el corazón cada día que él llamaba para comprobar cómo iba todo. Además, había delegado en ella para entrevistar a la nueva asistente.

–Confío en ti –le había dicho al oír sus protestas de que era demasiada responsabilidad–. Has sido la mejor asistente que he tenido nunca.

Pero no le había pedido que se quedara.

Sacudió la cabeza para aclarársela y se puso el abrigo. No se había arreglado, llevaba unos vaqueros, un jersey ancho y deportivas. Pensó en su madre con cierta culpa. Tenía que encontrar otro trabajo pronto. Podría aguantar algunos meses, pero después...

–Lucy.

Una familiar voz grave la encendió por dentro. Se giró tan

bruscamente que se le cayó la caja, desparramando su contenido. Apenas reparó en la presencia enorme y amenazante de Ari en la puerta y comenzó a recoger las cosas con manos temblorosas. Él se agachó junto a ella.

–No, por favor. Puedo hacerlo sola.

Pero él la ignoró y fue metiendo cosas en la caja. Lucy necesitaba romper el silencio.

–Creía que no regresarías hasta el fin de semana.

¿Habría estado él cortejando a otra mujer en Nueva York?, se preguntó presa de los celos. El aroma de él la envolvía en lujuria.

–Terminé todo con rapidez. Quería regresar –comentó él impasible.

Lucy se apresuró. Tan sólo quería marcharse de allí cuanto antes.

–Creo que te gustará Gemma, tu nueva asistente. Era con diferencia la persona más cualificada.

–¿No te dije que no me gusta que te recojas el pelo?

Lucy lo miró asombrada. Él estaba casi flirteando. Y sus ojos tenían un brillo como cuando... De nuevo maldijo su cerebro calenturiento.

–Eso ya no es relevante –dijo agarrando la caja llena y colocándosela como escudo–. Será mejor que me vaya...

–Todavía no has encontrado otro empleo, ¿verdad?

Lucy lo miró. ¿Cuándo terminaría aquella tortura? Se sintió tentada a decirle que sí aunque le avergonzara que no fuera cierto. Ninguna de las empresas a las que había acudido le habían hecho caso. No lo entendía. Sacudió la cabeza.

–Aún no –dijo y elevó la barbilla–. Pero estoy segura de que lo encontraré, antes o después.

Vio que él se apoyaba en el borde del escritorio y recordó una vez en su despacho de Atenas cuando él la había sentado allí, le había entreabierto las piernas y... Casi se le cayó la caja de nuevo.

–Tengo que irme. Debo visitar a mi madre.

–¿Cómo está?

Lucy quiso gritar. ¿Qué era aquello, un interrogatorio?

–Está bien... tanto como puede estarlo.

–Lucy, quiero ofrecerte otro empleo en la empresa. No tendrás que trabajar conmigo, puedes regresar al equipo legal. Ha quedado un puesto libre.

Ella sacudió la cabeza enérgicamente, presa del pánico ante la

idea de no poder escapar de la devastadora órbita de aquel hombre.

–No, gracias. Prefiero buscar empleo en otro lugar.

Él se quedó en silencio un largo momento.

–Tal vez te resulte más difícil de lo que te imaginas.

De pronto ella lo comprendió. Recordó la multitud de empleos que había solicitado.

–¿Has impedido que me concedieran algún empleo?

Ari apretó la mandíbula. No hizo falta que dijera nada.

–He cambiado de opinión. Quiero que te quedes en Levakis Enterprises.

Lo había sabido desde el día en que la había visto marcharse en su coche.

–Quiero salir contigo de nuevo, pero no sucederá si eres mi asistente. No sería justo para ti. De esta manera, será mucho más aceptable.

Conmoción, horror, pasión... una mezcla de sensaciones invadieron a Lucy con tal fuerza que casi se desmayó.

–Lo siento, pero no estoy disponible para el puesto de amante de conveniencia.

Él se puso en pie, alto, orgulloso y más implacable que nunca. Tenía las mejillas encendidas.

–No tiene por qué ser así, Lucy. Te estoy pidiendo que seas mi novia. Estábamos bien juntos. No puedo dejar de pensar en ti...

Ella cambió la caja de posición. Empezaban a dolerle los brazos. Pero cuando él hizo ademán de agarrarla, se lo impidió. Aquel momento era muy importante para ella, cómo se comportaba. Porque si sucumbía al ansia de su cuerpo estaría sentenciada, igual que su madre. No habría aprendido nada. Aquel hombre le rompería el corazón.

Sintió una profunda tristeza por haberse enamorado de alguien que nunca la amaría como ella deseaba, con la plenitud que ella nunca había conocido de pequeña.

–No quiero eso, Ari. Valgo más que para una sórdida aventura de oficina y, por más que intentes disfrazarlo, eso es todo lo que sería.

–Hay otra opción. No tienes que trabajar aquí. Podría ser mucho más fácil. Yo podría enseñarte lo mejor del mundo, ocuparme de ti y de tu madre...

Lucy sintió la ira crecer. Sacudió la cabeza.

–No pienso aceptarlo. Crecí con eso y es algo que detesto. Puedo

cuidar de mí y de mi madre. No necesitamos a ningún hombre.

Él apretó los puños y dijo en tono seco:

–Bien, pues buena suerte en tu búsqueda de empleo. Estaré esperando tu llamada cuando no encuentres ninguno. Te he marcado como exclusiva de esta empresa, nadie se atreverá a tocarte.

A Lucy se le llenaron los ojos de lágrimas pensando en su madre.

–¿Por qué insistes en hacer esto?

–Ya te lo he dicho, te deseo. Lo nuestro no ha terminado. Espero verte en el despacho de Theo el lunes por la mañana. Sé que no puedes moverte de Londres sin poner en peligro el tratamiento de tu madre.

Lucy le odiaba y al mismo tiempo no podía odiarle.

–No voy a dejarme manipular así y no voy a volver a acostarme contigo. Tendrías que llevarme a rastras como el neandertal que te estás comportando ahora.

Le vio ruborizarse, pero también un brillo triunfal en sus ojos. Él creía que la tenía controlada, pero ella le demostraría que no. Se giró y salió de la habitación a grandes zancadas. Reparó en que no volvería a verle, al menos en persona, y le invadió tal dolor que casi se desmayó. Pero las palabras de él la hicieron continuar.

–Te veré el lunes por la mañana, Lucy.

Capítulo 10

EL LUNES por la mañana, Ari ignoró los murmullos de sorpresa de sus empleados al verle pasearse entre ellos, cosa que nunca hacía. La sangre le quemaba de expectación, y todo porque en un instante vería a Lucy. Haberla visto el otro día tras una semana de ausencia le había demostrado que incluso un día sin verla era demasiado tiempo. Se prometió que no volvería a suceder.

Ya no podía negar el hecho de que ella le volvía loco. Por primera vez en su vida se sentía fuera de control. Desde que la había visto no podía dejar de pensar en que la deseaba, la necesitaba y cualquier cosa era mejor que perderla...

Llegó a los despachos del equipo legal y se detuvo en seco al ver vacía la silla donde debía estar Lucy. Sintió un tremendo vacío en el pecho.

Justo entonces, Theo salió de su despacho.

–¿Ari, qué ocurre?

–¿Dónde está Lucy Proctor? –preguntó apretando los dientes.

–Creí que lo sabías –respondió Theo confuso–. Llamó esta mañana y dijo que no aceptaba el puesto, que quería tomarse un descanso. No te negaré que me alegré mucho cuando me dijiste que iba a volver a trabajar con nosotros, pero ahora...

Ari no escuchó nada más. Regresó a su despacho, pasó junto a su nueva asistente y cerró de un portazo.

Estaba temblando como una hoja. Con un rugido, fue al minibar y se sirvió una copa que vació de un trago. Por primera vez en su vida no sabía qué hacer. Se sentó pesadamente en su silla con la vista perdida.

Ella se había ido. No lo había dicho en broma. No se había arredrado ante sus amenazas de que no encontraría otro empleo. Sólo de recordar hasta qué extremos había llegado para no perderla, sintió náuseas. Especialmente sabiendo lo importante que era su madre para ella. Tuvo el impulso de llamarla y asegurarle que todo iría bien, que él se ocuparía de su madre. Pero se contuvo.

Él ya le había ofrecido su protección, el puesto de amante, y ella lo había rechazado. Cerró los ojos y se reclinó en la silla. Algo extraño y terrible se apoderó de él: le había ofrecido lo único que

ella rechazaría aunque su vida dependiera de ello.

Lucy se sentía tan frágil como un jarrón chino en el borde de una mesa. Habían transcurrido dos semanas desde que no se había presentado en Levakis Enterprises para el empleo que le había sido ofrecido de forma tan poco elegante. Todavía sentía náuseas al recordar la escena. A pesar de todo lo que había compartido con Ari, él pretendía reducirla a ser su mantenida.

Con todo, allí sentada en la habitación de su madre, sujetando el libro del que estaba leyéndole en alto, le echaba de menos cada vez con más intensidad. Le bombardeaban constantemente imágenes de su tiempo juntos. Aún peor: se había sorprendido soñando despierta con que eran una familia. Ella nunca se había considerado maternal, pero de pronto sentía unas poderosas ganas de tener un bebé. Con él.

Su madre se removió inquieta en su sillón y Lucy la miró: se había quedado dormida mientras le leía el cuento.

Ella no había tenido el coraje de ponerse a buscar trabajo de nuevo todavía, así que había pasado las dos últimas semanas yendo a ver a su madre todos los días. Pero el tiempo se acababa. Necesitaba volver a tener ingresos. Más aún: necesitaba olvidar…

–Lucy, cariño, alguien ha venido a verte. Lucy sonrió a la enfermera y la siguió. ¿Quién sería su visita?

Al salir al pasillo, todo le dio vueltas. Y debió de tambalearse realmente porque, antes de darse cuenta, Ari estaba junto a ella sujetándola y mirándola a los ojos.

Parpadeó varias veces creyendo que era un sueño. Viendo que no, se soltó de él y entró a grandes zancadas en una sala de espera vacía. Se cruzó de brazos y se giró, con las mejillas ardiendo al verse de nuevo frente a él.

–¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó con la mayor frialdad que pudo pero, al verle encogerse, sintió remordimientos.

Ari tenía un aspecto horrible, como si no hubiera dormido en muchos días. Vestía vaqueros y un suéter, nada que ver con el frío hombre de negocios que podía ser.

Cuando él la miró, se le encogió el corazón, pero elevó la barbilla.

–He pensado que éste sería el único lugar donde me escucharías –comentó él–. Por favor, perdóname por entrometerme en tu

espacio personal con tu madre.

La ira dejó paso a otro tipo de fuego. ¿Cómo era posible que aquel hombre no dejara de sorprenderla?, se preguntó ella relajando algo los brazos.

–Lucy, quiero que vuelvas a Grecia conmigo. Ahora mismo. Quiero enseñarte algo. Necesito hablar contigo, pero no puedo hacerlo aquí...

Ella se tensó de nuevo y sacudió enérgicamente la cabeza. Volver a estar cerca de él era demasiado peligroso.

–Lucy, por favor...

Algo en el tono de voz de él le llamó la atención. Pero nada la convencería de exponerse de nuevo a que le partiera el corazón. ¿Por qué quería él llevarla a Grecia? ¿Por qué no le reprochaba el no haber aceptado el empleo? ¿Por qué no estaba comportándose como el hombre orgulloso y arrogante que ella conocía? ¿Y por qué había tardado dos semanas en ir a buscarla?

Le vio apretar la mandíbula y sintió un escalofrío.

–De acuerdo, si para que vengas tengo que amenazarte con revelar a la prensa que tu madre se encuentra aquí, lo haré.

Lucy ahogó un grito y se quedó helada. En el fondo estaba segura de que él no haría algo así, pero el hecho de que estuviera amenazándola ya era suficientemente terrible.

–Serás bastardo...

Él elevó una mano y dio un paso adelante, con las mejillas encendidas. Al ver que ella no se movía, bajó la mano.

–No sé por qué he dicho eso. Lo siento –dijo con aire derrotado–. Por supuesto que no le haría eso a tu madre. Sólo quería que vinieras conmigo para enseñarte algo y hablar contigo... Te prometo que, si después de eso quieres regresar, te traeré en un suspiro.

Lucy se lo quedó mirando un largo momento. La verdad era que iría hasta el final del mundo si él se lo pedía. Una parte de ella le impulsaba a ir. Estaba confundida con aquella vulnerabilidad que no terminaba de creerse.

–¿Lo prometes? ¿Y luego me dejarás en paz y no me impedirás encontrar empleo?

Él asintió.

–Me aseguraré de que nada se interponga en tu camino.

Lucy esperó un interminable momento y dijo por fin:

–Entonces voy a por mi chaqueta y mi bolso.

Pocas horas después aterrizaban en el aeropuerto de Atenas. Habían pasado todo el vuelo en silencio, Ari frío y distante.

Él extendió una mano para ayudarla a bajar y la condujo a un helicóptero que los llevó hasta Paros. Una mezcla de alegría y dolor inundó a Lucy. Si él la había llevado hasta allí sólo para...

Pero el helicóptero aterrizó y de pronto se quedaron ellos dos solos con el Jeep que él había conducido la vez anterior. Los recuerdos eran demasiado intensos.

–Ari, si me has traído hasta aquí sólo para...

Él se acercó a ella... demasiado.

–Lucy, por favor, confía en mí. Sólo un poco más.

¿Qué iba a hacer si no? Se encontraban lejos de todo. Se subió al coche en silencio. Pasaron junto a la casa de la madre de Ari y siguieron hasta detenerse junto a unas puertas antiguas de hierro casi tapadas por la vegetación.

Ari la ayudó a bajar del coche. Al ver su ademán de hablar, le tapó la boca con un dedo. Nunca se había sentido tan aterrado, el corazón le latía desbocado. Y al sentir los suaves labios de ella contra su dedo casi perdió el control, pero se contuvo.

–Esto es lo que quería enseñarte.

La condujo a través de las puertas y por un camino de vegetación exuberante hasta un claro donde una vieja mansión, suntuosa aunque abandonada, se erigía sobre el mar.

Lucy apretó la mano de Ari. Podía imaginarse cómo sería recuperar toda su gloria.

–¿Qué es este lugar?

–Lo he comprado... Firmé los papeles ayer. ¿Te gusta?

¿Él la había llevado allí para mostrarle su última adquisición?, se preguntó ella indignada. Frunció el ceño sintiéndose muy vulnerable.

–Por supuesto que me gusta, es bellísima. Pero ¿qué importa mi opinión?

Hubo un largo silencio y por fin él respondió:

–La he comprado para ti... para nosotros –anunció–. Quiero que sea nuestro hogar, un lugar al que podamos venir... tal vez incluso con nuestra familia...

Lucy se quedó sin habla. ¿Cómo podía conocer él sus sueños más profundos?

–Ari, yo no... ¿A qué te refieres?

Él le acarició el rostro con mano temblorosa. Su mirada era tan intensa que casi dolía.

–Lucy, te he traído aquí porque es el único lugar donde sé ser yo, donde puedo decir lo que necesito decir. Me he vuelto loco estas dos semanas. Al principio me dije a mí mismo que no te necesitaba, que no me había quedado devastado al descubrir que no habías aceptado el empleo con Theo. Y una noche, cuando me vi yendo hasta tu casa a las tres de la madrugada y sentándome fuera porque te echaba de menos, tuve que reconocerlo.

Tomó aire profundamente.

–Creo que me enamoré de ti cuando apareciste como un torbellino para defenderme de Helen. Nadie me había defendido antes, nadie se había preocupado por mí.

Yo nunca lo había necesitado. Pero tú me has hecho darme cuenta de lo solo que he estado toda mi vida.

Torció el gesto.

–Yo creía que lo tenía todo resuelto. Te mantendría en la empresa si insistías en trabajar, pero esencialmente quería que fueras mi amante. Sólo cuando lo dije en alto me di cuenta del insulto que suponía, sobre todo para ti. Y entonces supe que quería mucho más que eso. Lo quería todo: una vida juntos... un matrimonio.

Soltó una amarga carcajada.

–Por supuesto, me lo negué. ¿Amor? Corté mi relación con todo eso cuando me enviaron a Inglaterra y se convirtió en mi hogar, lejos de mi familia a la fuerza. Por eso había bloqueado los recuerdos de este lugar y de mi madre, no podía creer que hubieran existido. Pero al conocerte y enamorarme de ti los reviví, me hizo recordar el amor que sentí.

Lucy estaba abrumada. Aquello era justamente lo que deseaba, pero...

–Oí lo que le dijiste a Helen justo antes de que te abofeteara, lo de que nunca te casarías con alguien como yo...

Ari la miró confuso y de pronto se le iluminó el rostro.

–*Agapi mu*, no me refería a ti, sino a Pya Kyriapoulos. Helen querría que me casara con ella para poder tenerme controlado.

Sacó una pequeña bolsa de terciopelo de un bolsillo y se la ofreció.

–Ábrela, por favor...

Ella lo hizo, con manos temblorosas. Era el maravilloso collar

con la mariposa que había visto semanas antes. Se estremeció con los ojos llenos de lágrimas. Ari se lo puso y le hizo mirarle a los ojos.

–Lucy Proctor, ¿te casarás conmigo? ¿Por favor? No puedo imaginarme sin ti a mi lado.

Una intensa emoción estaba destapándose en el interior de Lucy y era el dolor más glorioso que había sentido en su vida.

–Yo nunca deseé sentir tanto –confesó con voz trémula–. Creí que acabaría con alguien aburrido, que no me hiciera afrontar los deseos que tenía escondidos. Pero tú me has hecho creer que no hay nada de lo que asustarme… Te amo, Ari. Me enamoré el día que regalaste aquel carísimo collar a dos extraños en la calle. Y, cuando me trajiste aquí, supe que te amaba. Y sí, me casaré contigo.

Ari tomó el rostro de Lucy entre sus manos.

–Gracias a Dios –susurró y la besó apasionadamente.

Cuando se separaron, el rostro de él reflejaba su típica arrogancia y algo inimaginable: alegría pura. Lucy no pudo evitar sonreír.

Él le devolvió la mirada y, por un instante, Lucy vio algo vulnerable cruzar su rostro.

–La noche en que me senté fuera de tu piso, me encontré imaginándote embarazada y teniendo un bebé… nuestro bebé. De pronto quise una familia. Y no sólo por tener herederos, sino por crear algo. Me asusté enormemente y es lo único que me ha contenido de venir a buscarte antes –confesó él con una sonrisa insegura–. Eso y la posibilidad de que me rechazaras. El asunto es que… no tengo ni idea de qué piensas sobre tener hijos…

Lucy le miró sin saber cómo no le había explotado el corazón.

–Es gracioso que lo menciones…

Más o menos en el mismo lugar en que Ari le había propuesto matrimonio tres años antes, Lucy miró hacia la playa privada donde su marido sujetaba a su hijo en el aire antes de zambullirlo en el brillante mar. Sonrió al oír las alegres risas y se sentó acomodándose al bebé en brazos para que pudiera alimentarse del otro seno.

–Eres muy feliz, cariño, ¿verdad?

Lucy miró a su madre, sentada en una silla de ruedas a la sombra, y sonrió.

–Sí, mamá, lo soy.

Maxine tenía aquellos momentos de lucidez de vez en cuando desde que Lucy y Ari la habían trasladado a su recién reformada mansión en Paros, donde un equipo de enfermeras le atendía las veinticuatro horas del día. Su Alzheimer no había mejorado, pero parecía haberse ralentizado.

Lucy había insistido en que Ari mantuviera la casa de su madre igual que estaba y a veces iban allí a pasar la noche ellos dos solos disfrutando de un espacio que nadie conocía.

Justo entonces Ari salió de debajo del agua con el exuberante Cosmo a hombros. Sonrió a Lucy con los ojos brillantes de amor.

Ella sonrió. La vida era buena.